

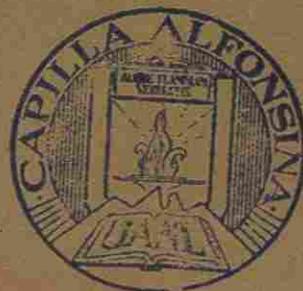
DAUDET

NOVELAS
DEL LUNES

RAIRD
PQ2216
.N6
S6



1020026224



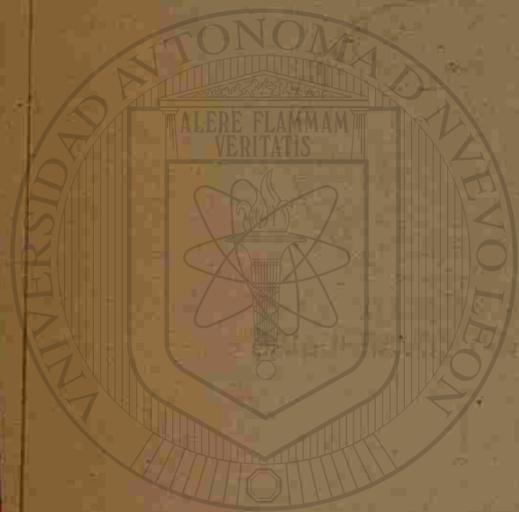
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





NOVELAS DEL LUNES

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE N

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. D2581
Núm. Autor 29916
Núm. Ad. -8-
Propiedad AS
Fecha sey

LA ESPAÑA MODERNA

REVISTA IBERO-AMERICANA

AÑO IV

Escrita por ARENAL (Doña Concepción), BARRANTES, CAMPOAMOR, CÁNOVAS, CASTELAR, ECHEGARAY, GALDÓS, MENÉNDEZ Y PELAYO, PARDO BAZÁN (Doña Emilia), PALACIO VALDÉS, PI Y MARGALL, THIBUSSEM, VALERA Y ZORRILLO. La parte extranjera estará redactada por BOUBGET, CANTU, COPPÉE, CHREBULIEZ, DAUDET, DOSTOYUSKY, GLADSTONE, GONCOURT, RICHEPIN, TOLSTOY, TURGUENEV y ZOLA.

Precios de suscripción, pagando adelantado:

En España, seis meses, 17 pesetas; un año, 30 pesetas.— En las demás naciones europeas y americanas, y en las posesiones españolas, un año, 40 francos, enviando el importe a esta Administración en letras sobre Madrid, París ó Londres.

Las suscripciones, sea cualquiera la fecha en que se hagan, se sirven a partir del mes de Enero de cada año. Se remite un tomo de muestra gratis a quien lo pida por escrito al Administrador de LA ESPAÑA MODERNA, Cuesta de Santo Domingo, 16, pral.

LA NUEVA CIENCIA JURÍDICA

ANTROPOLOGÍA, SOCIOLOGÍA

Condiciones de suscripción:

Cada mes verá la luz un cuaderno de 64 páginas grandes, á dos columnas. Sólo se admiten suscripciones por un año, á partir de Enero, aunque se haga el abono después del referido mes; en este caso se entregarán al suscriptor los números atrasados.

Número suelto.....	1,50 pesetas.
En España, un año.....	12 —
Fuera de España, lo mismo en Europa que en América.....	15 —

Se suscribe en la Administración de LA ESPAÑA MODERNA y de LA NUEVA CIENCIA JURÍDICA, Cuesta de Santo Domingo, 16, pral., Madrid, enviando el importe en letras de fácil cobro ó en sellos, pero en este caso certificando la carta.

Se envían prospectos detallados á quien los pida por escrito.

COLECCIÓN DE LIBROS ESCOGIDOS

NOVELAS

DEL

LUNES

POR

ALFONSO DAUDET

29916

098492

MADRID

LA ESPAÑA MODERNA

Cta. de Sto. Domingo, 16.

813
9

Pa 2216
N.º 6
56



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad.
Queda hecho el depósito que
marca la ley.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.:

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO PEYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

AGUSTIN AVRIAL.—Impr. de la Comp. de Imp. y Libre-
ros, S. Bernardo, 92.—Teléfono núm. 3.074.

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO PEYES"
Apdo. 1625 MONTECECILIO, CABA

UN CONDECORADO EN 15 DE AGOSTO

Una tarde, al finalizar un día de caza, me sorprendió en la Argelia una violenta tempestad, en la llanura del Chélif, á pocas leguas de Orleansville. No había á la vista ni sombra de una aldea ni de un fondak. Nada más que palmeras enanas, montañas de lentiscos y grandes tierras labrantías hasta los confines del horizonte. Aparte de esto, el Chélif, engrosado por el chubasco, comenzaba á rugir de una manera alar-

mante, y corría yo riesgo de pasar la noche en pleno marjal. Por fortuna, el intérprete civil de las oficinas de Milianah, que era mi acompañante, acordóse de que cerca de nosotros, y oculta en un repliegue del terreno, estaba una tribu, á cuyo agá conocía, y nos decidimos á ir á su casa en demanda de hospitalidad por una noche.

Esas aldeas árabes de la llanura están de tal modo escondidas entre las pitas y los nopales, sus chozas de adobe se hallan construidas tan al ras del suelo, que estábamos en medio del aduar antes de haberlo visto. ¿Era efecto de la hora, de la lluvia, del profundo silencio?... Lo cierto es que me pareció muy triste el país, y como si sufriera bajo la pesadumbre de una gran angustia que hubiese dejado en suspenso la

vida allí. En todos los campos del contorno, las mieses veíanse en el abandono. El trigo y la cebada, recogidos ya en los hórreos en todas partes, estaban allí tumbados, en vías de pudrirse en el mismo pegujar. Olvidados bajo la lluvia, yacían los rastrillos y los arados, cubiertos de herrumbre. Toda la tribu tenía análogo talante de ruinoso tristeza y de indiferentismo. Apenas si los perros ladraban al aproximarnos. De vez en cuando oíanse gritos de niño en el fondo de una choza, y se veían cruzar por el monte bajo la rapada cabeza de un chiquillo ó el agujereado jaique de un viejo. Aquí y allí, asnillos respingando entre las malezas. Ni un caballo, ni un hombre..., como si estuviésemos aún en los tiempos de las grandes guerras, y todos los ji-

netes se hubieran marchado hace meses.

La casa del agá, una especie de larga quinta, de paredes blancas y sin ventanas, no parecía estar más viva que las otras. Encontramos abiertas las cuadras, vacíos los arcones y pesebres, sin un palafrenero para hacerse cargo de nuestros caballos.

—Vamos á ver el café moro— me dijo mi compañero.

Lo que se llama el café moro es como el salón de recepciones de los castellanos árabes, una casa dentro de la casa, reservada para los huéspedes de paso, y donde esos buenos musulmanes, tan atentos y afables, encuentran los medios de ejercitar sus virtudes hospitalarias á la vez que conservan la intimidad familiar preceptuada por la ley. El café

moro del agá Si-Sliman, estaba abierto y silencioso como sus cuadras. Las altas paredes enjalbegadas con cal, los trofeos de armas, las plumas de avestruz, el ancho diván bajo que circunvalaba la sala, todo ello estaba chorreando con los golpes de lluvia que á rachas penetraba por la puerta... Sin embargo, había gente en el café. En primer término, el cafetero, viejo kábila andrajoso, con la cabeza metida entre las rodillas, agachado junto á un brasero vuelto boca abajo. En segundo lugar, el hijo del agá, un hermoso joven febril y pálido, tumbado en el diván, envuelto en un albornoz negro, con dos grandes lebreles á sus piés.

Nadie se movió cuando entramos nosotros; gracias si á lo sumo levantó la cabeza uno de los lebreles,

y si el mancebo se dignó dirigirnos con sus hermosos ojos negros, una mirada, febril y languideciente.

—¿Y Si-Sliman?—preguntó el intérprete.

El cafetero hizo por encima de su cabeza un vago ademán señalando al horizonte, lejos, muy lejos... Comprendimos que Si-Sliman había partido para algún largo viaje; pero, como la lluvia no nos permitía volvernos á poner en camino, el intérprete, dirigiéndose al hijo del agá, le comunicó en árabe que éramos amigos de su padre y que le pedíamos asilo hasta la mañana siguiente. En seguida el muchacho se levantó, á pesar de la calentura que le abrasaba; dió sus órdenes al cafetero; después, mostrándonos los divanes con ademán cortés, como para decirnos «sois mis huéspedes»,

saludó al estilo árabe, con la cabeza inclinada y mandándonos un beso con la punta de los dedos; y envuelto altivamente en sus albornoces, salió con la gravedad de un agá y de un dueño de su casa.

Tras de esto, el cafetero volvió á encender su brasero, puso encima dos cafeteras microscópicas, y mientras nos preparaba el café, pudimos arrancarle algunos detalles acerca del viaje de su señor y el extraño abandono en que yacía la tribu. El kábila hablaba muy deprisa, con gestos de vieja, en un bello lenguaje gutural, ora precipitado, ora entrecortado por grandes pausas, durante las cuales oíase caer la lluvia sobre los mosaicos de los patios interiores, y el hervor de las cafeteras, y los aullidos de los chacales desparrramados á millares por la llanura.

He aquí lo que le ocurrió al infeliz Si-Sliman. Cuatro meses antes, el día 15 de Agosto, recibió aquella famosa cruz de la Legión de Honor que tanto tiempo le habían hecho aguardar. Era el único agá de la provincia que aún no la tenía. Todos los demás eran caballeros ú oficiales; dos ó tres de ellos, hasta llevaban alrededor de su jaique la venera de comendador, y se sonaban las narices con el interior de ella y con la mayor inocencia, según lo he visto hacer muchas veces al Bach'Agá Boualem. Lo que hasta entonces había impedido que condecorasen á Si-Sliman, fué una disputa que tuvo con su jefe de la oficina árabe, á consecuencia de una partida de *buillote*: y es tan poderoso el compañerismo militar en la Argelia, que desde diez años atrás

figuraba en las listas de propuesta el nombre del agá, sin conseguir nunca que se aprobase la suya. Por tanto, podéis imaginaros el gozo del bravo Si-Sliman, cuando en la mañana del 15 de Agosto se presentó un *spahi* de Orleansville á entregarle el estuchito dorado con el diploma de legionario, y cuando Baia, la más amada de sus cuatro mujeres, le sujetó la cruz de Francia sobre su albornoz de pelo de camello. Esto fué para la tribu ocasión de *diffas* y *fantasias* interminables. Toda la noche resonaron los tambores y dulzainas. Hubo danzas, se corrió la pólvora y se degollaron qué sé yo cuántos carneros. Y, para que no faltase nada en la fiesta, un famoso improvisador del Djendel compuso en honor de Si-Sliman una cantata magnífica, que comen-

zaba así: *Viento, enjaeza los corceles para llevar la buena nueva...*

El día siguiente, á la salida del sol, Si-Sliman puso en armas la flor y nata de su *gum* y marchó con sus jinetes á Argel para dar las gracias al gobernador. Según uso y costumbre, el *gum* se detuvo ante las puertas de la ciudad. El agá dirigióse solo al palacio del Gobierno, vió al duque de Malakoff y le dió seguridades de su adhesión á Francia, valiéndose de algunas frases pomposas de ese estilo oriental que pasa por figurado, sin más que porque desde tres mil años ha, todos los hombres se comparan en él con las palmeras y todas las mujeres con las gacelas. Después de cumplir con estos deberes, subió á dejarse ver en la parte alta de la ciudad; al paso se entregó á sus devociones en la

mezquita, distribuyó limosnas entre los pobres, entró en las barberías y en las tiendas de bordados, compró para sus mujeres diversos perfumes, sederías con flores y ramajes, justillos azules recamados de oro, botas rojas de montar para su pequeño agá, pagando sin regateos y difundiendo su alegría con buenos pesos duros. Viósele en los bazares, sentado sobre tapices de Smirna, y bebiendo café á la puerta de los mercaderes moros, quienes le felicitaban. Agolpábase en torno suyo la curiosa multitud, diciendo: «Ved á Si-Sliman..., el *Emberadur* acaba de enviarle la cruz.» Y las moritas, que regresaban del baño comiendo pasteles, dirigían por entre sus blancos antifaces profundas miradas de admiración á aquella hermosa cruz de plata, nueva, tan ostentosamente

llevada. ¡Ah, la vida tiene á veces sus gratos instantes!...

Llegada la noche, preparábase Si-Sliman á reunirse con su gum, y habia puesto ya el pié en el estribo, cuando cátaate que se le acerca, jadeante, un *chauch* de la prefectura, y dice:

—Al fin te encuentro, Si-Sliman; te estaba buscando por todas partes... ¡Ven pronto, el gobernador quiere hablarte!

Si-Sliman le siguió sin inquietud. Sin embargo, al atravesar el gran patio morisco del palacio encontró á su jefe de la oficina árabe, quien le dirigió una sonrisa irónica. Esa sonrisa de su enemigo le infundió temores, y entró temblando en el salón del gobernador. El mariscal le recibió á horeajadas sobre una silla:

—Si-Sliman—le dijo con su bru-

talidad usual y con aquella famosa voz nasal que daba temblores á su séquito—Si-Sliman, hijo mio, lo siento mucho... ha habido en esto un error... No es á ti á quien queremos condecorar, sino al caid de los Zugs-Zugs... Tienes que devolver tu cruz.

La hermosa cabeza bronceada del agá enrojeciósse como si le hubiesen acercado á una fragua encendida. Un movimiento convulsivo estremeciós su arrogante cuerpo. Brillaron como ascuas sus ojos... pero no fué más que un relámpago. Casi al momento los bajó, é inclinósse ante el gobernador.

—Eres el amo, señor—dijo; y arrancándose del pecho la cruz, la dejó encima de una mesa. Temblaba su mano; en la punta de sus largas pestañas veíanse lágrimas.

El veterano Péliissier se afectó al verlo:

—Vamos, vamos, mi valiente; el año próximo será.

Y le alargó la mano con ademán cordial.

El agá hizo como que no lo había visto, inclinóse sin contestar y salió de allí. Sabía á qué atenerse con respecto á la promesa del Mariscal, y se veía deshonrado para siempre por una intriguilla oficinesca.

El rumor de su desgracia había cundido ya por la ciudad. Los judíos de la calle de Bab-Azún le miraban pasar con chacota. Los mercaderes moros, por el contrario, se apartaban de él con aire de lástima; y esta lástima haciale aún más daño que aquellas risas. Marchaba rozando las paredes, en busca de los callejones más oscuros. El sitio de

su cruz arrancada echaba lumbre cual una herida abierta. Y todo el tiempo iba pensando de continuo:

«¿Qué dirán mis jinetes? ¿Qué dirán mis mujeres?»

Entonces sentía bocanadas de ira. Veíase predicando la guerra santa allá abajo, en las fronteras de Marruecos, siempre rojas por los incendios y las batallas; ó bien, recorriendo las calles de Argel á la cabeza de su hueste, saqueando á los judíos, matando cristianos y cayendo también él entre ese gran desorden con que habría ocultado su vergüenza. Todo le parecía posible, antes que volverse á su tribu... De pronto, en medio de sus proyectos de venganza, la idea del *Emberadur* surgió en él como una luz.

¡ El *Emberadur* !...: para Si-Sli-

man, como para todos los árabes, la idea de justicia y de poder resumíase en esta única palabra. Este era el verdadero jefe de los creyentes, entre esos musulmanes de la decadencia; el otro, el de Estambul, aparecíaseles de lejos cual un ente de razón, una especie de Papa invisible, que sólo había conservado el poder espiritual, y en la hégira en que estamos, sabido es lo que vale este poder.

¡Pero el *Emberadur*, con sus grandes cañones, sus zuavos, su escuadra de hierro!... En cuanto Si-Sliman pensó en él, creyóse salvado. De seguro que el Emperador le devolvería su cruz. Era cuestión de una semana de viaje; y tanto lo creía así, que quiso que su hueste le esperase á las puertas de Argel. El vapor-correo del siguiente día

le condujo hacia París; é iba lleno de recogimiento y serenidad, como en una peregrinación á la Meca.

¡Pobre Si-Sliman! Cuatro meses hacía que partiera, y las cartas que enviaba á sus mujeres no hablaban aún del regreso. Cuatro meses llevaba el infeliz agá perdido entre la niebla parisiense, pasando la vida en recorrer los ministerios, burlado en todas partes, cogido por el formidable engranaje de la administración francesa, de oficina en oficina, ensuciando sus blancos albornoces con los bancos de madera de las porterías, á caza de una audiencia que nunca llegaba; luego de anochecer, veíasele con su alta y triste figura, ridícula en fuerza de ser majestuosa, aguardando la entrega de su llave en la administración de una fonda; y subía á su

cuarto, fatigado de las caminatas y de dar tantos pasos en balde, pero siempre altivo, agarrado á la esperanza, empeñándose como un comerciante en quiebra en correr tras de su honra...

Durante aquel tiempo, sus jinetes, en cuclillas junto á la puerta de Bab-Azún, esperaban con el fatalismo oriental; los caballos, sujetos á estacas, relinchaban hacia la dirección del mar. En la tribu, todo estaba en suspenso. Las mieses morían en los campos, sin segarlas por falta de brazos. Las mujeres y los niños contaban los días con la cabeza vuelta hacia París. Y daba pena el ver cuántas esperanzas, inquietudes y ruinas pendían de aquel cintajo rojo... ¿Cuándo acabaría aquello?

—¡Sólo Dios lo sabe!—decía suspirando el cafetero,

Y por la entornada puerta, sobre la llanura violácea y triste, su desnudo brazo nos mostraba una estrecha y blanca media luna en crecimiento, que subía por un cielo con nubes...



MI KEPIS

Esta mañana lo encontré, olvidado en el fondo de un armario, lleno de polvo, con un ribete de grasa en los bordes, deslucidas las cifras, sin color y casi sin forma. Al verlo, no pude por menos de echarme á reir...

—¡Caramba! mi kepis...

Y en seguida me acordé de aquella jornada de fin de otoño, cálida por el sol y el entusiasmo, en la cual bajé á la calle, orgulloso de mi nueva prenda de cabeza, tropezando

con mi fusil en todos los escaparates, para formar en los batallones del distrito y cumplir con mi deber de soldado ciudadano. ¡Ah! Quien me hubiese dicho que no iba yo á salvar á París, á libertar á Francia por mi solo, ese tal de seguro que se hubiera expuesto á recibir dentro del estómago todo el hierro de mi bayoneta...

¡Teníase tanta fe en aquella guardia nacional! En los jardines públicos, en las plazas ajardinadas, en las avenidas, en las encrucijadas, formábanse las compañías y se numeraban, alineándose las blusas entre los uniformes, alternando las gorras con los kepis, pues era grande la premura. Nosotros nos reuníamos todas las mañanas en una plaza con soportales bajos y anchas puertas, llena de brumas y de corrien-

tes de aire. Después de la lista, esos centenares de nombres ensartados como un rosario grotesco, empezaba el ejercicio. Con los codos junto al cuerpo y los dientes apretados, partían las secciones á paso de carga: *¡media vuelta á la izquierda, media vuelta á la derecha, doble derecha, doble izquierda!* Y todos, grandes y chicos, los figurones, los valetudinarios, los que llevaban el uniforme con recuerdos del teatro del Ambigú, los simplotes cinchados con altos cinturones azules que les daban aspectos de seises de coro, marcábamos el paso, girábamos sobre nuestros talones, con arranque, con verdadera convicción...

Todo esto hubiera sido muy ridículo sin el bajo profundo de los cañonazos, ese acompañamiento continuo, que daba seguridad y soltura

á nuestras maniobras, redondeaba las voces de mando agudas en demasía, atenuaba las torpezas y las equivocaciones; y en ese gran melodrama del sitio de París hacía las veces de esas cajas de truenos de los escenarios líricos, que sirven para dar color patético á las situaciones en el teatro.

Lo mejor era cuando subíamos á las murallas. Aún me veo, en una de esas madrugadas brumosas, pasar con marcial apostura por delante de la columna de Julio y hacer á ésta los honores militares. *¡Presenten, armas!...* Y esas largas calles de Charonne llenas de gente del pueblo, esos enlosados escurridizos donde á duras penas podía marcarse el paso. Luego, al acercarnos á los bastiones, nuestra banda de tambores tocando paso de

carga. *¡Plan, plan, rataplán!...* Me parece que estoy allí... En verdad, que era pasmosa aquella frontera de París, los verdes terraplenes excavados para las baterías, animados por las tiendas armadas, el humo de los vivacs y esas siluetas disminuidas que vagaban por allá arriba, sobresaliendo por encima de los montones de sacos de tierra nada más que los pompones de los kepis y las puntas de las bayonetas.

¡Oh! ¿Y mi primera guardia nocturna, aquella carrera á tientas entre las tinieblas y entre la lluvia, la patrulla tropezando y cayendo á lo largo de los taludes mojados, desperdigándose en el camino y dejándome á mi solo el último, asomado sobre la puerta de Montreuil, á una altura formidable? ¡Vaya una noche de perros aquella! Entre el pro-

fundo silencio reinante en la ciudad y en el campo sólo se oía el viento circulando en torno de las murallas, haciendo encorvarse á los centinelas, llevándose las consignas, y traqueteando los vidrios de un vetusto reverbero allá abajo, en el camino de ronda. ¡Demonio de reverbero! A cada momento me parecía oír arrastrarse el sable de un hulano, y me quedaba quieto, con el fusil montado y el *¡quién vive!* en la punta de la lengua... De pronto volvíase más fría la lluvia. El cielo iba aclarándose sobre París. Se veía destacarse una torre, asomar una cúpula. A lo lejos rodaba un coche, tañía una campana. Despertábase la gigantesca ciudad, y en su primer estremecimiento matutino derramaba un poco de vida á su alrededor. Al otro lado del terraplén

cantaba un gallo... A mis piés, en el camino de circunvalación, aún á oscuras, oíase un ruido de pasos, un sonsonete de entrechocarse cosas de hierro. Y á mi *¡alto!* *¿quién vive?* lanzado con una voz terrible, respondía, subiendo hacia mí desde la niebla, una vocecilla tímida y temblorosa:

— ¡Vendedor de café!

¡Qué queréis! Estábamos entonces en los primeros días del asedio, y nosotros, pobres milicianos sencillotes, creíamos que los prusianos, atravesando bajo los fuegos de los fuertes, iban á llegar hasta el pié de la muralla, arrimar sus escalas y trepar la noche menos pensada en medio de los hurras y de los cohetes rasgando las tinieblas... ¡Con esas figuraciones, imaginaos si se darían alertas! Casi todas las no-

ches había aquello de «¡a las armas, a las armas!», despertar sobresaltados, corridas tumultuarias á través de los derribados pabellones de fusiles, oficiales despavoridos, gritándonos: «¡Tranquilidad, sangre fría!» para tratar de adquirirlas ellos mismos; y luego, llegado el día, notábase que la causa de todo esto era un jaco matalón escapado, estirando las patas sobre las fortificaciones y rumiando la hierba del terraplén, sin sospechar que él sólo había hecho el papel de un escuadrón de coraceros blancos y servido de blanco á todo un bastión puesto en armas...

Todo esto me recuerda mi kepis: un enjambre de emociones, de aventuras, de paisajes; Nanterre, la Corneuve, Moulin-Saquet y ese deleitoso rinconcito de Marne don-

de el intrépido 96.º entró en fuego por primera y última vez. Frente á nosotros estaban las baterías prusianas, instaladas al borde de un camino tras de un bosquecillo, como uno de esos tranquilos lugarejos cuyo humo se ve á través de las ramas. En la vía férrea, al descubierto, donde nuestros jefes nos habían olvidado, llovían las granadas con choques retumbantes y chispas siniestras... ¡Ah, pobre kepis mío! Aquel día no fuiste demasiado temerario, é hiciste muchas veces el saludo militar, hasta más abajo de lo conveniente.

¡No importa! Estos son amenos recuerdos, un poco grotescos pero con su penachito de heroísmo: ¡si no me trajeses otros á la memoria! Desgraciadamente hay también los de las noches de guardia dentro de

París, los puestos en las tiendas desalquiladas, la asfixiante estufa, los bancos de hule, las facciones monótonas á las puertas de las alcaldías de distrito delante de la plaza mojada con ese lodazal de invierno que refleja la ciudad en sus arroyos, el servicio de policía urbana, las patrullas en los charcos de agua, los soldados á quienes se detenía borrachos y perdidos, las prostitutas, los rateros; y esas madrugadas grises en que regresaba uno á su casa con una careta de polvo y de fatiga, con olores de pipa, de petróleo y de sargazos viejos adheridos á las ropas. Y las largas jornadas estúpidas, las elecciones de oficiales llenas de disputas y de chilindrinas de compañía, los ponches de despedida, las rondas de copas, los planes de batalla ex-

plicados en los veladores de café por medio de cerillas, los votos, la política y su hermana la santa divagación, aquella inactividad que no sabía en qué ocuparse, aquel tiempo perdido que os envolvía como una atmósfera ligera en que daban ganas de agitarse y de gesticular. Y las cazas de espías, las desconfianzas absurdas, las confianzas exageradas, la salida en masa, el portillo, todas las locuras y todos los delirios de un pueblo aprisionado. He aquí lo que encuentro al mirarte, espantajo de kepis. Tú también tuviste todas aquellas locuras. Y si al día siguiente de lo de Buzenval no te hubiese tirado á lo alto de una alacena, si hubiera hecho como tantos otros que se han obstinado en guardarte, en adornarte con siemprevivas y galones de oro, en con-

tinuar siendo números descabalados de batallones disueltos, ¡quién sabe á qué barricada habrías concluido por arrastrarme!... ¡Ah! Decididamente, kepis de motin y de indisciplina, kepis de pereza, de borrachera, de club, de necedades, kepis de la guerra civil, no mereces ni siquiera el rincón de desecho que te había permitido conservar en mi casa.

¡A la espuerta de la basura!...

EL TURCO DE LA COMMUNE

Era un tamborilerito de tiradores indígenas. Se llamaba Kadur, procedía de la tribu del Djedel, y formaba parte de ese puñado de turcos que se refugiaron dentro de París con el ejército del general Vinoy. Había hecho toda la campaña, desde Wissemburgo hasta Champigny, atravesando los campos de batalla como ave de tormenta con sus sonajas de hierro y su *derbuka* (tambor árabe), tan vivaracho, tan in-

tinuar siendo números descabalados de batallones disueltos, ¡quién sabe á qué barricada habrías concluido por arrastrarme!... ¡Ah! Decididamente, kepis de motin y de indisciplina, kepis de pereza, de borrachera, de club, de necedades, kepis de la guerra civil, no mereces ni siquiera el rincón de desecho que te había permitido conservar en mi casa.

¡A la espuerta de la basura!...

EL TURCO DE LA COMMUNE

Era un tamborilerito de tiradores indígenas. Se llamaba Kadur, procedía de la tribu del Djeudel, y formaba parte de ese puñado de turcos que se refugiaron dentro de París con el ejército del general Vinoy. Había hecho toda la campaña, desde Wissemburgo hasta Champigny, atravesando los campos de batalla como ave de tormenta con sus sonajas de hierro y su *derbuka* (tambor árabe), tan vivaracho, tan in-

quieto, que las balas no sabían dónde alcanzarle. Mas cuando vino el invierno, ese pequeño bronce africano enrojecido al fuego de la metralla, no pudo soportar las noches de grandes guardias, la inmovilidad entre la nieve; y una madrugada de Enero recogieronle á orillas del Marne, con los pies helados, yerto de frío. Permaneció mucho tiempo en la ambulancia. Allá le vi por vez primera.

Triste y sufrido como un perro enfermo, el turco miraba en torno suyo con sus dulces ojos muy abiertos. Cuando le hablaban, se sonreía y mostraba su dentadura. Esto es todo lo que podía hacer, pues nuestra lengua le era desconocida, y á duras penas hablaba el *sabir*, jerga franco-argelina compuesta de provenzal, de italiano y de árabe, for-

mada por palabras cambiantes recogidas como conchas en las costas de los mares latinos.

Kadur no tenía más que su *derbuka* para distraerse. De tarde en tarde, cuando se aburría en extremo, se lo llevaban á su cama y le permitían tocarlo, pero no muy fuerte, á causa de los otros enfermos. Entonces su pobre fisonomía oscura, tan deslucida y macilenta con la claridad amarilla y el paisaje de invierno que ascendía de la calle, animábase, gesticulaba, seguía todos los movimientos del ritmo. Ya tocaba calacuerda y brillaban sus blancos dientes con una sonrisa feroz, ó bien humedecíanse sus ojos al tañer alguna alborada musulmana, ensanchaba las aberturas de la nariz, y entre el pesado olor de la ambulancia, en medio de

redomas y compresas, le parecía ver de nuevo los bosques de Blidah llenos de naranjas, y las moritas saliendo del baño, con blancos velos por antifaz y perfumadas con verbena.

Así transcurrieron dos meses. En estos dos meses, París había hecho muchas cosas; pero Kadur no lo sospechaba. Había oído pasar bajo sus ventanas el rebaño de hombres que regresaba rendido de cansancio y desarmado; más tarde, los cañones paseados, rodando desde la mañana á la noche; por último, el somaten y el bombardeo. A todo esto, no comprendió nada más sino que continuaba la guerra y que iba á poder batirse nuevamente, puesto que estaban curadas sus piernas. A la postre salió, con su tambor á la espalda, en busca de su compañía.

No tuvo que buscar por mucho tiempo. Unos federados que pasaban lleváronle consigo al gobierno militar de la plaza. Después de un largo interrogatorio, como no podían sacar de él en limpio otra cosa sino algunos *bono bezef*, *macache bono*, el general de día acabó por darle diez francos y un caballo de ómnibus, y le agregó á su estado mayor.

En esas escoltas de la *Commune* había un poco de todo: chamarretas rojas, mantos polacos, casaquillas húngaras, blusas de marinero, y oro, terciopelo, lentejuelas, galones. Con su chaquetita azul bordada de amarillo, su turbante y su *derbuka*, el turco acabó de completar la mascarada. Contentísimo de verse en tan buena compañía, ébrio por el sol, el ca-

29916

UNIVERSIDAD DE NITRO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 LEON, PORTUGAL, MEXICO

ñoneo y el tráfago callejero, con aquella batahola de armas y uniformes, y persuadido además de que continuaba la guerra contra Prusia con un no sé que más vivo, más libre, este desertor inconsciente tomó parte del modo más simplón en la gran bacanal parisiense y tuvo una celebridad momentánea. Por todas partes aclamábanle los federales y le festejaban al pasar él; la *Commune* estaba tan orgullosa de poseerle, que hacía ostentación de ello, lo pregonaba, lo llevaba á guisa de una escarapela. Veinte veces diarias le enviaban desde la comandancia de la plaza al ministerio de la Guerra, desde el ministerio de la Guerra al Palacio-Ayuntamiento. ¡Les habían dicho tantas veces que sus marinos eran simulados y sus artilleros fu-

gidos!... Por lo menos éste era un turco de verdad. Para convencerse de ello bastaba mirar aquella vivacidad pizpireta de mono joven, y todo el salvajismo de aquel cuerpecillo al agitarse sobre su caballo con los caracoleos de la *fantasia*.

Sin embargo, para la dicha de Kadur faltaba una cosa. Hubiera querido batirse, hacer hablar á la pólvora. Por desgracia, con la *Commune*, como con el Imperio, los del estado mayor no solían entrar á menudo en fuego. Fuera del servicio de partes y de las paradas, el pobre turco pasaba el tiempo en en la plaza de Vendôme ó en los patios del ministerio de la Guerra, en medio de esos campamentos desordenados, llenos de barriles de aguardiente siempre en cata, de toneles

de tocino con las tapas quitadas, francachelas al aire libre en las cuales conociase aún todo el hambre del asedio. Demasiado buen musulmán Kadur para tomar parte en esas orgías, apartábase de ellas, sobrio y tranquilo; tomaba sus abluciones en un rincón, hacía su alcuzcuz con un puñado de sémola; luego, después de tocar un ratito el *derbuka*, se arropaba en su alquicel y se dormía sobre unas gradas de piedra, al calor de las fogatas del vivac.

Un amanecer del mes de Mayo, despertó al turco un horroroso fuego de fusilería. El ministerio era presa del pánico: todo el mundo echaba á correr, huyendo. Maquinalmente hizo como los demás, montó á caballo y siguió al estado mayor. Las calles estaban llenas de

cornetas despavoridos, de batallones á la desbandada. Estaban desempedrando y haciendo barricadas. Es evidente que ocurría algo extraordinario... Conforme se iban acercando al muelle, la fusilería era más perceptible y mayor el tumulto. En el puente de la Concordia, Kadur perdió de vista al estado mayor. Un poco más lejos le quitaron su caballo: era para un individuo de kepis con ocho galones, á quien apremiaba mucho ver lo que ocurría en el palacio del Ayuntamiento. Furioso el turco, echó á correr con dirección al sitio del combate. Mientras corría iba armando su fusil «chassepot» y diciendo entre dientes: *Macache bono, Brusian...* pues para él eran los prusianos quienes acababan de entrar. Silbaban ya las balas en torno

del obelisco, entre el follaje de las Tullerías. En la barricada de la calle de Rivoli, unos «vengadores de Flourens» le llamaron:—¡Eh, turco, turco! Eran sólo una docena, pero Kadur valia por todo un ejército.

De pie en lo alto de la barricada, altivo y chillón como una bandera, batiase dando saltos y gritos, bajo una granizada de metralla. Por un instante, entre dos descargas de cañón, recorrióse un poco la cortina de humo que subía de la tierra y le permitió ver en los Campos Eliseos masas de tropas con pantalones rojos. En seguida todo volvió á presentarse confuso. Creyó haberse engañado, y siguió haciendo disparos á más y mejor con su fusil.

De repente la barricada se quedó en silencio. El último artillero aca-

baba de huir de ella soltando su postrer disparo. El turco, por su parte, no se meneó. Agazapado y pronto á saltar, caló bayoneta y se puso á la espera de los cascos puntiagudos... ¡La infantería de línea fué quien llegó!... Entre el sordo ruido del paso de carga gritaban los oficiales:

—¡Ríndete!

El turco tuvo un minuto de estupor, y luego dió un brinco, con el fusil al aire:

—*Bono, bono, Franceses!*...

En su inteligencia de salvaje, figurábase vagamente que aquel era el ejército libertador, el del general Faidherbe ó el del general Chaney, á quienes de tan largo tiempo atrás esperaban los parisien- ses. Por eso, ¡qué feliz era y como se reía á carcajadas, enseñándoles

toda su blanca dentadura!... En un abrir y cerrar de ojos tomaron la barricada. Rodeáronle á empellones:

—¡A ver tu fusil!

Su fusil estaba caliente todavía.

—¡A ver tus manos!

Sus manos estaban negras de pólvora. Y el turco se las enseñó con orgullo, sin cesar en sus risotadas. Entonces le empujaron contra una pared, y ¡pum!...

Murió sin haber comprendido nada de aquello.

EL CONCIERTO DE LA OCTAVA

Todos los batallones del barrio del Marais y del arrabal de San Antonio acampaban aquella noche en los barracones de la avenida de Dumesnil. Tres días llevaba el ejército del general Ducrot batiéndose en las alturas de Champigny. A nosotros nos hacían creer que formábamos la reserva.

Nada tan triste como ese campamento de baluarte exterior, rodeado de chimeneas de fábrica, esta-

toda su blanca dentadura!... En un abrir y cerrar de ojos tomaron la barricada. Rodeáronle á empellones:

—¡A ver tu fusil!

Su fusil estaba caliente todavía.

—¡A ver tus manos!

Sus manos estaban negras de pólvora. Y el turco se las enseñó con orgullo, sin cesar en sus risotadas. Entonces le empujaron contra una pared, y ¡pum!...

Murió sin haber comprendido nada de aquello.

EL CONCIERTO DE LA OCTAVA

Todos los batallones del barrio del Marais y del arrabal de San Antonio acampaban aquella noche en los barracones de la avenida de Dumesnil. Tres días llevaba el ejército del general Ducrot batiéndose en las alturas de Champigny. A nosotros nos hacían creer que formábamos la reserva.

Nada tan triste como ese campamento de baluarte exterior, rodeado de chimeneas de fábrica, esta-

ciones cerradas y canteras desiertas, en esos barrios melancólicos animados tan sólo por algunas tabernas. Nada más glacial ni sórdido que esas largas barracas de tablo-nes, alineadas sobre el suelo apisonado, seco y duro de Diciembre, con sus ventanas desquiciadas, sus puertas sin cerrar nunca, y esos quin-qués humeantes oscurecidos por una bruma, como faroles en medio de un ventarrón al aire libre. Imposible leer, dormir ni sentarse. Era preciso inventar juegos de granujillas para calentarse, patear y correr alrededor de las barracas. Aquella estúpida inacción, tan cerca del sitio de combate, tenía algo de abyecta y enervante, sobre todo esa noche. Aunque habían cesado los cañonazos, comprendiase que allá arriba se preparaba una terri-

ble función de guerra; y de rato en rato, cuando las luces eléctricas de los fuertes llegaban á iluminar con su movimiento circular esa parte de París, se veían tropas silenciosas apelotonadas en el borde de las aceras, mientras que subían otras por la avenida, formando una corriente oscura que parecía arrastrarse por el suelo, achicada por las altas columnas de la plaza del Trono.

Estaba yo completamente helado, perdido entre las tinieblas de esos grandes paseos de ronda, cuando me dijo no sé quien:

—Vámonos, pues, á ver á la octava... Parece que allí hay concierto.

Fuí allá. Cada una de nuestras compañías ocupaba su barracón; pero el de la octava tenía mucho

mejor luz que las otras y estaba atestado de gente. Velas de sebo metidas en los cubos de bayonetas ardian con larga llama oscurecida por un humo denso, y su luz iluminaba de lleno todas aquellas cabezas de obreros vulgares y embrutecidos por la embriaguez, el frío, la fatiga y ese dormir vestido, que marchita y pone pálido. En un rincón dormía la cantinera, con la boca abierta, hecha un ovillo sobre un banco, delante de su mesita cargada de botellas vacías y vasos turbios.

Allí se cantaba.

Los señores aficionados subían por turno á un escenario improvisado en el fondo del salón, y tomaban posturas académicas, declamaban y se envolvían en sus colchas, con reminiscencias de melodramas.

Por allá me encontré de nuevo con esas voces enronquecidas y cascajos que resuenan en el fondo de los pasadizos de las ciudades obreras, llenas de bullicio infantil, de jaulas colgadas, de tenderetes ruidosos. Todo esto encanta oírlo mezclado con el ruido de las herramientas del trabajo, con acompañamiento de martillo y garlopa; pero sobre aquel estrado resultaba ridículo y desconsolador.

Tuvimos, en primer término, el obrero filósofo, el mecánico de luegas barbazas, cantando los dolores del proletario *Pauvre proletaire...o...o...* con una voz de falsete en la cual había infundido toda su cólera la santa Internacional. Luego apareció otro, medio dormido, y nos endilgó la famosa canción de *La Canalla*, pero con un aire tan abu-

rrido, tan lento, tan doliente, que parecía propia para adormecer niños de teta... *Es la canalla... pues bien... de ella soy...* Y mientras salmodiaba, oíanse los ronquidos de los dormilones pertinaces que buscaban los rinconcillos y se volvían de espaldas á la luz gruñendo.

De pronto penetró por entre los tablones una claridad blanca, é hizo palidecer á la rojiza llama de las velas de sebo. Al mismo tiempo un estruendo sordo hizo retemblar la barraca, y casi inmediatamente otros truenos más sordos y lejanos redoblaron allá abajo por las laderas de Champigny, con retumbar decreciente. Era la renovación de la batalla.

¡Pero valiente cosa les importaba á los señores cantantes de afición la batalla!

Aquel estrado, aquellas cuatro velas de sebo habían removido en las entrañas de todo ese populacho no sé qué instintos de turriburri. Había que verlos, espiando la última coplilla, arrancarse unos á otros los cantares de la boca. Nadie sentía ya el frío. Los que estaban en el escenario, los que salían de él, y también los que aguardaban su turno con su canción en la punta de la lengua, todos estaban rojos, sudando, con la mirada encendida. La vanidad les daba calor.

Había allí celebridades de barrio, un tapicero poeta que pretendió decir una cancioncilla de su caletre, *El Egoísta*, con el estribillo de *Cada uno para sí*. Y como tenía un defecto de pronunciación, decía: *El egoísta y Gada uno para fi*. Era una sátira contra los burgueses ba-

rrigudos que gustan más de permanecer en un rinconcito al calor del hogar que de ir á las avanzadas. Me parece estar viendo aquella carátula del fabulista, con su kepis ladeado sobre una oreja y con su carrillera en la barba, subrayando todas las palabras de su cancioncilla y disparándonos con aire malicioso su estribillo: *Gada uno para fi... Gada uno para fi.*

Durante ese tiempo cantaba el cañón también, mezclando su bajo profundo con los trinos de las ametralladoras. Hablaba de los heridos muertos de frío entre la nieve, de la agonía en los recodos de los caminos entre charcos de sangre cuajada, del ciego proyectil hueco, de la oscura muerte llegando por todos lados á través de la noche...

¡Y el concierto de la octava seguía siempre su curso!

Ahora estábamos en las patochadas. Un vejete chusco, con ojos de tomate y nariz de pimiento morrón, se zarandeaba en el estrado, entre un delirio de pataleos, aplausos y bravos. La torpe risa de las obscenidades dichas entre hombres solos animaba todas las fisonomías. La cantinera despertóse de pronto, y apretujada por la muchedumbre y devorada por todos aquellos ojos, se desternillaba también de risa, mientras el vejestorio entonaba con su voz aguardentosa: *El bueno de Dios, borracho como una cuba...*

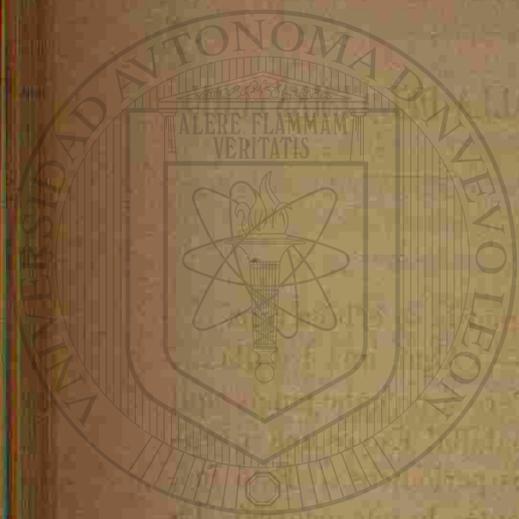
No pude aguantar más; me salí. Iba á llegarme la vez de estar de centinela. ¡Mejor! Necesitaba espacio y aire, y eché á andar adelante, largo tiempo, hasta llegar al

Sena. El agua estaba negra, el muelle desierto. París, privado de gas, dormía á oscuras dentro de un círculo de fuego; los fogonazos de los cañones guiñaban en derredor, y de sitio en sitio aparecían en las alturas rojizos resplandores de incendio. Cerca de mí oía voces quedas, precipitadas, perceptibles con el aire frío. Jadeaban, animábanse unas á otras: «¡Oh, iza...!»

Luego se callaron de pronto las voces, como por el ardor de un gran trabajo que absorbe todas las fuerzas del ser. Al acercarme á la orilla, acabé por distinguir, entre ese vago fulgor que sube del agua más oscura, una cañonera detenida en el puente de Bercy y esforzándose en subir contra corriente. Oscilaciones de linternas por los movimientos del agua, chirridos de

cables halados por los marineros, marcaban bien los avances y los retrocesos, todas las peripecias de aquella lucha contra la mala voluntad del río y de la noche. ¡Valiente cañonerita, cuánto la impacientaban esos retrasos!... Golpeaba furiosa el agua con las paletas de sus ruedas, la hacía hervir sin poderse mover del mismo sitio... Al fin, un supremo esfuerzo la impulsó adelante. ¡Bravos mozos!... Y así que hubo pasado y dirigióse en línea recta entre la niebla hacia el combate que la llamaba, bajo los arcos del puente resonaron los ecos de un fuerte grito de «¡Viva Francia!»

¡Ah! ¡Cuán lejos estábamos del concierto de la octava!



LA BATALLA DEL CEMENTERIO

El guarda se echó á reir:
— ¡Aquí una batalla?...
¡Pero si no hubo jamás aquí
ninguna batalla! Eso es una inven-
ción de los periódicos... Esto fué,
sencillamente, lo que ocurrió. La
noche del 22, que por cierto fué un
domingo, vimos llegar una treintena
de artilleros federales con una batería
de cañones de á siete y una ametra-
lladora de nuevo sistema. Tomaron
posición en lo alto del cementerio;
y, como precisamente me toca vi-

gilar esa sección, yo fui quien les recibió. Su ametralladora estaba en esta esquina de andén, junto á mi garita; sus cañones, un poco más abajo, sobre ese terraplén. Al llegar me obligaron á que les abriese varios mausoleos. Creí que iban á hacerlo trizas todo y á saquear cuanto hubiese dentro; pero su jefe proveyó á todo, y, poniéndose en medio de ellos, les dirigió este discursito: «Al primer cochino que toque alguna cosa, le abraso el gaznate... ¡Rompan filas!...» Era un viejo todo encanecido, condecorado con las medallas de Crimea y de Italia, y que no parecía de muy buen talante. Tuvieronlo por dicho sus hombres; y debo hacerles justicia diciendo que no cogieron nada de lo que hay en las tumbas, ni siquiera el crucifijo del duque de

Morny, que por si sólo vale cerca de dos mil francos.

Y, sin embargo, esos artilleros de la *Commune* eran un revoltillo de gentes bien perdidas. Artilleros de ocasión, que sólo pensaban en pescar su plus de tres francos cincuenta céntimos... ¡Tenía que ver la vida que llevaban en el cementerio! Acostábanse amontonados dentro de las bóvedas de Morny, de Favronne, esa hermosa tumba de los Favronne, donde está enterrada la nodriza del Emperador. Ponían á refrescar su vino dentro del mausoleo Champeaux, donde hay una fuente; después hacían venir mujeres. Y durante toda la noche, unos y otras bebían; ellas y ellos se refocilaban. ¡Ah! ¡Os aseguro que buenas picardias habrán oído nuestros muertos!

A pesar de todo, no obstante su torpeza, esos bandidos hacían mucho daño á París. Su posición era muy buena. De vez en cuando recibían una orden: «Tirad contra el Louvre... disparad contra el Palais-Royal.»

Entonces el viejo apuntaba las piezas, y las granadas con petróleo iban zumbando á escape hacia la ciudad. Ninguno de nosotros sabía con exactitud lo que pasaba por allá abajo. Oíanse acercarse poquito á poco las descargas de fusilería; pero los federales no se preocupaban por eso. Con los fuegos cruzados de los cerrillos de Chaumont, de Montmartre y del Père-Lachaise, parecían imposible que avanzasen los versalleses.

La primera granada que la marina nos envió al llegar á lo alto

del cerrillo de Montmartre, fué lo que les hizo caer la venda de los ojos. ¡Era tan inesperado para ellos!

Yo mismo me encontraba en el centro de su grupo, apoyado contra Morny, fumándome una pipa. Al oír llegar las bombas, no tuve tiempo sino para tirarme al suelo. Al pronto, nuestros artilleros se imaginaron que eso era algún error de puntería, ó alguna chunga de un colega... ¡Pero, que si quieres! Al cabo de cinco minutos cádate que de nuevo se ve un fogonazo en Montmartre, y viene hacia nosotros otro pepinillo, tan á plomo como el primero. Sin más, mis valientes plantaron ahí sus cañones y su ametralladora y se escaparon á zancadas. El cementerio les venía chico, y gritaban: «¡Estamos vendidos!... ¡Nos han hecho traición!»

Sólo el viejo se quedó aguantando granadas; paseábase como un pobre diablo en medio de su batería, y lloraba de rabia al ver que sus artilleros le habían abandonado.

Sin embargo, hacia el anochecer regresaron algunos, á la hora de la paga. Vea V., señor, vea V. mi caseta: aún se conservan en sus paredes los nombres de los que vinieron á cobrar aquella tarde. El viejo pasaba lista é inscribía sus nombres conforme contestaban: *Sidaine, presente; Choudeyras, presente; Billot, Vollon...* Como V. ve, no eran más que cuatro ó cinco; pero llevaban mujeres consigo. ¡Ah! ¡Nunca olvidaré aquella noche de paga! Allá abajo ardía París, el palacio del Ayuntamiento, el Arsenal, los Pósitos. Dentro del Père-Lachaise

veíamos claro como en pleno día. Los federales trataron de emplazar de nuevo las piezas; pero no eran bastantes en número y además les daba miedo Montmartre. Entonces entraron en una bóveda y se pusieron á beber y cantar con sus ganforras. El viejo se había sentado entre esas dos grandes estatuas de piedra que hay á la puerta del mausoleo Favronne, y con fiero talante miraba arder París. Dijérase que estaba seguro de que aquella era su última noche.

A partir de ese momento, ya no sé bien lo que sucedió. Entré en mi casa, aquella pequeña barraca que ve V. allí abajo oculta entre las ramas. Estaba con muchísimo cansancio. Me tumbé en la cama vestido y calzado, conservando encendida mi lámpara como en una noche

de tempestad... De pronto llaman á la puerta bruscamente. Mi mujer, temblando á más no poder, sale á abrir. Creíamos encontrarnos otra vez con los federales... Era la marina: un comandante, alféreces, un médico. Me dijeron:

—Levántese V.... Háganos café.

Con que voy, me levanto y les hice su café. Dentro del cementerio oíase un murmullo, un confuso movimiento como si todos los muertos se despertaran para ir al juicio final. Los oficiales bebieron deprisa, en pié, y luego me llevaron fuera consigo.

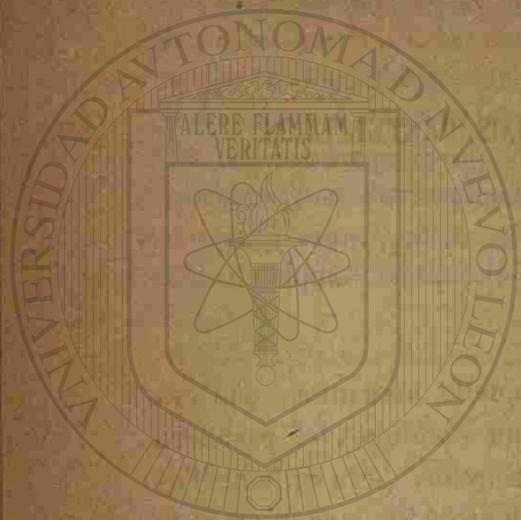
Todo estaba lleno de soldados, de marineros. Colocáronme al frente de una escuadra y nos pusimos á registrar el cementerio, tumba por tumba. De vez en cuando, al ver los soldados removerse el follaje,

disparaban sus fusiles al fondo de una calle de árboles, contra un busto, contra una verja. Acá y allá descubriase á algún infeliz, oculto en un rincón de una capilla. Su asunto no era largo de despachar... Eso les ocurrió á mis artilleros. Los encontré á todos, hombres y mujeres, en montón delante de mi garita, sobresaliendo entre ellos el veterano de las medallas. No era muy agradable ver eso á la pálida claridad del alba... Brrr... Pero lo que más me chocó fué una larga cuerda de guardias nacionales que traían de la prisión de la Roquette, donde habían pasado la noche. Subía por el paseo principal, lentamente, como un cortejo fúnebre. No se oía una palabra, ni siquiera un lamento. ¡Estaban tan rendidos, tan aplastados esos infelices! Los había que

se dormían andando, y no les despertaba la idea de que iban á morir. Hiciéronles llegar hasta el fondo del cementerio y comenzaron los fusilamientos. Eran ciento cuarenta y siete. ¡Figúrese V. si eso llevaría tiempo de largo!... Esto es lo que denominan «La batalla del Père-Lachaise».

Al llegar aquí, el buen hombre vió á su jefe y me abandonó con presteza, y yo me quedé solo contemplando en su garita aquellos nombres de la última paga, escritos al resplandor de Paris incendiado. Evoqué aquella noche de Mayo, cruzada por las bombas, roja de sangre y de llamas; ese gran cementerio desierto, iluminado como una ciudad que celebra festejos; los cañones abandonados en medio de la encrucijada, alrede-

dor de las bóvedas abiertas; la orgía dentro de las tumbas, y allí cerca, entre ese tropel de cupulillas, de columnas y de imágenes en piedra, á quienes parecían dar vida las oscilaciones de las llamas, el busto, de ancha frente y grandes ojos, de Balzac contemplando tales escenas.



LOS PASTELILLOS

I

Aquella mañanita, que era un domingo, el pastelero Sureau, de la calle de Turrenne, llamó á su marmitón y le dijo:

— Ahí tienes los pastelillos del Sr. Bonnicar... vete á llevárselos y vuelve en seguida... Parece que los versalleses han entrado en París.

El muchacho, que no entendía ni una jota de política, metió los pastelillos calentitos dentro de su

tartera, envolvió la tartera en una servilleta blanca, y todo ello lo puso á plomo sobre su gorrilla, echando á escape hacia la isla de San Luis, donde vivía el Sr. Bonnicar. La mañana era magnífica, con uno de esos espléndidos días de sol de Mayo que llenan los puestos de manojos de lilas y racimos de cerezas. A pesar de las ligeras descargas de fuego de fusil y los toques de las cornetas en las esquinas de las calles, todo ese vetusto barrio del Marais conservaba su apacible aspecto. Conociase que era domingo en el aire, en los corros de niños en el fondo de los patios, en las niñas mayorcitas jugando al volante frente á las puertas; y aquella pequeña silueta blanca, que trotaba en medio de la calzada desierta, desprendiendo en torno suyo un

grato aroma de masa caliente, acababa de dar á esa mañana de combate un no sé qué de sencillo y dominguero. Toda la animación del barrio parecía haberse difundido por la calle de Rívoli. Arrastraban cañones, hacíanse barricadas; á cada paso grupos, guardias nacionales afanosos en su trágico. Pero el pastelerito no perdió la cabeza. ¡Están esos chicos tan habituados á andar entre las muchedumbres y el barrullo de las calles! Los días festivos y de jolgorio, entre las aperturas de año nuevo y del domingo de carnaval, es cuando más tienen que correr; por eso no les impresionan las revoluciones.

Y en verdad que daba gusto ver deslizarse la gorrita blanca entre los kepis y las bayonetas, evitando los choques, oscilando gentilmente,

ora muy deprisa, ora con una forzosa lentitud en que aún se traslucían los grandes deseos de corretear. ¿Qué le importaba á él la batalla? Lo fundamental era llegar á casa de los Bonnicar en punto de mediodía y recoger al momento la propineja que le aguardaba sobre el anaquel de la antecámara.

De pronto prodújose en la multitud un empuje terrible; y al paso gimnástico desfilaron cantando los pupilos de la República. Era un hato de pilletes de doce á quince años de edad, con fusiles «chassepot», cinturones rojos y grandes botas, tan orgullosos con sus disfraces de soldados, como cuando en martes de carnestolendas corren con tricornios de papel y un grotesco girón de sombrilla de color de rosa por bandera, entre el ba-

rrizal de los paseos de la ronda. Aquella vez le costó mucho trabajo al pastelerito conservar el equilibrio en medio de los empujones; pero su tartera y él habían patinado tanto sobre el hielo y jugado tantas partidas de la rayuela en plena acera, que á los pastelillos no les entró miedo ninguno. Desgraciadamente, esa bullanga, esos cánticos, esos cinturones rojos, la admiración, la curiosidad, dieron ganas al marmitón de dar una caminata en tan buena compañía, y pasándose del palacio municipal y de los puentes de la isla de San Luis, sin advertirlo tan siquiera, encontróse llevado no sé á dónde, entre el polvo y el viento de aquella desenfrenada carrera.

II

Lo menos hacía veinticinco años que entre los Bonnicar era costumbre comer pastelillos en domingo. Al mediodía en punto, cuando toda la familia, grandes y chicos, estaba reunida en el salón, un campanillazo vivo y alegre hacía exclamar á todo el mundo:

—¡Ah!... Ya está aquí el pastelero.

Entonces, con un gran rebullicio de sillas, ese roce de tiesura de los trajes domingueros y una algazara expansiva de chiquillos risueños ante la mesa puesta, todos esos felices burgueses instalábanse en torno de

los pastelillos simétricamente apilados sobre un calentador de plata.

Aquel día permaneció muda la campanilla. Escandalizado el señor Bonnicar, miraba su reloj de sobremesa, un antiguo reloj coronado por una garza real rellena de paja, y que jamás de los jamases se había adelantado ni atrasado. Los niños bostezaban tras de las vidrieras, espionando la esquina de la calle por donde el marmitón solía dar la vuelta y aparecer. Languidecían las conversaciones; y el hambre, que la hora del mediodía ahonda con sus doce campanadas repetidas, hacía parecer muy grande y muy triste el comedor, á despecho de la antigua vajilla de plata reluciente sobre el mantel adamascado, y las servilletas plegadas todo alrededor en forma de cucuruchos tiesos y blancos.

Muchas veces había ya entrado la vieja criada á decir al oído de su amo: «El asado se quema... los guisantes han hervido demasiado...» Pero el Sr. Bonnicar se empeñaba en no sentarse á la mesa sin los pastelillos; y furioso contra Sureau, resolvió ir él mismo á ver qué significaba un retardo tan inaudito. Al salir, esgrimiendo muy colérico su bastón, le advirtieron unos vecinos:

—Tenga V. cuidado, Sr. Bonnicar...; dícese que los versalleses han entrado en París.

No quiso escuchar nada, ni siquiera el fuego de fusil que venía á flor de agua desde Neuilly, ni siquiera el cañón de alarma del Palacio-Ayuntamiento estremeciendo todas las vidrieras del barrio.

—¡Ah, ese Sureau... ese Sureau!

Y con la animación de su caminata hablaba á solas y ya se veía allá abajo en medio de la tienda, dando golpes con su bastón de caña en las baldosas, haciendo retemblar los cristales del escaparate y los platos de natillas. La barricada del puente de Luis Felipe partió por el eje su cólera. Había allí algunos federales de feroz talante revolcándose al sol en el suelo desempedrado:

—¿A dónde va V., ciudadano?

El ciudadano se explicó; pero la historia de los pastelillos pareció sospechosa, con tanto mayor motivo, cuanto que el Sr. Bonnicar, con su hermoso gabán de los domingos y sus anteojos con montura de oro, tenía todo el aspecto de un vetusto reaccionario.

—Es un espía—dijeron los fede-

rales;—hay que enviárselo á Rigault.

Al punto, cuatro hombres de buena voluntad, á quienes no les disgustaba eso de abandonar la barricada, se llevaron por delante á culatazos al pobre hombre desesperado.

No sé como se las arreglaron, pero media hora después estaban todos copados por la infantería de línea é iban á formar parte de una larga cuerda de prisioneros en columna, próxima á ponerse en marcha para Versalles. El Sr. Bonnicar protestaba más y más, blandía su caña, contaba su historia por centésima vez. Por desgracia, parecía tan absurda aquella invención de los pastelillos, tan increíble en medio de aquel gran trastorno, que los oficiales no cesaban de reirse de ello:

—Bien, bien, viejo mío... ya se explicará V. en Versalles.

Y la columna se puso en movimiento entre dos filas de cazadores, por los Campos Eliseos, llenos aún de la blanca humareda de las descargas.

III

Los prisioneros iban de cinco en cinco, formando filas prietas y compactas. Para impedir que el convoy se diseminase, les obligaban á ir del brazo; y el largo rebaño de hombres, al caminar entre el polvo de la carretera, hacía un ruido como el de una copiosa lluvia de tormenta.

El infeliz Bonnicar creía aquello un sueño. Sudoroso, jadeante, des-cuajado de miedo y de fatiga, arras-trábase á la cola de la columna en-tre dos brujas viejas que apestaban á petróleo y aguardiente; y al oírle decir estas palabras: «¡Pastelero, pastelillos!», repetidas sin cesar en-tre sus imprecaciones, pensaban en torno suyo que se había vuelto loco.

El hecho es que el pobre hombre no estaba en sus cabales. En las su-bidas y bajadas, al aclararse un poco las hileras del convoy, ¿pues no le parecía ver allá lejos, entre la polvareda que llenaba los huecos, la blusa y la gorra blancas del mar-mitón de casa de Sureau? ¡Y eso le ocurrió diez veces en el camino! Aquella pequeña ráfaga blanca pa-saba ante sus ojos como para mo-farse de él, y luego desaparecía en

medio de esa marea de uniformes, blusas y harapos.

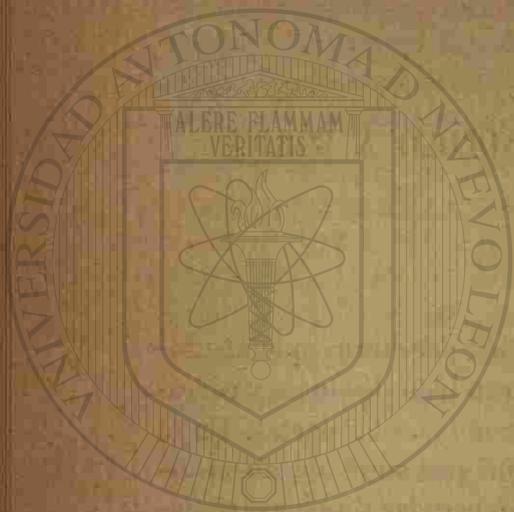
Al fin y al cabo llegaron á Ver-salles al atardecer; y cuando el gen-tío vió á aquel viejo burgués con espejuelos, despechugado, polvo-riente y hosco, todo el mundo es-tuvo de acuerdo en hallar que su cabeza era de un malvado. Y de-cían: «Es Félix Pyat... ¡No! ¡Es Delescluze!»

Mucho trabajo les costó á los cazadores de la escolta conducirle sano y salvo hasta el patio de la Orangerie. Sólo allí pudo disper-sarse la pobre grey, estirarse en el suelo, recobrar aliento. Había en-tre ellos quienes dormían, otros echando juramentos, otros tosien-do y otros bañados en lágrimas. Bonnicar, por su parte, no to-sía ni lloraba. Sentado al borde

de una escalinata, con la cabeza entre las manos, escorzada tres cuartos, muerto de hambre, de vergüenza y de fatiga, volvía á repasar mentalmente aquella tristísima jornada, su partida de allá abajo, sus convidados intranquilos, ese cubierto colocado hasta anochecido y que aún le estaría esperando; y luego la humillación, las injurias, los culatazos; y todo, por un pastelero inexacto.

—¡Señor Bonnicar, aquí tiene V. sus pastelillos!...—exclamó de pronto una voz junto á él; y al levantar el buen hombre la cabeza, quedó lleno de asombro al ver al marmitoncillo de casa de Sureau (á quien pescaron con los pupilos de la República) descubrir y presentarle la tartera oculta bajo su mandil blanco.

Así fué que, á pesar de la revuelta y del apresamiento, el señor Bonnicar comió pastelillos aquel domingo, lo mismo que los otros.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MONÓLOGO Á BORDO

Hace dos horas que apagaron todas las luces y cerraron todas las portas. En el sollado, que nos sirve de dormitorio, reinan pesadas tinieblas, se asfixia uno. Oigo á mis camaradas revolverse en sus hamacas, con ensueños en alta voz y gimiendo mientras dormitan. Esos días sin trabajar, en que sólo se ocupa y se fatiga la cabeza, producen muy mal dormir, un sueño preñado de fiebre y de sobresaltos. Y hasta ese mismo

sueño, me cuesta mucho conciliarlo. No puedo dormir; pienso demasiado.

Llueve allá arriba, sobre cubierta. Sopla el viento. De rato en rato, al cambiar el cuarto, suena una campana entre las brumas, á un extremo del buque. Cada vez que la oigo, me recuerda mi París y el toque de las seis de la tarde en las fábricas; no faltan fábricas en derredor de nuestra casa! Veo nuestro pequeñísimo domicilio, los chicos volviendo de la escuela, la madre en el fondo del taller, en vías de concluir alguna cosa junto á la ventana y esforzándose por aprovechar ese resto de claridad que se extingue, hasta dar la última puntada en su labor.

¡Ah, miseria! ¿Qué va á ser de todos ahora?

Quizá hubiese hecho mejor en

traerlos conmigo, puesto que me lo permitían. ¡Pero, qué quereis! ¡Está tan lejos! Me dan miedo el viaje y el clima para los niños. Además, hubiera sido preciso malvender nuestro surtido de pasamanería, ese modesto capital tan trabajosamente ganado, reunido pieza por pieza en diez años. ¡Y mis hijos sin ir más á la escuela! ¡Y la madre obligada á vivir en medio de una cuadrilla de galeotes! ¡Oh, á fe mía, no! ¡Más quiero sufrir sólo! Es lo mismo; cuando subo á cubierta y veo todas esas familias instaladas allí como en su casa, las madres remendando trapos y los niños con sus sayitas; me dan siempre ganas de llorar.

Crece el viento, hinchanse las olas. La fragata se desliza, inclinada sobre una banda. Se oyen crujir sus mástiles y castañetear sus velas.

Debemos de ir con suma rapidez. Tanto mejor, así llegaremos antes... Ahora envidio aquella isla de los Pinos, que tanto me espantaba cuando el proceso. Es un término, un descanso. ¡Y estoy tan cansado! Hay momentos en que todo cuanto he visto desde hace veinte meses me da vueltas ante los ojos hasta causarme vértigos. El sitio por los prusianos, las murallas, el ejercicio; en seguida los clubs, los entierros civiles con siemprevivas en el ojal de la solapa, los discursos al pie de la Columna, los festejos de la *Commune* en la Casa Consistorial, las revistas pasadas por Clusseret, las salidas, la batalla, la estación de Clamart y todos esos pequeños muros que nos servían de abrigo para disparar contra los gendarmes; después el campamento de Satory,

los pontones, los comisarios, los trasbordos de un buque á otro, esas idas y venidas que os hacían diez veces prisioneros por los cambios de prisiones; por último, la sala de los consejos de guerra, todos aquellos oficiales con uniforme de gala sentados al fondo en herradura, los coches celulares, el embarque, la partida, todo esto confundido entre los cabeceos y el atolondramiento de los primeros días de mar.

¡Uf! Tengo como una careta de fatiga, de polvo, de no sé qué pegado en la cara. Me parece que no me he lavado en diez años.

¡Oh! Sí, me va á saber bien echar pié á tierra en cualquiera parte, hacer alto. Dicen que por allá tendré mi poco de campo, aperos, una casita... ¡Una casita! Mi mujer y yo habíamos soñado con tener una ha-

cia Saint-Mandé, baja, con un jardinillo delante, como un cajón abierto lleno de hortalizas y de flores. Allí nos hubiéramos ido á pasar el domingo, desde la mañana hasta el anochecer, á tomar el aire y el sol para toda la semana. Luego que los chicos crecieran y se establecieran en el comercio, nos retiraríamos allí muy tranquilos. ¡Anda, pobre bruto, ahora sí que estás retirado y vas á tener tu casa de campo!

¡Ah, qué desgracia cuando pienso en que la política es la causa de todo! Sin embargo, desconfiaba yo de esa bendita política. Siempre la tuve miedo. En primer lugar, no era rico; y teniendo que pagar mis pedidos, no me quedaba mucho tiempo para leer los periódicos ni para ir á escuchar á los parlanchines en las reuniones públicas. Pero

llegó el maldito sitio, y con él la guardia nacional: ó sea no hacer nada más que vociferar y beber. ¡Por vida de...! Fuí á los clubs con los otros, y acabaron por trastornarme todas sus frases gordas: «¡Los derechos del obrero! ¡La felicidad del pueblo!»

Cuando vino la *Commune* creí que llegaba la edad de oro para los pobres. Tanto más, cuanto que me habían nombrado capitán; y todos aquellos estados mayores con uniformes flamantes, esos galones, esas casacas bordadas, esos cordones de ayudante, daban mucha obra á la casa. Más tarde, cuando vi cómo marchaban las cosas, hubiera querido largarme; pero tenía miedo de pasar por un cobarde.

¿Pero qué pasa por allá arriba? Rugen las bocinas. Por el mojado

puente se oyen correr zapatones... ¡Vaya una vida dura que llevan esos marineros! Acaban de despertarse en pleno sueño con el pito del contramaestre. Suben al puente medio dormidos todavía y bañados en sudor. Hay que correr á oscuras, con frío. Los pisos de madera están resbaladizos, las jarcias están heladas y queman las manos que las agarran. Y mientras que están suspensos allá en lo alto de las vergas, zarrandeándose entre mar y cielo al recoger las grandes velas enteramente rígidas, llega una racha de viento, los arranca de allí, los arrebatata consigo y los desparrama en pleno mar como una bandada de gaviotas. ¡Ah! Es una vida más ruda que la del obrero parisiense y peor pagada. Sin embargo, estas gentes no se quejan ni se amotinan.

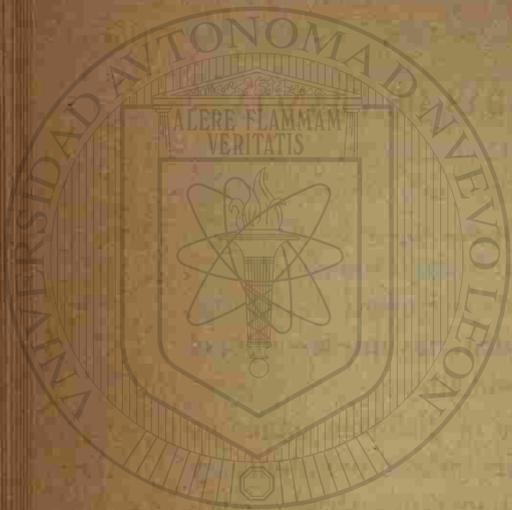
Tienen aspecto tranquilo, claros ojos de resuelto mirar; ¡y son tan respetuosos con sus jefes! Bien se comprende que no han ido con frecuencia á nuestros clubs.

Esto es hecho: tenemos tempestad. La fragata da horribles bordadas. Todo baila, todo cruje. Sobre el puente se desploman con ruido atronador masas de agua; después corren, durante cinco minutos, por todas partes regueros. En torno mío comienzan á agitarse. Unos están mareados, otros tienen miedo. Esta inmovilidad forzada ante el peligro es la peor de las prisiones... ¡Y decir que mientras nosotros estamos aquí apriscados como reses, traqueteándonos á oscuras entre esta batahola siniestra que nos rodea, todos aquellos arrogantes hijos de la *Commune* con galones de oro y pe-

tos rojos, todos aquellos farsantes, todos aquellos cobardes que nos empujaban adelante, estarán bien tranquilos dentro de los cafés y de los teatros en Londres, en Ginebra, á un paso de Francia! ¡Cuando pienso en ello, me entra una rabia!

Todo el sollado está despierto. Se llaman de una á otra hamaca; y como todos son parisienses, empiezan á chunguearse y hacer chacota. Yo hago como que duermo para que me dejen en paz. ¡Qué horrible suplicio el de no estar nunca solo, el de vivir hacinados! Hay que ponerse al diapasón de la cólera ajena, decir lo mismo que los demás, afectar odios que no se sienten, so pena de ser tenido por un espía. Y siempre de guasa, de zumba... ¡Vaya un mar, santo Dios! Se conoce que el viento abre grandes simas oscuras

donde la fragata se hunde y arremolina... Vamos, bien he hecho en no traérmelos. ¡Es tan grato pensar en este instante que estarán allá tan bien abrigados en nuestra alcobita! Desde el fondo del oscuro sollado pareceme ver un rayo de luz de la lámpara alumbrando todas aquellas frentes, las de los niños dormidos, la de la madre que medita y trabaja...



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS Y SERVICIOS DE INFORMACIÓN

LAS HADAS DE FRANCIA

CUENTO POPULAR

Acusada, levántese—dijo el presidente.

En el disforme banco de las petroleras hubo movimiento, y adelantóse hacia el estrado, apoyándose en la baranda, una cosa temblona y sin figura humana. Era un bulto de guñapos rotos, remiendos, cintas, flores ajadas, plumas viejas, y debajo de ellas una pobre cara marchita, curtida, rugosa, agrietada, y donde la malicia de dos ojillos negros revolviase

ligera entre las arrugas, como una lagartija en la hendedura de un viejo paredón.

—¿Cómo os llamáis?—la preguntaron.

—Melusina.

—¿Cómo decís?...

—Melusina—repitió con mucha seriedad.

Sonrióse el presidente, bajo sus bigotazos de coronel de dragones, pero continuó sin pestañear:

—¿Vuestra edad?

—No la sé.

—¿Vuestra profesión?

—¡He sido hada...!

Al instante, el auditorio, el consejo, el mismo comisario del gobierno, todo el mundo se echó á reír á carcajadas. Pero esto no la perturbó lo más mínimo; y con su vocecilla clara y á saltitos, que se

elevaba en la sala y se cernía como una voz de ensueños, replicó la vieja:

—¡ Ah! ¿Dónde están las hadas de Francia? Todas murieron, mis buenos señores. Yo soy la última, no queda ninguna más que yo... Y en verdad que es una lástima, pues Francia era mucho más hermosa cuando aún tenía sus hadas. Eramos la poesía del pueblo, su fe, su candor, su juventud. Todos los lugares que frecuentábamos, los retiros llenos de malezas en los cotos, las piedras de las fuentes, los torreones de los ruinosos castillos, las brumas de los lagos, las grandes marismas, recibían con nuestra presencia un no sé qué de mágico y grandioso. A la claridad fantástica de las leyendas, veíase nos pasar á ratos por todas partes, arrastrando

nuestros cendales entre un rayo de luna ó corriendo por las praderas sobre los brotecitos de las hierbas. Los aldeanos nos amaban, nos veneraban.

Nuestras frentes coronadas de perlas, nuestras varitas, nuestras ruecas encantadas mezclaban un poco de temor con la admiración, entre las imaginaciones cándidas. Por eso permanecían siempre claras nuestras fuentes. Los arados deteníanse en los caminos que guardábamos nosotras; y como nosotras, las más viejas de las gentes, inspirábamos respeto á todo lo viejo, de ahí el que de un extremo al otro de Francia se dejara á los bosques crecer, y á las piedras rodar por sí solas.

Pero el siglo ha progresado. Han venido las vías férreas. Se han

horadado túneles, cegado lagunas y hecho tantas cortas de árboles, que bien pronto no supimos ya dónde meternos. Poco á poco dejaron por completo de creer en nosotras los campesinos. Cuando por la noche llamábamos á los postigos de Robin, decía: «Es el viento.» Y quedábase otra vez dormido. Las mujeres venían á jabonar á nuestros estanques. Desde entonces todo acabó para nosotras. Como sólo vivíamos de las creencias populares, al perderse éstas lo hemos perdido todo. Desapareció la virtud de nuestras varitas, y de poderosas reinas que éramos, nos hemos quedado en unas mujeres viejas, arrugadas, horrorosas, como hadas á quienes se olvida; y con esto hemos tenido que ganarnos el pan nuestro, con unas manos que nada sabían hacer.

Durante algún tiempo se nos ha visto por los bosques llevando cargas de leña muerta, ó recogiendo espigas á orillas de los senderos. Pero los guardas de montes eran duros para nosotras, y los labriegos nos tiraban piedras. Entonces, como los pobres que no encuentran donde ganar la vida en su pueblo, fuimos á buscar la subsistencia pidiéndola al trabajo de las grandes ciudades.

Unas entraron en las fábricas de hilados. Otras vendieron manzanas por el invierno en las esquinas de los puentes, ó rosarios á la puerta de las iglesias. Empujábamos carretones cargados de naranjas, tendíamos á los transeuntes ramitos de á perro chico, y nadie los quería comprar; y los chiquillos se burlaban de nuestra barbilla

temblona, y los agentes municipales nos hacían correr, y los ómnibus nos atropellaban. Luego las enfermedades, las privaciones, una sábana de hospital echada á la cara... He aquí cómo ha dejado Francia morir á todas sus hadas. ¡Buen castigo ha tenido por eso!

Si, si, reíos, intrépidos señores míos. Mientras tanto, acabamos de ver lo que es un país que ya no tiene hadas. Hemos visto á todos esos campesinos bien cebados y de gramática parda abrir sus arcas á los prusianos é indicarles los atajos. ¡Ve ahí! Robin, que ya no creía en los sortilegios, pero tampoco creía en la patria mucho más... ¡Ah, si nosotras hubiésemos estado allá, de todos esos alemanes que entraron en Francia no sale vivo ni uno solo! Nuestros *draks*, nues-

tros fuegos fatuos los hubieran conducido á caer dentro de ciénagas. En todas esas puras fuentes que llevaban nuestros nombres hubiéramos mezclado con sus linfas brebajes encantados que los hubiesen vuelto locos; y en nuestras asambleas, al claror de la luna, hubiéramos confundido tan bien las sendas y los ríos, enmarañado con cambroneras y malezas esas montaneras donde iban siempre á agazaparse, que los ojuelos de gato del barón de Moltke no habrían podido jamás reconocer nada de aquello. Con las grandes flores de nuestras lagunas hubiésemos hecho bálsamos para las heridas y los *hilos de la Virgen* nos hubieran servido de hilas; y en los campos de batalla, el soldado moribundo habría visto al hada de su comarca inclinarse

sobre sus ojos medio cerrados para enseñarle un rinconcito de bosque, un recodo de sendero, cualquiera cosa que le recordara su país. De este modo se hace la guerra nacional, la guerra santa. Pero, ¡ay!, en los países que ya no creen, en los países que ya no tienen hadas no es posible esa guerra.

Al llegar aquí, interrumpióse un momento la vocecita tenue, y el presidente tomó la palabra:

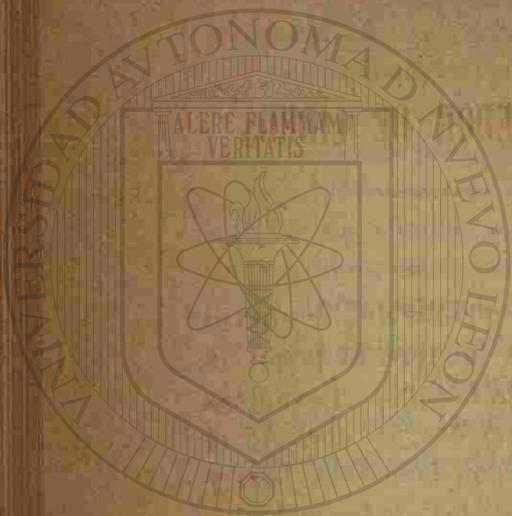
—Todo esto no nos dice lo que hacía V. con el petróleo que llevaba encima cuando la detuvieron los soldados.

—Buen señor, estaba incendiando París—respondió la vieja con mucha tranquilidad.—Quemaba á París porque le odio, porque se rie de todo, porque él es quien nos ha muerto. París fué quien mandó sa-

bios para analizar nuestras bellas fuentes milagrosas y decir con exactitud cuánto hierro, cuánto azufre tenían sus aguas. París se burló de nosotras en sus teatros. Nuestros encantamientos se han convertido en escamoteos, nuestros milagros en farsas; y se han visto tantas caras feas sobre nuestros corpiños de color de rosa, y nuestros carros alados en medio de claros de luna hechos con luces de Bengala, que ya no se puede pensar en nosotras sin echarse á reir... Había niños pequeñitos que nos conocían por nuestros nombres, nos amaban, nos tenían su poquillo de miedo; pero en lugar de los bonitos libros con oro y estampas, donde aprendían nuestra historia, París ha puesto en sus manos la «ciencia al alcance de los niños», gruesos li-

bracos de donde sale como un polvo gris y borra de los ojos de los pequeños nuestros palacios encantados y nuestros espejos mágicos... ¡Oh, sí, estoy muy contenta de ver echar llamaradas á vuestro París!... Yo era quien llenaba los botes de las petroleras, y las guiaba por mí misma á los mejores sitios: «¡Andad, hijas mías; quemadlo todo, quemad, quemad!...»

—Pues señor, está mujer está loca de remate—dijo el presidente.
—Lleváosla.



UN TENEDOR DE LIBROS

Brr... qué niebla!...—dijo el buen hombre al poner el pié en la calle.—Levantóse á escape el cuello, se abrochó el tapaboca; y con la cabeza baja y las manos metidas en los bolsillos de atrás, marchó para la oficina silboteando.

En efecto, una verdadera niebla. Entre las calles no es nada; en el corazón de las grandes ciudades la niebla no dura más que la nieve. Las techumbres la desgarran, las paredes la absorben; introdúcese

en las casas al abrir las puertas, pone escurridizas las escaleras y húmedos los tramos. El movimiento de los carruajes, el ir y venir de los transeuntes, esos transeuntes madrugadores tan presurosos y pobres, la destrozan, se la llevan consigo, la dispersan. Se pega á las estrechas y delgadas ropas de los oficinistas, á los impermeables de las señoritas de mostrador, á los velitos sin apresto, á las grandes cajas de cartón forradas de hule. Pero en los muelles aún desiertos, en los puentes, en las riberas, en el río, es una bruma densa, opaca, inmóvil, á través de la cual sube el sol, tras de la iglesia de Nuestra Señora, con la mustia luz de una lamparilla dentro de un vaso deslustrado.

A pesar del viento y de la bru-

ma, nuestro hombre va por los muelles, siempre por los muelles, para ir á su oficina. Pudiera tomar otro camino, mas parece que el río tiene para él un atractivo misterioso. Su gusto es ir á lo largo de los parapetos, rozarse con esas barandas de piedra desgastadas por los codos de los paseantes. A aquellas horas y con el tiempo que hace, son raros los desocupados que pasean. Sin embargo, de tarde en tarde encuentra á una mujer cargada de ropa blanca apoyándose en el antepecho, ó algún pobre diablo asomándose de codos hacia el agua con talante aburrido. Cada vez que nuestro hombre vuelve atrás la cabeza los mira con curiosidad y después mira al agua, cual si una idea secreta mezclase en su mente esas personas con el río mismo.

Aquella mañanita no era alegre el río. Esa bruma que subía de las ondas gravitaba sobre él y parecía comunicarle su pesadez. Las cubiertas oscuras de las orillas, todos esos tubos de chimenea desiguales y torcidos que se reflejan, se entrecruzan y humean en medio del agua, hacen pensar en no sé qué lúgubre fábrica que desde el fondo del Sena enviase á París todos sus humos en forma de niebla. Por su parte, nuestro hombre no tenía aspecto de encontrar aquello tan triste. La humedad le cala por todas partes, sus vestidos no tienen ni un hilo seco; y eso no obstante, sigue chiflando entre dientes con una plácida sonrisa en los ángulos de la boca. ¡Hace tanto tiempo que se halla habituado á las brumas del Sena! Además, sabe que al llegar

al término de su caminata le espera un buen calentapiés bien forrado de pieles por dentro, su estufa que le aguarda zumbando, y la tapadera caliente sobre la cual hace su almuerzo todas las mañanas. Son goces de empleado, placeres de prisión, conocidos tan sólo por esos pobres seres encogidos cuya vida entera cabe dentro de una rinconada.

«Es menester que no se me olvide comprar manzanas» — dice para sí de rato en rato — y silba y se apresura. Jamás habéis visto á nadie que vaya tan alegre á su trabajo.

Los muelles, siempre los muelles, al fin un puente. Ya lo tenéis detrás de Nuestra Señora. En aquella punta de la isla, la bruma es más intensa que en otros sitios. Viene de tres lados á la vez, medio anega las altas torres, se amontona

en la cabeza del puente cual si quisiera ocultar alguna cosa. Detiéndose el hombre; allí es.

Distínguese en confusión sinietras sombras, gentes en cuclillas sobre la acera con aspecto de estar aguardando, y, lo mismo que ante las verjas de los hospicios y de los jardinillos públicos, azafates extendidos con hileras de bizcochos, de naranjas, de manzanas. ¡Oh, qué hermosas manzanas, tan frescas, tan coloraditas con la neblina!... Se llena de esas frutas los bolsillos, echando una sonrisa á la vendedora que tiritita con los piés encima de su calentador; en seguida empuja una puerta entre la niebla y atraviesa un patinillo, donde está una carreta enganchada.

—¿Es que hay alguna cosa para nosotros?—pregunta al paso.

Un carretero, chorreando agua, le responde:

—Sí, señor; y hasta una cosa muy linda.

Entonces entra á escape en su oficina.

Allí sí que está caliente, y se está bien. En un rincón zumba la estufa. El calentapiés se halla en su sitio. Le espera su sillón, á buena luz, junto á la ventana. La cortinilla de niebla en las vidrieras da una claridad suave y dulce; y los grandes libros de lomo verde están correctamente alineados en sus taquillas. Un verdadero despacho de notario.

El hombre respira; está en su casa.

Antes de ponerse al trabajo, abre un gran armario, saca de él unos manguitos de percalina de lustre

estirándolos con esmero, un platillo de barro encarnado y unos pedazos de azúcar procedentes del café, y comienza á mondar sus manzanas, mirando con satisfacción en torno suyo. El hecho es que no se puede ver una oficina más alegre, más pulcra, más en orden. Unicamente, lo que hay de singular allí es ese ruido de agua que se oye por todas partes, rodeándoos y envolviándoos, cual si estuviérais dentro de una camareta de barco. Por afuera choca el Sena gruñendo contra las pilastras de los arcos del puente y desgarrá su raudal de espumas en aquella punta de la isla, llena siempre de estorbos, tablas, pilotes y cosas sin dueño conocido. Dentro de la casa misma, en derredor de la oficina, hay un chorro de agua vertida á cántaros,

el estruendo de un gran lavatorio. No sé por qué, os hiela nada más que el oír aquel agua. Se comprende que chasca sobre un piso duro, rebota sobre anchas losas, sobre tableros de mármol que la hacen parecer aún más fría.

¿Qué hay, pues, que lavar tanto dentro de aquella extraña casa? ¿Alguna mancha indeleble quizá?

Luego, cuando se suspende ese chorro, allá lejos, en lontananza, óyense caer gotas una á una, como después de un deshielo ó de un gran chaparrón de lluvia. Diríase que la niebla condensada por los tejados y por las paredes fúndese al calor de la estufa y gotea de continuo.

El hombre no se fija en tal cosa. Está por completo absorto en sus manzanas, que comienzan á chillar

dentro del platillo rojo, exhalando un tenue perfume de caramelo, y ese grato canturreo le impide oír el ruido de agua, el siniestro ruido de agua.

—¡Cuando V. guste, escribano!... —dice una voz cascajosa en la pieza del fondo.—Echa una mirada á sus manzanas y sale de allí muy á disgusto. ¿A dónde va? Por la puerta entornada un minuto penetra un aire desabrido y frío que trasciende á olor de cañaverales y pantanos; y se nota como una visión de ropas puestas á secar en cordeles, blusas descoloridas, chambras, una falda con cuerpo de indiana colgada á lo largo por las mangas, y todo ello goteando... goteando...

Acabó. Vuelve á entrar. Deja en su mesa una porción de objetos menudos empapados en agua, y se di-

rige friolero hacia la estufa, para desentumecer sus manos enrojecidas por el frío.

—¡Se necesita estar empecatado de veras, con este tiempo!...—dice parasusadentros, tiritando.—Pues, señor, ¿qué les pasará á todas?

Y después de calentarse bien y de que su azúcar empieza á formar perlititas en el borde del plato, se pone á desayunar en un ángulo de su mesa de despacho. Mientras engulle, abre uno de sus registros y lo hojea con satisfacción íntima. ¡Está tan bien llevado ese libro mayor! Líneas derechas, epígrafes con tinta azul, centelleos de polvos de oro, papel secante á cada página, ¡un esmero, un orden!...

Parece que marchan bien los negocios. El buen hombre tiene el aire satisfecho de un tenedor de li-

bros á la vista de un buen inventario de fin de año. Mientras que se deleita en volver las páginas de su libro, ábrense las puertas de la sala inmediata y resuenan sobre las losas los pasos de mucha gente; hablan á media voz, como en una iglesia:

—¡Oh, qué joven!... ¡Qué lástima...!

Y se empujan y cuchichean.

¿Qué le importa á él que ella sea joven? Al acabar de comerse las manzanas, pone tranquilamente ante sí los objetos que trajo hace poco. Un dedal lleno de arena; un portamonedas, con una de cinco céntimos dentro; un par de tijeritas oxidadas, tan oxidadas, que no podrán emplearse ya jamás; ¡oh, nunca jamás!; una libreta de obrera, cuyas páginas están adheridas unas

á otras; una carta hecha jirones, borrosa, donde pueden leerse algunas palabras sueltas: *El niño... falta din... mes de nodriza...*

El tenedor de libros se encoge de hombros, como diciéndose:

—Conozco la cosa.

Luego coge su pluma, sopla con cuidado las migas de pan que cayeron en su libro mayor, hace un ademán de asentar bien la mano, y con su más hermosa letra redondilla escribe el nombre que acaba de descifrar en el mojado cuaderno:

Felicia Rameau, bruñidora, diez y siete años.



CON TRESCIENTOS MIL FRANCOS

QUE ME HA PROMETIDO GIRARDIN...

Nunca os ha acontecido salir de casa con leve pié y ánimo dichoso, y al cabo de dos horas de caminatas por dentro de París volver de mal temple, abatido por una tristeza sin causa, con un malestar incomprensible? Y os preguntáis: «Pues señor, ¿qué me pasa?...» Y por más que hacéis por acertar el motivo, no encontráis ninguno. Todos vuestros paseos han sido higiénicos, con las aceras secas, con un sol hermoso; y, sin embargo, sentís en el pecho

una angustia dolorosa, algo así como la impresión de haber sufrido un pesar.

Y es que en este gran París, donde la muchedumbre se juzga inobservada y libre, no se puede dar un paso sin tropezar con alguna miseria invasora que os salpica y os deja su huella al pasar. No hablo solamente de los infortunios que uno conoce, por los cuales se interesa, de esas penas de un amigo que en parte hacemos nuestras, y cuyo súbito encuentro os oprime el corazón como un remordimiento; ni siquiera de esos pesares de personas indiferentes, que se escuchan á medias y os conmueven algo, sin darse uno cuenta. No; los dolores de que voy á hablar son esos para nosotros enteramente extraños, que se vislumbran al paso, en un minuto,

entre la actividad de nuestra marcha y la confusión de las calles.

Son jirones de diálogos entrecortados por el rodar de los carruajes, preocupaciones sordas y ciegas que hablan á solas y en voz alta, hombros caídos, gestos locos, ojos de fiebre, rostros pálidos, abotargados por las lágrimas, lutos recientes mal enjugados por las negras tocas. Además, ¡qué detalles furtivos y tan ligeros! Un cuello de gabán, cepillado y deslucido, que va en busca de la sombra; un organillo de enseñar canto á los canarios, sin voz, girando en el vacío bajo un soportal; una cinta de terciopelo en la garganta de una jorobada, formando un lazo cruelmente derecho entre los torcidos hombros... Todas esas visiones de incógnitas desdichas pasan al vuelo, y las olvidáis

al andar; pero habéis sentido el roce de su tristeza, vuestra ropa se ha impregnado del tedio que arrastran en pos de sí, y al fin de la jornada sentís removerse todo cuanto en vosotros hay de conmovido y doloroso, porque sin percataros de ello os habéis enredado en la esquina de una calle ó en el quicio de una puerta con ese hilo invisible que enlaza entre sí á todos los infortunios y los agita con la misma sacudida.

En esto pensaba yo la otra mañana (pues de mañana, sobre todo, es cuando París pone de manifiesto sus miserias), al ver andar delante de mí un pobre diablo enfundado en un gaban muy estrecho, que hacía parecer más largas sus zancadas y exageraba ferozmente todas sus actitudes. Cargado de espaldas,

meneándose como un árbol con el ventarrón á campo raso, aquel hombre caminaba casi á la carrera. De vez en cuando hundía una mano en uno de los bolsillos posteriores, pellizcaba dentro de él un zoquete de pan y lo devoraba á escondidas, como avergonzándose de ir comiendo por la calle.

Me hace entrar apetito cuando veo á los albañiles, sentados en las aceras, mordiendo con tanto gusto su panecillo tierno. También me hacen entrar en ganas los empleados subalternos al volver, corriendo, de la tahona á la oficina, con la pluma tras la oreja y la boca llena, gozosos de esa refacción al aire libre. Mas, aquí advertíase el pudor del hambre verdadera; y daba lástima ver á ese infeliz sin atreverse á comer sino en migajas el pan que

trituraba en el fondo de su bolsillo.

Llevaba yo un rato de seguirle, cuando de pronto (como ocurre á menudo en esas existencias sin derrotero fijo) cambió bruscamente de dirección y de idea, y al volverse encontróse conmigo de bruces:

—¡Caramba, V. por aquí!...

Por casualidad le conocía yo un poco. Era uno de esos maquinadores de negocios, como muchos que brotan entre los adoquines de París: hombre proyectista, fundador de periódicos imposibles, en torno de quien durante cierto tiempo hubo muchos reclamos, ruido impreso, y que de tres meses á la fecha habíase eclipsado con una formidable zambullida. Después de un hervidero de algunos días en el sitio de su chapuzón, calmóse el oleaje,

quedó todo tranquilo y ya nadie había vuelto á ocuparse más de él. Se turbó al verme, y para poner coto á toda clase de preguntas, y quizá también por apartar mis miradas de sus sórdidas trazas y de sus cinco céntimos de pan, se puso á hablarme muy de prisa y en tono fingidamente alegre... Sus asuntos iban bien, muy bien... Aquello no fué más que un compás de espera. A la sazón tenía entre manos un magnífico negocio... Un gran periódico industrial con grabados... ¡Mucho dinero, un soberbio contrato de anuncios!... Y su fisonomía animábase al hablar, se enderezaba su cuerpo. Poco á poco fué tomando un tono protector, como si ya estuviese en su despacho de redacción; hasta me pidió artículos, y añadió con aire triunfal:

—¿Sabe V.?^o Es un negocio seguro... ¡Principio con trescientos mil francos que me ha ofrecido Girardin!

¡Girardin! Ese es el nombre que se oye siempre en boca de tales visionarios. Cuando se pronuncia ese apellido delante de mí, pareceme ver barriadas nuevas, grandes edificios sin concluir, periódicos recién impresos, con relaciones de accionistas y de administradores. ¡Qué de veces he oído decir, á propósito de proyectos insensatos: «Habrá que hablar de esto con Girardin!...»

También á ese pobre diablo se le había ocurrido la idea de «hablar de esto con Girardin.» Toda la noche había tenido que estar preparando su plan, formando columnas de cifras; después había salido, y andan-

do y moviéndose, había acabado por redondear tan bien el negocio, que en el momento de encontrarnos parecía imposible que Girardin le negara sus trescientos mil francos. Al decir que se los había prometido, el infeliz no mentía: no hacía más que continuar su ensueño.

Mientras me hablaba, éramos zarandeados y empujados contra la pared. Estábamos en la acera de una de esas calles tan agitadas que conducen de la Bolsa al Banco, llenas de gentes presurosas, distraídas, absortas en sus asuntos, tenderos ansiosos que corren á cambiar sus billetes, zurupetos de mala facha que se sueltan cifras al oído sin detenerse.

Y al oír todos esos descabellados proyectos en medio de este

gentío, en este barrio de especuladores donde se siente algo como la premura y la fiebre de los juegos de azar, me daba el mismo escalofrío que una historia de naufragio contada en alta mar. Veía yo realmente todo lo que este hombre me decía: sus catástrofes en otras caras, y sus radiantes esperanzas en otros ojos extraviados. Separóse de mí bruscamente, como se acercó; lanzado en ese torbellino de locuras, de ensueños, de mentiras, á lo cual esas gentes llaman con tono serio «los negocios».

Al cabo de cinco minutos habíale olvidado; pero cuando por la noche volví á casa, cuando con el polvo de las calles sacudí también las tristezas del día, volví á ver en mi imaginación aquella cara agitada y pálida, el panecillo de cinco cénti-

mos, y el gesto con que subrayaba esas palabras fastuosas:

«¡Con trescientos mil francos que me ha prometido Girardin!»



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1968 MONTERREY, MEXICO

ARTHUR

Habitaba yo, hace algunos años, un cuartito en los Campos Eliseos, en el pasaje de *Douze-Maisons*. Figúrense Vds. un rincón de cualquier barrio solitario, situado en medio de esas inmensas calles aristocráticas, tan frías, tan tranquilas, que no parece sino que por allí solamente se transita en carruaje. No sé qué capricho de propietario, qué monomanía de avaro ó de viejo dejaba subsistir en el corazón mismo de un distrito

hermoso aquellos terrenos yermos, aquellos jardinillos enmohecidos, aquellas casas bajas, mal construidas, con las escaleras al exterior y azoteas de madera llenas de ropas tendidas á secar, de jaulas de conejos, de gatos flacuchos, de cuervos domesticados. Había allí familias de obreros, de rentistas de menor cuantía, algún artista—de éstos hay siempre donde quedan árboles—y, por último, dos ó tres cuartos amueblados, de aspecto desagradable y como ensuciados por generaciones de miserias.

En los alrededores, el esplendor y el bullicio de los Campos Eliseos; el rodar incesante de los coches; el choque de arneses y el ruido de pasos animados; las puertas cochéras cerrándose ruidosamente; notas de pianos; los violines de Mabile; un

horizonte de inmensos palacios silenciosos, con los ángulos redondeados, con sus cristales matizados por cortinas de seda clara y sus elevados espejos sin azogue, por donde suben los dorados de los candelabros y las flores raras de las jardineras...

Esta calleja de *Douze-Maisons*, alumbrada únicamente por un farolillo colocado en un extremo, venía á ser como el bastidor de la decoración que la rodeaba. Todo lo que estaba de sobra en medio de aquel lujo iba á refugiarse allí: galones de libreas, disfraces de payaso, una *bohemia* de palafreneros ingleses, de amazonas del circo, el coche de los borregos, el teatrillo *Guignol*, y á más de todo esto, tribus de ciegos que regresaban por la tarde cargados de acordeones y

violines. Uno de esos ciegos se casó durante mi permanencia en aquella casa. Esta boda nos valió, durante toda la noche, un concierto fantástico de clarinetes, oboes, organillos y acordeones, en que se veía perfectamente desfilar todos los puentes de París con sus respectivas y distintas salmodias. Esto no obstante, el pasaje era de ordinario muy tranquilo. Aquellos vagabundos de la calle no tornaban hasta algo entrada la noche, ¡y tan cansados! Allí no había ruido sino el sábado, cuando cobraba Arthur su jornal de la semana.

El susodicho Arthur era mi vecino. Una pared demasiado corta, á la que se había agregado para prolongarla una empalizada, era la única separación que existía entre mi cuarto y el gabinete amueblado

que ocupaban Arthur y su mujer. De este modo, y muy á pesar mío, la vida de los vecinos venia á mezclarse con mi vida, y yo tenía que oír todos los sábados, sin perder absolutamente una palabra, el horrible drama, muy parisiense, que se representaba en aquel hogar de obreros. La función comenzaba siempre de la misma manera. La mujer preparaba la comida; los hijos daban vueltas en derredor de la madre. Esta les hablaba en voz baja y proseguía su faena. Las siete, las ocho, nadie... A medida que transcurría el tiempo, su voz cambiaba, vertía lágrimas, poníase nerviosa. Los chicos tenían hambre, sueño; principiaban á refunfuñar. El hombre nunca llegaba. Se comía sin él. Después, acostada y dormida la familia menuda, la pobre mujer salía

á su balcón de madera, y la oía yo decir, en voz baja y entre sollozos:

«¡Oh, canalla, canalla!»

Los vecinos que volvían á casa la encontraban allí. Todos la compadecían.

—Vaya V. á descansar ya, señora Arthur; ya sabe V. que no ha de volver hoy, es día de jornal.

Y los consejos de las vecinas:

—Yo de V., ¿sabe V. lo que hacía?... ¿Por qué no se lo dice V. á su principal?

Estas muestras de compasión sólo conseguían que llorase más; pero perseveraba en su esperanza, y seguía aguardando; allí permanecía completamente enervada; cuando las puertas se cerraban y el pasaje quedaba silencioso, la pobre mujer, considerándose completamente sola, continuaba apoyada de codos en el

balcón, recogida en un pensamiento fijo, contándose á sí misma sus tristezas, con ese descuido peculiar de la gente del pueblo que tiene siempre la mitad de su existencia en la calle. Los alquileres de la casa se debían; los proveedores de comestibles la atormentaban; el panadero se negaba ya á dar el pan... ¿Cómo se arreglaría si su marido volvía á casa sin dinero? Al fin, el cansancio de estar en acecho, de escuchar las pisadas torpes de algún transeunte, de contar las horas, se apoderaba de ella y la vencía. La infeliz entraba en su cuarto; pero mucho tiempo después, cuando creía yo que aquello estaba ya terminado, sonaba muy cerca de mí, en la galería, una tos. Todavía estaba allí la pobre mujer, sostenida por la inquietud, desojándose

para mirar al fondo de aquella callejuela oscura, y no viendo en él más que sus angustias.

Hacia la una ó las dos, á las veces más tarde aún, se oía cantar en el extremo del pasaje. Era Arthur que volvía. Casi siempre se hacía acompañar; traía arrastrado á un camarada hasta la puerta: « Ven..., ven... »; y aun allí mismo se detenía un buen rato; no podía resolverse á entrar, presumiendo lo que en su casa le esperaba. Al subir la escalera, el silencio de la casa dormida que le devolvía el eco de sus pasos torpes, le molestaba como un remordimiento. Hablaba solo en voz alta delante de cada habitación. « Buenas noches, *señá* Weber...; buenas noches, *señá* Mathieu »; y si no le respondían, desatábase en injurias y denuestos, hasta que to-

das las puertas y todas las ventanas se abrían para enviarle mil maldiciones. Esto era precisamente lo que él quería; tenía un vino batallador, y gustaba del ruido y de las disputas. Además, con eso se enardecía, se encolerizaba y le causaba así menos miedo la entrada en su casa.

Esa entrada era ciertamente espantosa.

— Abre; soy yo.

Oía yo entonces los pies desnudos de la mujer pisando sobre el entarimado, el frotar de los fósforos, el hombre que al entrar procuraba medio balbucir una historia, la misma siempre: los compañeros, un compromiso. « Chose, ya le conoces...; Chose, el que trabaja en el ferrocarril. »

— ¿ Y el dinero ?

—Ya no tengo—contestaba la voz de Arthur.

—Es mentira.

Era mentira efectivamente. Aun en medio de los extravíos de su embriaguez, se reservaba siempre algunos céntimos, pensando por anticipado en la sed del lunes; y este residuo de su jornal era lo que su mujer pretendía arrancarle. Arthur se defendía.

—Cuando te digo que me lo he bebido todo—gritaba él.—Su mujer, sin responderle, le agarraba con toda la fuerza de su indignación, con todos sus nervios; le sacudía, le registraba, volvíale los bolsillos. Al cabo de un rato oía yo el sonido del dinero que rodaba por el pavimento; la mujer se echaba sobre esas monedas, diciendo con una risa de triunfo:

—¡Ah! ¡Lo ves?

Después, un juramento horrible y golpes sordos... Era el borracho que se vengaba. Ya puesto á pegar, no se detenía. Todo lo que hay de perverso y de destructor en ese horrible vino de las barreras, subíasele á la cabeza y pugnaba por salir. Chillaba la mujer, los últimos muebles de la habitación volaban en pedazos, los muchachos, despertándose sobresaltados, lloraban de miedo. En el pasaje, todas las ventanas se abrían. Y decían todos los vecinos:

—¡Es Arthur! ¡Es Arthur!

Algunas veces, el suegro, un traperero ya muy anciano que habitaba en el cuarto amueblado próximo á éste, llegaba en socorro de su hija; pero Arthur se encerraba por dentro con llave para no ser interrumpido.

pido en su operación. Entonces, á través de la cerradura, se entablaba entre suegro y yerno un edificante diálogo, en el cual nos enterábamos de cosas muy agradables.

—¿Es decir, pedazo de ladrón, que no tienes bastante con tus dos años de presidio?—gritaba el viejo.

Y el borracho contestaba con cierto aire de altanería:

—Es verdad, he cumplido dos años de presidio. Y ¿qué tenemos? Por lo menos, yo he pagado mi deuda á la sociedad. Procura tú pagar la tuya.

Esto le parecía sencillísimo y claro: he robado, me habéis tenido en presidio; pues estamos en paz. Pero á veces también, cuando el viejo insistía demasiado, impacientándose Arthur, abría la puerta, se precipitaba sobre el suegro, y sobre

la suegra, y sobre los vecinos, y á todos les pegaba, como *Polichinela*.

Y, sin embargo, no era un mal hombre; muy á menudo sucedía que el domingo, al día siguiente de una de esas matanzas, el borracho, tranquilo y apaciguado ya, sin un céntimo para ir á beber, pasaba todo el día en su casa. Se sacaban las sillas de los cuartos. Instalábanse en la azotea la señora Weber, la señora Mathieu, toda la vecindad, y se charlaba. Arthur se hacía el amable, y hasta picaba en ingenioso. Adoptaba para hablar una voz clara, dulzona, declamaba trozos de ideas que había recogido por distintas partes sobre los derechos del obrero y la tiranía del capital. Su pobre mujer, enternecida por los golpes de la vispera, le contemplaba con admiración; y no era sola.

—Este Arthur, si él quisiera...— murmuraba la señora Weber suspirando.—Entonces las señoras le hacían cantar. Arthur cantaba *Las Golondrinas* de M. de Belanger. ¡Oh! ¡Aquella voz de gola, llena de falsos sollozos, del sentimentalismo estúpido del obrero! En aquel terrado enmohecido, lleno de andrajos puestos al sol, que apenas dejaban pasar un trozo de color azul por entre las cuerdas, toda aquella gente, sedienta de un ideal á su modo, levantaba al cielo sus ojos humedecidos.

Todo lo cual no era incompatible con que el sábado siguiente Arthur se bebiese el jornal y apalease á su mujer; ni con que tuviese en aquel tabuco un montón de Arthurillos que solamente esperaban á tener la edad de su padre para beberse tam-

bién sus jornales y pegar á sus mujeres.

¡Y esta es la raza que pretende gobernar el mundo! ¡Ah! ¡Maldecidos!, como dirían mis vecinas del pasaje.



LAS TRES INTIMACIONES

Tan cierto como me llamo Belisario y como en este momento tengo en la mano mi cepillo de carpintero, si ese tío de Thiers se imagina que la zurribanda que nos acaba de largar servirá de algo, es que no conoce al pueblo de París. Mire V., caballero, aunque se empeñen en fusilarnos al por mayor y deportarnos y exportarnos y empalmar el presidio de Cayena con los consejos de guerra del campamento de Satory, y zamparnos en los pontones prensa-

dos como sardinas en banasta, el parisiense ama el motín y nada podrá privarle de ese gustazo. Lo tenemos en la masa de la sangre. ¿Qué quiere V.? No es tanto la política lo que nos divierte, como el barullo que arma: los talleres cerrados, la formación de grupos, el callejeo, y luego además alguna otra cosa, que yo no puedo explicar.

Para comprender bien esto hay que haber nacido en la calle del Orillón, como yo, en un taller de carpintería, y, desde los ocho hasta los quince años que estuve de aprendiz, haber andado por esas calles de Dios haciendo rodar una carretilla de mano cargada de virutas. ¡Caracoles! Puedo decir que por aquel entonces, buen atracón me di de revoluciones. De pequeñito, no más

alto que una bota de montar, en cuanto había jarana en París, esté V. seguro de que se me veía allí por alguna parte. Casi siempre sabía yo eso de antemano. En cuantico veía á los obreros de ganchete por la ronda de acera á acera, y á las mujeres hablando y gesticulando en las puertas, y todo ese gentío de gente que bajaba de las barreras, decía yo para mi caletre al acarrear mis virutas: «¡Se armó la gorda! Huéleme que va á haber algo.»

Y, en efecto, no dejaba de haberlo. Al volver á casa por la noche me encontraba con la tienda llena; los amigos de mi padre charlaban de política en derredor del *banco*, los vecinos le traían el periódico; porque en aquel tiempo no había papeles á «perro chico» como los hay ahora. Los que querían recibir

el periódico juntaban el dinero entre varios de la misma casa, y se lo pasaban de piso en piso... Papá Belisario, que trabajaba de continuo á pesar de todo, empujaba con rabia su cepillo al oír las noticias; y me acuerdo que esos días, en el momento de sentarnos á la mesa, nunca dejaba madre de decirnos:

—Estaos quietitos, niños... Padre no está contento, por mor de los asuntos de la política.

Claro es que yo no entendía gran cosa de esos benditos asuntos. Sin embargo, había dichos que se me quedaban en la mollera á fuerza de oírlos, como por ejemplo:

—¡Este canalla de Guizot, que ha ido á Gante!

A la verdad, yo no sabía qué era ese Guizot, ni qué significaba eso de haber ido á Gante; pero, ¡igual

da! El hecho es que repetía á coro con los demás:

—¡Canalla de Guizot!... ¡Canalla de Guizot!

Y tenía tanto gusto en llamar canalla á ese Sr. Guizot, cuanto que en mi cacumen le confundía con un pícaro de municipal que estaba de parada esquina á la calle de Orilón y me hacía llevar rabetas por mor de mi carretón de virutas. Nadie podía ver en el barrio á ese guindilla. Los perros, los chicos, todo el mundo le hacía la mamola. Sólo el tabernero, por engatusarlo, le largaba de vez en cuando una copa de vino para tener entreabierto el despacho después de la hora. El guindilla se acercaba como quien no quiere la cosa, miraba á derecha é izquierda no hubiese allí alguno de sus jefes, y luego, al pasar,

¡zas!... En mi vida he visto echarse al colete unas tintas más al vapor. Lo gracioso era pescar el momento en que estaba empujando el codo y llegarse detrás de él diciendo: «¡Ojo, corchete... que viene el inspector!»

Así somos entre el pueblo de París: todo lo paga el guardia. Se acostumbra uno á odiar á los pobres diablos, y mirarlos como á perros. Cuando los ministros hacen burradas se las hacemos pagar á los guardias; y cuando llega una revolución de las buenas, los ministros se van á Versalles y los guardias van de cabeza al canal...

Pero volviendo á lo que le decía á V., en cuanto había cisco en París, era yo uno de los primeros en saberlo. Esos días nos citábamos todos los chicos del barrio y bajábamos juntos por el arrabal. Había

allí hombres que gritaban: «Es en la calle de Montmartre... ¡no!... en la puerta de Saint-Denis.»

Otros, á quienes les había sorprendido la cosa á la parte de allá, se volvían furiosos por no haber podido pasar. Las mujeres corrían á las tahonas. Se cerraban las puertas cocheras de casa grande. Todo esto se nos subía á la chola. Cantábamos, nos rebullíamos y zarandeábamos á los vendedores callejeros, quienes quitaban á escape sus puestos y tenderetes como en los días de ventarrón. A veces, al llegar al canal, estaban ya levantados los puentes de las esclusas. Los simones y los carros deteníanse allí. Los cocheros juraban y el gentío llenábase de inquietud. Escalábamos corriendo aquel gran pasadizo todo de escalones que unía entonces el

arrabal con la calle del Temple, y llegábamos á los bulevares.

No hay nada tan divertido como estas rondas en martes de Carnaval y en días de motín. Casi ningún carruaje; podía uno galopar á sus anchas por aquella gran calzada. Al vernos pasar, los tenderos de esos barrios sabían bien lo que todo ello quería decir, y cerraban de prisa sus establecimientos. Oíanse rechinar los postigos; pero, á pesar de todo, una vez cerrada la tienda, aquellas gentes quedábanse en la acera delante de sus puertas, porque entre los parisienses la curiosidad es más fuerte que todo.

Al fin y á la postre topábamos con una masa oscura, la multitud, las apreturas. ¡Allí era!... Sólo que para ver bien había que tratar de ponerse en primera fila. ¡Caramba,

había que recibir unos tantarantanes también de primera!... Sin embargo, á fuerza de empujar, de dar codazos, de escurrirnos por entre las piernas, acabábamos por llegar. Una vez bien situados delante de todo el mundo, ya se podía respirar y estar orgulloso. El hecho es que el espectáculo valía la pena.

Mire V., jamás Bocage ni Mélingue me han hecho latir el corazón en la escena, como la que presenciaba yo al ver allá abajo, al cabo de la calle, avanzar al comisario con su banda cruzada, dentro de un espacio que quedaba vacío... Los demás gritaban: «¡El comisario! ¡El comisario!»

Yo no decía oxe ni moxe. Con los dientes apretados de miedo, de gusto, de no sé qué, pensaba mi chabeta: «Ya está aquí el comisa-

rio... Ahora, mucho ojito con los estacazos...»

Pero los mismos garrotazos no me causaban tanta impresión como aquel demonio de hombre con su banda cruzada sobre su negra levita y aquella chistera de caballero, que le daba aspecto de hallarse de visita en medio de los chacós y de los tricornios: ¡me hacía un efecto!... Después de un redoble de tambor, el comisario empezaba á chapurrear alguna cosa. Como estaba lejos de nosotros, á pesar de un silencio profundo, sus palabras se las llevaba el viento y no se oía más que: ...ón ...ón ...ón...

Mas nosotros conocíamos tan bien como él la ley de orden público. Sabíamos que nos otorgaba el derecho á las tres intimaciones, antes de llegar á repartir leña. Por eso,

la primera vez nadie se meneaba: permanecíamos muy tranquilos, con las manos dentro de los bolsillos... Al segundo redoble, mire V., empezaba uno á ponerse verde, á mirar á derecha é izquierda por dónde podría uno escurrir el bulto... Al tercer redoble ¡zás! era aquello como una partida de polluelos de perdiz, una de gritos y chillidos, de volar delantales, sombreros y gorras; y allá á retaguardia empezaba á arder el pelo á linternazos. De veritas, no hay piezas de teatro capaces de daros emociones como aquellas. Tenía uno para ocho días materia que contar á los demás; y poco huecos que se ponían quienes podían decir: «¡He oido la tercera intimación!...»

Preciso es decir también que en ese juego arriesgaba uno á veces

algunas tiras del pellejo. Figúrese que cierto día, en la puerta de Saint-Eustache, no sé cómo echó sus cuentas el comisario; pero sí que, tan pronto como dieron el segundo redoble, cate V. que se arrancan los municipales con los garrotes en alto. Exeuso decirle que no me quedé á esperarlos. Por más que decía yo á mis piernecillas «piés, ¿para qué os quiero?», unos de aquellos grandes demonios andaba á la querencia de mi persona y me tiraba tan de cerca unos derrotes, que después de haber sentido dos ó tres veces el aire de su estaca, acabé por recibirla de lleno en la cabeza. ¡Dios de Dios, vaya una descarga! En mi vida he visto más estrellas... Me llevaron á casa con la sesera rota. ¡Y creerá V. que eso me corrigió?... ¡Sí, que si quieres! Todo

el tiempo que la pobre mamá de Belisario estuvo poniéndome compresas, me lo pasé en gritar:

—Yo no tengo la culpa... Es ese granuja de comisario que nos *dió el pego*... ¡No hizo más que dos intimaciones!



DIRECCIÓN GENERAL

UNA NOCHE DE ESTRENO

IMPRESIONES DEL AUTOR.

Van á dar las ocho. Dentro de cinco minutos levantarán el telón. Maquinistas, director, mozo de accesorios: todo el mundo está en su puesto. Los actores de la primera escena se preparan para la salida y se colocan en sus actitudes respectivas. Miro la última vez por el agujero del telón. La sala está llena; mil quinientas cabezas dispuestas en anfiteatro, riéndose y agitándose en-

tre las luces. Hay entre ellas algunos *morenos* á quienes reconozco vagamente, pero su fisonomía parece muy cambiada. Tienen acicaladas aposturas, talantes de arrogancia, dogmáticos, y asestan ya sus gemelos para apuntarme con ellos como si fuesen pistolas. Verdad es que en un rincón hay algunos rostros queridos, pálidos de angustia y de espectación; pero, en cambio, ¡cuántos indiferentes ó mal predispuestos! Y todo cuanto esas gentes traen aquí desde fuera, esta masa de inquietudes, de distracción, de preocupaciones, de desconfianzas... decir que es preciso desvanecer todo eso, cruzar por entre esa atmósfera de aburrimiento ó de malquerencia, infundir en esos miles de seres un pensamiento común, y que mi drama no puede existir sino

encendiendo su vida en todos esos pares de ojos inexorables... Quisiera aguardar aún, impedir que alzasen el telón. Pero, no; es demasiado tarde. Ya han dado los tres golpes, preludia la orquesta...; después un silencio profundo, y una voz que oigo desde bastidores, sorda, lejana, perdida en la inmensidad de la sala. Es mi pieza, que comienza. ¡Ah, triste de mí! ¿Qué es lo que he hecho?...

Terrible momento. No sé á dónde ir, ni qué hacer. Quedarme aquí, arrimado á un forillo, con oído avizor y el corazón oprimido; animar á los actores cuando tanta falta hace que le alienten á uno mismo, hablar sin saber lo que se dice, sonreírse teniendo en los ojos el extravío del pensamiento preocupado... ¡Un demonio! Prefiero escurrirme á la

sala y mirar frente á frente el peligro.

Oculto en el fondo de una platea, trato de fingir que soy un espectador suelto, indiferente, como si no hubiese visto flotar en torno de mi obra todo el polvo de esas tablas durante dos meses, como si no hubiese dirigido yo mismo todos esos ademanes, todas esas voces y los menores detalles de la dirección de escena, desde el mecanismo de las puertas hasta el aumento de luz del gas. Es una extraña impresión. Querría escuchar, pero no puedo. Todo me molesta, todo me perturba. Llaves introducidas bruscamente en las puertas de los palcos, rebullicio de sillas, accesos de tos que se amparan unos á otros y se responden entre sí, rumores de abanicos y de telas que se estrujan, un

montón de ruiditos que me parecen enormes. Luego, hostilidad en los gestos y actitudes, dorsos que no parecen satisfechos, codos aburridos que se mueven de acá para allá y parecen tapar toda la decoración.

Un jovenzuelo con gafas toma notas delante de mí con grave aspecto, y murmura:

—Esto es inocente.

En el palco inmediato charlan en voz baja:

—Ya sabe V. que es para mañana.

—¿Para mañana?

—Sí, mañana sin falta.

Parece que el mañana importa muchísimo á esas gentes. ¡Y yo que sólo pienso en el hoy!... A través de esta confusión no llega ni hace blanco una sola siquiera de mis frases. En lugar de subir y llenar los

ámbitos de la sala, la voz de los actores se queda en las candilejas y cae pesadamente dentro de la concha del apuntador, en medio del brutal estrépito de la alabarda... ¿Por qué se enfadará tanto aquel caballero de allá arriba? Decididamente, tengo miedo. Me largo de aquí.

Ya estoy fuera. Llueve, está oscuro; pero yo no advierto nada de esto. Los palcos y las galerías dan vueltas aún delante de mí con sus filas de cabezas luminosas; y en medio el escenario como un punto fijo, deslumbrador, que se oscurece a medida que me alejo. Por más que ando, que me muevo, siempre veo aquel maldito escenario; y la pieza, que me sé de memoria, continúa representándose y arrastrándose lígubremente en el fondo de mi cere-

bro. Es como una pesadilla que llevo conmigo y con la cual mezclo las personas que me tropiezan, el lodazal y el ruido de la calle. En una esquina del bulevard me deja suspenso, me hace palidecer el silbido de un pito. ¡Imbécil! Es una parada de ómnibus... Y sigo, anda que te anda, y mientras tanto llueve que te lloverás. Me parece que también por allá abajo llueve sobre mi drama, que todo se despega y se cala; y que mis personajes, avergonzados y corridos, vienen tras de mí chapoteando sobre las aceras lustrosas con el gas y el agua.

Para librarme de tan negras ideas, entré en un café. Trato de leer; pero las letras se cruzan, saltan, se alargan, giran. Ya no sé ni siquiera el significado de las palabras: todas me parecen extravagantes.

tes, vacías de sentido. Esto me recuerda una lectura á la cual me entregué en el mar, hace algunos años, un día de temporal. Bajo el asiento lleno de agua en que me arrellané, había encontrado una gramática inglesa; y allí, entre la balumba de las olas y de los mástiles descuajados, por no pensar en el peligro, para no ver esas masas de agua verdosa que se desplomaban sobre cubierta desparramándose, me absorbía con todas mis fuerzas en el estudio de la letra *th* inglesa; pero, por más que leía en alta voz, repitiendo á gritos las palabras, no podía meterme nada en la cabeza, aturdido por los rugidos del mar y por el agudo silbo de la tramontana en lo alto de las vergas.

El periódico que tengo ahora ante mí me parece tan incomprensible

como mi gramática inglesa. Sin embargo, á fuerza de fijarme en esta grande hoja de papel que tengo delante, veo desarrollarse en ella con líneas cortas y amazacotadas los artículos de mañana, y mi pobre nombre bregando entre cambroneras de espinas y olas de tinta amarga... De pronto quitan gas; van á cerrar el café.

¡Ya! ¿Pues qué hora es?... Los bulevares están llenos de gente. Salen de los teatros. De seguro que se cruzan conmigo personas que han visto mi obra. Quisiera preguntar, saber; y al mismo tiempo paso á escape, para no oír las reflexiones en voz alta y las gacetillas en plena calle. ¡Ah, qué felices son todos esos que vuelven á su casa y no han escrito piezas!... Heme aquí delante del teatro. Todo está cerra-

do, á oscuras. Decididamente, esta noche no sabré nada; pero siento una inmensa tristeza ante los carteles mojados y los candelabros que aún pestañean un poco de luz ante la puerta. Este gran edificio que hace poco vi llenar de ruido y de luz toda esta esquina del boulevard, se encuentra ahora mudo, en tinieblas, desierto, chorreando agua como después de un incendio... ¡Vamos, acabóse! Seis meses de trabajo, de ensueños, de fatigas, de esperanzas; todo esto se ha quemado, perdido, diseminado, con las llamas de gas de una velada.

LA SOPA DE QUESO

Es un cuartito del piso quinto, una de esas buhardillas sobre cuyas vidrieras cae á plomo la lluvia, y que, al llegar la noche como ahora, parecen desvanecerse con los tejados en las tinieblas y entre las rachas del vendaval. La habitación es buena y cómoda, sin embargo, y al entrar allí se experimenta no sé qué sensación de bienestar, á cuyo aumento contribuyen el ruido del viento y los torrentes que vomitan las canales. Se creería estar dentro de un nido bien abrigado en lo alto de un árbol corpulento. Por ahora

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALEJANDRO REYES"
Apdo. 1628 MONTERREY, MEXICO

do, á oscuras. Decididamente, esta noche no sabré nada; pero siento una inmensa tristeza ante los carteles mojados y los candelabros que aún pestañean un poco de luz ante la puerta. Este gran edificio que hace poco vi llenar de ruido y de luz toda esta esquina del boulevard, se encuentra ahora mudo, en tinieblas, desierto, chorreando agua como después de un incendio... ¡Vamos, acabóse! Seis meses de trabajo, de ensueños, de fatigas, de esperanzas; todo esto se ha quemado, perdido, diseminado, con las llamas de gas de una velada.

LA SOPA DE QUESO

Es un cuartito del piso quinto, una de esas buhardillas sobre cuyas vidrieras cae á plomo la lluvia, y que, al llegar la noche como ahora, parecen desvanecerse con los tejados en las tinieblas y entre las rachas del vendaval. La habitación es buena y cómoda, sin embargo, y al entrar allí se experimenta no sé qué sensación de bienestar, á cuyo aumento contribuyen el ruido del viento y los torrentes que vomitan las canales. Se creería estar dentro de un nido bien abrigado en lo alto de un árbol corpulento. Por ahora

el nido está vacío. No se encuentra allí el amo de la casa, pero se adivina que va á entrar al instante, y todo parece esperarle. Sobre un buen fuego cubierto descansa tranquilamente una olla, murmurando de satisfacción. Para una olla es mucho trasnochar; y así, aunque ésta parece hecha al oficio, á juzgar por lo tostado de su vientre lamido de la llama, de vez en cuando se impacienta, y la tapadera se levanta agitada por el vapor.

¡Oh! ¡qué buen olorcillo á sopa de queso!

También el fuego tapado se desahoga un poco á veces. Parte de las cenizas se desmoronan, hundiéndose por entre los leños, y corre por el suelo una llamilla alumbrando por lo bajo la pieza como para hacer su inspección y cerciorarse de

que todo está en orden. ¡Sí, á fe mía! Todo está en orden completo; el amo puede venir cuando quiera. Corridas están las cortinas de argelina de las ventanas, y muellemente circundado el lecho por las suyas. Ved allá el gran sillón, repantigado junto á la chimenea; en un rincón, la mesa puesta ya, con la lámpara aviada, con un solo cubierto, y al lado del cubierto el libro, compañero de la comida solitaria... Y así como la olla parece deslustrada por el fuego, el agua ha puesto pálidas las flores de la vajilla, y el libro tiene desgastados los cantos. Todo aquello respira el aire suave, algo fatigado, de una costumbre. Se ve que el amo de la casa debe volver muy tarde todas las noches, y que, al entrar, le gusta encontrarse esa cenita que se

hace á fuego lento y conserva la habitación caliente y perfumada hasta su vuelta.

¡Oh! ¡qué buen olorcillo á sopa de queso!

Al ver la pulcritud de ese cuarto de célibe, me figuro un empleado, uno de esos seres minuciosos, que transportan á toda su existencia la puntualidad de las horas de oficina y el orden de los legajos marcados con etiquetas. Para volver tan tarde, debe tener una ocupación nocturna en correos ó telégrafos. Lo veo desde aquí detrás de una rejilla, con manguitos de lustrina y gorro de terciopelo, haciendo apartados, sellando cartas, desarrollando la cinta azul de los despachos, preparando á Paris, mientras duerme ó se divierte, sus negocios de mañana... Pues bien: no; no hay tal

cosa. Repárese que la llamilla del hogar, husmeando por el cuarto, acierta á iluminar unos retratos grandes colgados en la pared. Al punto se ve salir de la sombra, dentro de marcos dorados y envueltos en majestuosos pliegues, al emperador Augusto, á Mahoma, á Félix, caballero romano, gobernador de Armenia; se ven coronas, cascos, tiaras, turbantes, pero cubriendo siempre esos diversos adminículos la misma cabeza rígida y solemne, la cabeza del amo de la casa, del afortunado señor para quien cuece con sosiego y reposa blandamente sobre la cálida ceniza esa sopa embalsamada...

¡Oh! ¡qué buen olorcillo á sopa de queso!

¡No, en verdad! No es aquél un empleado de correos. Es un empe-

rador, un señor del mundo, uno de esos seres providenciales que todas las noches de su repertorio hacen temblar las bóvedas del Odeón, y no tienen más que decir: «¡Guardias, prendedlo!» para que los guardias obedezcan. En este instante está allí, en su palacio, á la otra parte del río. Con sus altos coturnos y su clámide sobre los hombros, yerra bajo los pórticos, declama, frunce el ceño, masculla aburrido sus parlamentos trágicos. ¡Es tan triste, á la verdad, representar para los asientos! ¡Y es tan grande la sala del Odeón, y está tan fría las noches de tragedia!... De pronto el emperador, semihelado dentro de su púrpura, siente una corriente de calor por todo el cuerpo. Se le encandilan los ojos, se le dilatan las narices... Piensa que,

al volver, va á encontrar aún calentito su cuarto, puesta la mesa, lista la lámpara y arreglado todo su modesto ajuar con ese esmero burgués de los cómicos que se vengán en la vida privada del porte algo desordenado de la escena... Ya se ve destapando la olla, llenando su plato floreado...

¡Oh! ¡qué buen olorcillo á sopa de queso!...

A partir de ese instante no es ya el mismo hombre. Ni en los pliegues rectos de su clámide, ni en las escaleras de mármol, ni en la rigidez de los pórticos, hay ya nada que lo turbe y ate. Se anima, lleva de prisa su papel, precipita la acción. ¡Haceos cargo! Si llegara á apagarse la lumbre... A medida que avanza la noche, su visión se acerca y le hace entrar en calor. ¡Mila-

gro! En el Odeón se rompe el hielo. Los antiguos abonados de la orquesta, desesperados de su letargo, convienen en que ese Marancourt está verdaderamente magnífico, sobre todo en las últimas escenas. El hecho es que, al desenlace, á la hora decisiva en que se da de puñaladas á los traidores y en que se casa á las princesas, el emperador os pone una cara de una beatitud y de una serenidad singulares. Avivado el apetito por tantas emociones y tanta retahila, le parece que está en su casa, sentado á su mesita, y su mirada va de Cinna á Máximo con sonrisas de ternura, como si viese ya los hermosos hilos blancos que cuelgan del pico de la cuchara, cuando la sopa de queso está en su punto, cocidita á lumbre lenta y servida bien caliente...

EL ÚLTIMO LIBRO

(CUENTO)

Ha muerto!.. —me dijo uno en la escalera.

Ya hacía días que estaba yo viendo venir la lúgubre noticia. Sabía que la recibiría á esa puerta de un momento á otro; y, sin embargo, me sorprendió como cosa inesperada. Con el corazón henchido de pena, con labios trémulos, entré en esa humilde morada del literato, cuya mayor parte la ocupaba el despacho, habiéndose apro-

gro! En el Odeón se rompe el hielo. Los antiguos abonados de la orquesta, desesperados de su letargo, convienen en que ese Marancourt está verdaderamente magnífico, sobre todo en las últimas escenas. El hecho es que, al desenlace, á la hora decisiva en que se da de puñaladas á los traidores y en que se casa á las princesas, el emperador os pone una cara de una beatitud y de una serenidad singulares. Avivado el apetito por tantas emociones y tanta retahila, le parece que está en su casa, sentado á su mesita, y su mirada va de Cinna á Máximo con sonrisas de ternura, como si viese ya los hermosos hilos blancos que cuelgan del pico de la cuchara, cuando la sopa de queso está en su punto, cocidita á lumbre lenta y servida bien caliente...

EL ÚLTIMO LIBRO

(CUENTO)

Ha muerto!.. —me dijo uno en la escalera.

Ya hacía días que estaba yo viendo venir la lúgubre noticia. Sabía que la recibiría á esa puerta de un momento á otro; y, sin embargo, me sorprendió como cosa inesperada. Con el corazón henchido de pena, con labios trémulos, entré en esa humilde morada del literato, cuya mayor parte la ocupaba el despacho, habiéndose apro-

piado el estudio despótico todo el bienestar y la luz toda de la casa.

Yacía en una cama pequeña, de hierro, muy baja; y la mesa, atestada de papeles, las líneas de su puño interrumpidas á mitad de cuartilla, la pluma, aún metida en el tintero, pregonaban cuán de súbito le había sorprendido la muerte. Detrás de la cama se veía entreabierto, casi encima de su cabeza, un alto armario de roble rebosando manuscritos y legajos. En derredor libros, nada más que libros por todas partes: en estantes, en sillas, sobre la mesa, amontonados por el suelo, en los rincones, y hasta á los pies de la cama. Cuando escribía allí, sentado á la mesa, pudo recrear su vista esa aglomeración, esa confusión sin polvo; pero en aquella cámara mortuoria

era lúgubre. Todos esos pobres libros, desplomándose á montones, parecían prontos á partir, á perderse en esa gran biblioteca del acaso, diseminada por puestos y escaparates, hojeada por el viento y la ociosidad.

Acababa de besarlo en su cama, y me quedé en pie mirándolo, sobrecogido por el contacto de esa frente fría y dura como una piedra. De pronto se abrió la puerta. Un dependiente de librero, cargado y jadeante, entró alegremente y soltó en la mesa un atado de libros recién salidos de la prensa.

— Envío de Bachelin — gritó.

Luego, viendo la cama, retrocedió, se quitó la gorra, y se retiró discretamente.

Había algo de espantosa ironía en ese envío del librero Bachelin,

retrasado un mes, esperado por el enfermo con tanta impaciencia, y recibido por el muerto... ¡Pobre amigo! Era su último libro, aquel en que más fiaba. ¡Con qué cuidado tan minucioso habían corregido las pruebas sus manos, ya trémulas de fiebre! ¡Qué afán tenía por ver el primer ejemplar! En los últimos días, cuando ya no hablaba, clavaba los ojos en la puerta; y si los cajistas, si los regentes, si los encuadernadores, si todo ese personal ocupado en la obra de uno solo, hubiesen podido ver aquella mirada de expectación y de angustia, las manos hubiesen corrido, las letras hubiesen volado á unirse para formar páginas, y las páginas para formar volúmenes, á fin de llegar á tiempo, es decir, un día antes, y proporcionar al moribun-

do la alegría de volver á encontrar, con la frescura, con el perfume y la limpidez de caracteres del libro nuevo, aquel pensamiento que ya sentía huir y oscurecerse dentro de su cerebro.

Aun en plena vida el escritor halla en eso un goce de que nunca se sacia. Abrir el primer ejemplar de su obra, verla grabada allí, como en relieve, y no ya en esa gran ebullición del cerebro, donde siempre se presenta algo confusa, ¡qué deliciosa sensación! De joven, os causa un deslumbramiento: las letras fulgulan envueltas en una zona, ora azul, ora amarilla, como si estuviese llena de sol de vuestra cabeza. Más tarde, á esa alegría de inventor se mezcla algo de tristeza, el sentimiento de no haber dicho todo lo que se quería decir. La

obra que uno llevaba dentro de sí, siempre parece más hermosa que la que ha escrito. ¡Se pierden tantas cosas en ese viaje de la cabeza á la mano! Vista en las profundidades de la meditación, la idea del libro se asemeja á esas preciosas medusas del Mediterráneo que pasan por el mar como visos flotantes; puestas sobre la arena, no son ya más que un poco de agua, algunas gotas descoloridas que inmediatamente seca el viento.

¡Ay! Ni esas alegrías, ni esas desilusiones, ni nada, en fin, había alcanzado el pobre mozo de su última obra. Era desgarrador ver dormida sobre la almohada aquella cabeza pesada é inerte, y al lado aquel libro enteramente nuevo, que iba á aparecer en los escaparates, que iba á encontrarse en medio del

ruido de las calles, en medio de la vida cotidiana, y cuyo título leerían maquinalmente los transeuntes, llevándolo en su memoria y en el fondo de sus ojos con el nombre del autor, ese mismo nombre inscrito en la página triste del registro civil, y tan alegre y risueño en la cubierta de color claro. Todo el problema del alma y el cuerpo parecía estar cifrado allí, en ese cadáver rígido, que iban á sepultar y á olvidar, y en ese libro que de él se desprendía como un alma visible, viviente, inmortal acaso...

— ... Me había prometido un ejemplar... — dijo muy bajo cerca de mí una voz lacrimosa.

Me volví, y divisé al través de los lentes de oro unos ojuelos vivos y escudriñadores, muy conocidos de mí y de todos vosotros los que

escribís, amigos míos. Era el maníaco de libros, que, no bien se anuncia una obra vuestra, viene á dar á la puerta dos golpecitos tímidos y reiterados que delatan á la persona. Entra sonriente con la espina encorvada, anda bullendo á vuestro alrededor, os llama «querido maestro», y no se va sin llevarse vuestro último libro. ¡Nada más que el último! Todos los otros los tiene; ese es el único que le falta. ¿Y cómo excusarse? Llega tan á tiempo, sabe cogeros tan oportunamente en medio de esa alegría de que hablábamos, del abandono de los envíos, de las dedicatorias... ¡Ah! terrible hombrecillo, á quien nada arredra, ni las puertas sordas, ni las acogidas glaciales, ni el viento, ni la lluvia, ni las distancias. Por la mañana se le encuentra en

la calle de la Bomba, arañando á la puertecita del patriarca de Passy; por la noche, vuelve de Marly con el nuevo drama de Sardou debajo del brazo. Y así, correteando siempre, y siempre postulando, llena su vida sin hacer nada, y su biblioteca sin pagar.

Poderosa de veras debía ser la pasión de los libros en ese hombre, para llevarlo así hasta en un lecho de muerte.

— ¡Eh! Tome su ejemplar— le dije, impacientado.

No lo tomó; se lo tragó. Luego, después de sepultarlo profundamente en el bolsillo, se quedó inmóvil, sin hablar, con la cabeza ladeada, limpiando los anteojos con cara compungida... ¿Qué aguardaba? ¿Qué lo detenía? ¿Quizá un poco de vergüenza, algún reparo en mar-

charse en seguida, como si no hubiese ido más que á aquello?

¡Nada de eso!

Sobre la mesa, en el papel medio desenvuelto del paquete, acababa de atisbar algunos ejemplares de regalo, de hermosa encuadernación, sin recortar, con grandes márgenes, viñetas y remates; y, á pesar de su actitud recogida, su mirada, su pensamiento, todo estaba allí... ¡El infeliz miraba atravesado!

¡Pero lo que es la mania de observar! Yo mismo me había distraído de mi emoción, y al través de mis lágrimas seguía ese amargo sainete representado á la cabecera del muerto. Poco á poco, á favor de sacudidas invisibles, el maniaco iba acercándose á la mesa. Su mano cayó como por casualidad sobre uno de los volúmenes; le dió la vuelta,

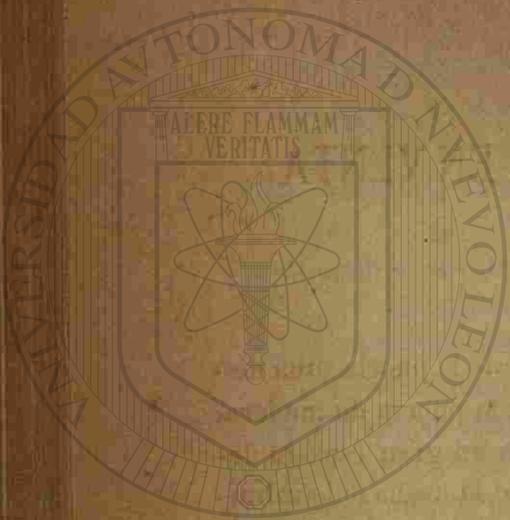
lo abrió, tocó el papel, y al propio tiempo se le encandilaban los ojos y se le agolpaba la sangre á las mejillas. Obraba en él la magia del libro... Al fin, no pudo contenerse más, cogió uno:

—Es para M. de Sainte-Beuve
—me dijo á media voz.

Y en su acceso de fiebre, en medio de su atolondramiento, dominado por el temor de que le quitase el libro, y quizá también á fin de convencerme de que era para M. de Sainte-Beuve, añadió muy gravemente y con un acento de compunción intraducible:

—¡De la Academia Francesa!...

Y desapareció.



CASA EN VENTA

Encima de la puerta (una desquiciada puerta de madera, que en un gran espacio dejaba mezclarse la arena del jardinillo con el polvo del camino) hacía mucho tiempo que estaba colgado un cartel manuscrito, inmóvil con el sol del estío, agitado y sacudido por el viento en otoño, con este rótulo: *Casa en venta*. Lo mismo pudiera decir casa abandonada; tanto era el silencio reinante en torno suyo.

Y, sin embargo, alguien habitaba en ella. Una columnita de humo azulado, saliendo por una chimenea de ladrillo que sobresalía un poco del muro, denunciaba una existencia oculta, discreta y triste, como el humo de ese fuego de hogar pobre. Además, á través de las movilizadas tablas de la puerta, en lugar del abandono, del vacío, de ese desbarajuste precursor y nuncio de una venta, de una mudanza, veíanse paseos bien alineados, cenadores muy redondeaditos, las regaderas junto al pilón de la fuente y los utensilios de jardinero apoyados contra la casilla. No era más que una casa de campesino, equilibrada sobre ese terreno en cuesta por medio de una escalerita, con lo que la parte de sombra estaba en el primer piso, y el lado del Mediodía era sólo de

planta baja. Por esta parte se la hubiera tomado por un invernadero. Había campanas de vidrio apiladas en escalones, tiestos vacíos boca abajo, otros en fila con geranios y verbena sobre la tierra arenosa, caliente y blanca. Excepto dos ó tres grandes plátanos, todo el jardín estaba de cara al sol. Desplegábanse en plena luz los árboles frutales en abanico sobre alambres de hierro, ó bien en espaldera, un poco deshojados para que madurasen bien los frutos. También había planteles de fresales, guisantes de largos tallos. Y en medio de todo esto, entre ese orden y esa tranquilidad, había un viejo, con sombrero de paja, recorriendo todo el día los andenes, regando con la fresca, cortando y podando las ramas y los setos de los recuadros.

Ese viejo no conocía á nadie en el país. Excepto el carro del panadero, que paraba en todas las puertas de la única calle de la aldea, nunca tenía visitas. A veces, algún transeunte en busca de uno de esos terrenos á media ladera, todos ellos fertilísimos y tan aptos para formar encantadores verjeles, deteníase á tocar con la aldaba al ver el manuscrito. Al principio permanecía sorda la casa. Al segundo repique de aldabonazos acercábase lentamente desde el fondo del jardín un ruido de zuecos, y el viejo entreabría su puerta diciendo con aire furibundo:

—¿Qué se le ofrece á V.?

—¿Está en venta la casa?

—Sí—respondía el buen hombre con un esfuerzo—sí... está en venta; pero le prevengo á V. que piden muy caro...

Y su mano, muy presta para cerrarla, echaba el cerrojo á la puerta. Sus ojos os echaban afuera (tanta cólera mostraban), y permanecía allí, guardando como un dragón sus plantíos de hortalizas y su corralejo enarenado. Entonces las gentes seguían por su camino, preguntándose con que maniático tenían que habérselas, y qué locura era esa de poner en venta su casa, teniendo tales deseos de conservarla.

Fuéme explicado este misterio. Un día, al pasar por delante de la casita, oí voces animadas, el ruido de una discusión.

—Papá, hay que venderla; hay que venderla, papá... lo ha prometido V.

Y la voz del viejo, toda temblorosa:

—Pero, hijos míos, ¡si no quiero

otra cosa más que venderla... vamos! Para eso he puesto el cartel.

Supé así que aquellos eran sus hijos, sus nueras, tenderillos parisienses, que le obligaban á deshacerse de aquel rincón muy amado. ¿Por qué causa? Lo ignoro. Lo cierto es que comenzaba á parecerles muy dilatorio el curso del negocio, y, á partir de ese día, presentáronse con regularidad todos los domingos para hostigar al infeliz y obligarle al cumplimiento de su promesa. Oía yo muy bien todo aquello desde el camino, entre ese profundo silencio del domingo, en que hasta la misma tierra descansa de tener que ser labrada ó sembrada durante la semana. Los mercachifles charlaban y discutían entre sí, jugando á la tanguana, y la palabra *dinero* sonaba con tanta sequedad entre esas voces

agrias, como los tejoletes que chocaban unos con otros. Anochecido se iba todo el mundo, y cuando el buen hombre había dado algunos pasos por la carretera para acompañarlos de despedida, regresaba á escape y volvía á cerrar gozoso la puerta principal, con una semana de moratoria por delante. Por espacio de ocho días quedaba en silencio la casa. Dentro del jardinito caldeado por el sol, no se oía más que el crujir de la arena pisada por unos piés tardos, ó arrastrada por el rastrillo.

Sin embargo, de semana en semana veíase más apremiado y atormentado el viejo. Los tenderuchos empleaban todos sus medios. Llevaban consigo los nietecillos para seducirle. «Mira, abuelito; cuando se venda la casa, te vendrás á vivir con nosotros. ¡Estando tan con-

tentos todos juntos!...» Y había apartes en todos los rincones, paseos sin fin á través de los andenes, cáculos en alta voz. Una vez oí gritar á una de las hijas políticas:

—La barraca no vale cien piezas de cinco céntimos..., no es buena sino para echarla abajo.

El viejo escuchaba sin chistar. Hablaban de él como si hubiese muerto, de su casa como si ya estuviera derribada. Ibase, encorvado y con lágrimas en los ojos, á buscar por costumbre una rama que desmochar, un fruto que sostener al paso; se comprendía que su vida estaba tan profundamente arraigada en ese rinconcito de tierra, que nunca tendría ánimos para arrancarse de él. En efecto: sea cual fuere lo que le dijese, siempre retrasaba el momento de irse

con ellos. En estío, cuando maduran esos frutos un poco ácidos que dan la impresión del sabor á verde del año, las cerezas, la grosella, la cañafistula, se decía á sí mismo:

«Aguardemos á la recolección... Venderé inmediatamente después.»

Pero hecha la recolección y pasado el tiempo de las cerezas, llegaba el de los duraznos, luego las uvas, y en pos de las uvas venían esos hermosos nísperos morenos que se cogen casi con las nieves. Entonces llegaba el invierno. La campiña estaba detestable y el jardín vacío. No más transeuntes, no más compradores. Ni siquiera los tenderos iban el domingo. Tres meses largos de descanso para preparar las siembras y podar los árboles frutales, mientras el cartelón inútil se balanceaba frente al cami-

no, zarandeado por la lluvia y el viento.

Impacientes y persuadidos á la larga de que el viejo hacía todo lo posible por alejar á los compradores, los hijos tomaron una resolución decisiva. Una de las nueras fué á instalarse junto á él, una mujercita de tienda, peripuesta desde el amanecer, con ese aire de complacencia falsamente dulce, esa amabilidad obsequiosa de las personas habituadas al comercio. Parecía que era suya la carretera. Abría la puerta de par en par, hablaba á voces y sonreía á los transeuntes, como diciendo: «¡Entrad... ved... la casa se vende!»

Ya no hubo más moratorias para el pobre viejo. Algunas veces, tratando de olvidar la presencia de la nuera allí, cavaba sus acirates y

los sembraba de nuevo, como esas personas que, próximas á morir, gustan de hacer proyectos para engañar á sus temores. Continuamente le seguía la tendera y le atormentaba:

—¡Bah! ¿Para qué hace V. eso?... ¿Se toma V. tanto trabajo para otros?

No la contestaba, y enfrascábase en sus labores con extraña terquedad. Dejar en el abandono su jardín hubiera sido empezar á perderlo, comenzar á desprenderse de él. Por eso continuaban los andenes sin una brizna de hierbajos, y los rosales sin una rama chupona.

Entre tanto, ya no se presentaban compradores. Había llegado el momento de la guerra; y por más que la mujer ponía sus cinco sentidos en tener su puerta sin cerrar y

en poner ojos tiernos á la carretera, sólo pasaban mudanzas de muebles, sólo entraba polvo del camino. De día en día poníase más agria la mujer. Sus negocios la llamaban con imperio desde París. La oí colmar de denuestos á su suegro, darle verdaderas escenas, pegar portazos. El viejo se encogía de hombros sin decir «esta boca es mía», y se consolaba viendo crecer sus guisantes y cómo se tambaleaba siempre en el mismo sitio el anuncio de *Casa en venta*.

Este año, al llegar al campo, he vuelto á ver la casa; pero ¡ay!, el cartelón ya no estaba allí. Anuncios rotos y florecidos colgaban aún á lo largo de las paredes. ¡Se acabó: la habían vendido! En vez de la gran

portada gris, una puerta recién pintada de verde, con un frontón redondeado y un ventanillo de reja, permitía ver el jardín. No era el vergel de otros tiempos, sino cursi apelmazamiento de canastillos, praderitas y cascadas, todo ello reflejándose en una gran bola de metal que se balanceaba delante de la escalinata. En la superficie brillante de esta bola los andenes formaban cordones de flores chillonas, y desplegábanse exageradas dos obesas figuras: un hombre gordo y coloradote sudando á mares y embutido en una silla rústica, y una enorme mujer jadeante blandiendo una regadera á la vez que decía:

— ¡Catorce les he echado á las balsaminas!

Habiase levantado un piso más, renovado las empalizadas; y en este

rinconcito puesto como nuevo, todavía con olor á pintura, un piano tocaba á todo vuelo cancanes conocidos y polkas de bailes públicos. Esos aires de danza que se desbordaban sobre la carretera y daba grima el oírlos, mezclados con la gran polvareda de Julio, esa balumba de flores grandes y mujeres gordas, esa alegría superabundante y trivial, oprimíanme el corazón. Pensaba en el pobre viejo que antes paseaba por allí dichoso, tan tranquilo; y me parecía verle en París, con su sombrero de paja y su dorso de antiguo hortelano, errante por el fondo de alguna trastienda, aburrido, tímido y lacrimoso, en tanto que su nuera triunfaba tras de un mostrador flamante, donde sonaban las monedas de la venta de la casita.

CUENTOS DE NAVIDAD

I

UNA NOCHE-BUENA EN EL MARAIS

Majesté, fabricante de agua de seltz en el barrio del Marais, acaba de asistir á una cena en casa de unos amigos de la Place-Royal, y regresa á su domicilio canturreando... Dan las dos en Saint-Paul. «¡Qué tarde es!», dice para sus adentros el buen hombre, y aprieta el paso. Pero el enlosado está escurridizo y las calles oscuras; y en ese demonio de barrio antiguo, que data de los tiempos en que eran escasos los carruajes, hay además un montón de vuel-

rinconcito puesto como nuevo, todavía con olor á pintura, un piano tocaba á todo vuelo cancanes conocidos y polkas de bailes públicos. Esos aires de danza que se desbordaban sobre la carretera y daba grima el oírlos, mezclados con la gran polvareda de Julio, esa balumba de flores grandes y mujeres gordas, esa alegría superabundante y trivial, oprimíanme el corazón. Pensaba en el pobre viejo que antes paseaba por allí dichoso, tan tranquilo; y me parecía verle en París, con su sombrero de paja y su dorso de antiguo hortelano, errante por el fondo de alguna trastienda, aburrido, tímido y lacrimoso, en tanto que su nuera triunfaba tras de un mostrador flamante, donde sonaban las monedas de la venta de la casita.

CUENTOS DE NAVIDAD

I

UNA NOCHE-BUENA EN EL MARAIS

Majesté, fabricante de agua de seltz en el barrio del Marais, acaba de asistir á una cena en casa de unos amigos de la Place-Royal, y regresa á su domicilio canturreando... Dan las dos en Saint-Paul. «¡Qué tarde es!», dice para sus adentros el buen hombre, y aprieta el paso. Pero el enlosado está escurridizo y las calles oscuras; y en ese demonio de barrio antiguo, que data de los tiempos en que eran escasos los carruajes, hay además un montón de vuel-

tas y revueltas, y de guardacantones delante de los zaguanes para uso de los jinetes. Todo esto impide ir deprisa, sobre todo cuando se tienen ya un poco pesadas las piernas y los ojos algo cargados por los brindis de la cena... Al fin y al cabo llega á su casa M. Majesté. Detiéndose junto á un portalón adornado, donde á la luz de la luna brilla un escudo de armas dorado de nuevo y con blasones antiguos repintados, que ha convertido en su marca de fábrica:

PALACIO (ANTES) DE NESMOND

MAJESTÉ JOVEN

Fabricante de agua de Seltz

En todos los sifones de la fábrica, en los membretes de las cartas, apa-

recen y resplandecen los antiguos cuarteles de los Nesmond.

Después del zaguán está el patio, un anchuroso patio ventilado y claro, que al abrirse durante el día da luz á toda la calle. En el fondo del patio se ve un gran edificio muy antiguo: paredes oscuras, con muchos adornos y labores; balcones de hierro redondos, balcones con balaustre de piedra, inmensas ventanas altísimas coronadas por frontones y capiteles que se elevan hasta los últimos pisos, como otros tantos aleritos dentro del alero general, y en fin, en la armadura de la techumbre, en medio de las pizarras, las lumbreras de las buhardas, redondas, coquetonas, rodeadas de guirnaldas como el marco de un espejo. Además de esto, una gran escalinata de piedra corroída y ver-

dosa por la lluvia; y una escualida parra trepando por las paredes, tan negra y tan retorcida como el cordel que pende balanceándose desde la garrucha del granero: no sé qué grande aspecto de vetustez y de tristeza... Tal es el antiguo palacio de Nesmond.

En pleno día no parece el mismo palacio. Por todas partes relumbran con letras de oro las palabras *Caja, Almacenes, Entrada á los talleres*, dando vida, rejuveneciendo á los viejos muros. Los camiones de ferrocarriles hacen retemblar la portada; los dependientes, con la pluma detrás de la oreja, salen á la escalinata para hacerse cargo de las mercaderías. El patio está intransitable, con tantos cajones, cestos, paja y tela de empaquetar como hay en él. Claramente se ve que

aquello es una fábrica... Pero con el gran silencio de la noche y aquella luna de invierno, que arroja y mezcla sombras entre la espesura de aleros complicados, la antigua casa de los Nesmond recobra aires señoriles. Los balcones parecen de encajes; el patio de honor se ensancha, y la vieja escalera, iluminada por tragaluces desiguales, como que presenta escondrijos de catedral, con nichos vacíos y gradas ruinosas semejantes á altares.

Esta noche sobre todo, M. Majesté le encuentra á su casa un aspecto singularmente grandioso. Al atravesar el desierto patio, el ruido de sus pisadas le impresiona. La escalera le parece inmensa, sobre todo, muy pesada de subir. Sin duda, consistirá en la cena... Al llegar al primer piso, detiéndose para tomar

aliento y se acerca á una ventana. ¡Lo que es el vivir en una casa histórica! M. Majesté no es poeta (¡Dios nos libre!); y, sin embargo, al mirar aquel hermoso patio aristocrático donde la luna extiende una sabana de luz azulada, aquella vetusta residencia de gran señor que parece dormida con sus aleros cubiertos con gorros de nieve, le asaltan ideas del otro mundo:

—¡Hum!... ¡Sí, á pesar de todo, se apareciesen los Nesmond!...

En ese momento suena un gran campanillazo. Abrese de par en par el portón con tal rapidez é ímpetu, que se apaga el reverbero; y durante algunos minutos prodúcese allá abajo, entre la sombra del zaguán, un ruido confuso de roce de telas, de cuchicheos. Disputan, pugnan por entrar. Criados, muchos cria-

dos; carrozas todas de cristales, brillando como espejos á la claridad de la luna, sillas de manos balanceándose entre dos antorchas, que se avivan con la corriente de aire del portalón. En un santiamén queda lleno el patio hasta no caber nada más. Pero al pié de la escalinata cesa la confusión. De los carruajes apéanse personas que se saludan y entran charlando como si conociesen la casa. Hay en esa gradería un continuo ruido de rozarse telas de seda y entrechocarse espadas en las vainas. No se ve otra cosa sino cabelleras blancas, pesadas y mates, de polvos; no se oye más que vocecitas agudas, un poco temblonas, risitas sin timbre, pasos menudos. Todas aquellas gentes parecen viejas, muy viejas. Tienen ojos empañados, joyas descuidadas,

antiguos brocados de seda de suaves matices cambiantes, que á la luz de las antorchas brillan con reflejos pálidos; y sobre todo esto flota una neblina de polvos, que sube de las pelucas monumentales ensortijadas en tirabuzones, á cada una de esas lindas reverencias, un poco tiesas á causa de las espadas y de los rotundos guardainfantes... Bien pronto la casa entera tiene el aspecto de la vida de sociedad íntima. Lucen de ventana en ventana las antorchas, suben y bajan por las revueltas de las escaleras; hasta los tragaluces de las buhardillas tienen su chispa de luz y de vida. Iluminase todo el palacio de Nesmond, cual si en sus ventanales se reflejase la magnífica lumbre de una puesta del sol.

—¡Ah!... ¡Dios mío, van á pren-

der fuego!...— exclama para sí M. Majesté.—Y saliendo de su estupor, trata de sacudir el entumecimiento de sus piernas y baja á escape al patio, donde los lacayos acaban de encender una gran hoguera. Se aproxima á ellos M. Majesté y les habla. Los lacayos no le responden, y continúan hablando quedito unos con otros, sin que el más mínimo vapor halituoso brote de sus labios entre la glacial oscuridad de la noche. M. Majesté no está á gusto; sin embargo, una cosa le tranquiliza y es: que esa gran fogata cuyas llamas suben tan altas y tan derechas es un fuego singular, una lumbre sin calor, que luce y no quema. Tranquilo por este concepto, el buen hombre sube la escalinata y penetra en sus almacenes.

Estos almacenes de la planta baja debieron ser antaño unos magníficos salones de saraos. En todos los ángulos relucen aún partículas de oro deslucido. Pinturas mitológicas dan vuelta por el techo, rodean á los espejos y flotan sobre las puertas, con vagos matices un poco empañados, como el recuerdo de los años que han corrido. Por desgracia, allí no hay cortinas ni muebles. No se ven más que cestos, grandes cajas llenas de sifones con embocaduras de estaño, y las ramas secas de un viejo macizo de lilas que suben oscuras por detrás de los cristales. Al entrar M. Majesté se encuentra con sus almacenes llenos de luz y atestados de gente. Saluda en general, mas nadie para mientes en él. Las damas, del brazo de sus galanes, continuan haciendo

arrumacos ceremoniosos bajo sus ropones de raso. Pasean, charlan, se dispersan. Verdaderamente que esos viejos marqueses parece que están todos en sus propias casas. Una pequeña sombra se detiene ante un entrepaño pintado, exclama temblorosa: «¡Quién dirá que yo soy esa!» y contempla sonriéndose una Diana esbelta y sonrosada que con una media luna en la frente se yergue en el tablero.

—¡Nesmond, ven á ver tus armas! Y todo el mundo se echa á reir al ver el blasón de los Nesmond estampado en una arpillera de empaquetar, con el apellido de Majesté debajo de él.

—¡Já, já, já!... ¡Majesté!... Pues qué, ¿aún hay *Majestades* en Francia?

Todo son jocosidades sin cuento,

risitas aflautadas, dedos que apuntan al aire, bocas que hacen melindres...

De pronto grita uno de ellos:

—¡Champagne! ¡Champagne!

—¡No lo es!...

—¡Sí lo es... Sí, es Champagne... Vamos, condesa, cenemos juntos.

Han tomado por Champagne el agua de seltz de M. Majesté. Lo encuentran un poco flojo; pero ¡bah! de todos modos, se lo beben. Y como aquellos fantasmillas no tienen muy sólida la cabeza, poco á poco esa espuma del agua de seltz les anima, les excita, les da ganas de bailar. Organizanse minués. Cuatro violinitos que ha hecho venir Nesmond comienzan un aire de Rameau, todo él en *triolet*s, dulce y melancólico dentro de su misma

vivacidad. Es de ver cómo giran con lentitud y saludan á compás con aire grave todas esas antiguas preciosas. Sus atavíos se rejuvenecen, y lo mismo las chupas de oro, las casacas bordadas, los zapatos con hebillas de diamantes. Los mismos entrepaños parecen revivir al escuchar esos aires antiguos. El vetusto espejo, embutido en la pared doscientos años ha, también los reconoce; y arañado, ennegrecido en los ángulos como está, brilla suavemente y envía su imagen á los que bailan, un poco, borrosa, como enternecida por un penoso recuerdo. En medio de todas esas elegancias, M. Majesté se encuentra molesto. Se ha escondido tras de un cajón y contempla todo aquello...

Sin embargo, poco á poco empieza á amanecer. Por las puertas vi-

drieras de los almacenes se ve blanquear el patio, luego lo alto de las ventanas, y por fin todo un lado del salón. A medida que aumenta la luz, se borran y confunden las figuras. Bien pronto M. Majesté ya no ve sino dos de los violinistas retrados en un rincón y que se evaporan al tocarles la claridad del día. En el patio advierte todavía, aunque muy vaga, la forma de una silla de manos, una cabeza empolvada y con estrellas de esmeraldas, las últimas chispas de una antorcha que un lacayo tira al suelo, y las cuales se mezclan con las chispas que hacen saltar las ruedas de un vehículo de transporte que penetra con gran estrépito por el zaguán abierto...

LAS TRES MISAS REZADAS

I

Dos pavas trufadas, Garrigou?...
 —Sí, mi reverendo: dos pavas magníficas, atiborradas de trufas. Estoy un poquito enterado; como que ayudé yo á rellenarlas. Tan tirante estaba su piel que, al asarse, dijérase que iba á estallar...
 —¡Jesús, María y José! ¡Y yo que me pirro por las trufas!... Dame volando mi sobrepelliz, Garrigou...

drieras de los almacenes se ve blanquear el patio, luego lo alto de las ventanas, y por fin todo un lado del salón. A medida que aumenta la luz, se borran y confunden las figuras. Bien pronto M. Majesté ya no ve sino dos de los violinistas retrados en un rincón y que se evaporan al tocarles la claridad del día. En el patio advierte todavía, aunque muy vaga, la forma de una silla de manos, una cabeza empolvada y con estrellas de esmeraldas, las últimas chispas de una antorcha que un lacayo tira al suelo, y las cuales se mezclan con las chispas que hacen saltar las ruedas de un vehículo de transporte que penetra con gran estrépito por el zaguán abierto...

LAS TRES MISAS REZADAS

I

Dos pavas trufadas, Garrigou?...

—Sí, mi reverendo: dos pavas magníficas, atiborradas de trufas. Estoy un poquito enterado; como que ayudé yo á rellenarlas. Tan tirante estaba su piel que, al asarse, dijérase que iba á estallar...
—¡Jesús, María y José! ¡Y yo que me pirro por las trufas!... Dame volando mi sobrepelliz, Garrigou...

Y, además de las pavas, ¿qué otras cosas has visto en la cocina?...

— ¡Oh, toda suerte de cosas buenas!... Desde á mediodía no hemos hecho más que desplumar faisanes, abubillas, pollas cebadas y gallos silvestres. Volaban las plumas que era una bendición... Luego, trajeron de la laguna anguilas, carpas doradas, truchas...

— ¿Cómo de gordas, Garrigou?...

— Así de gordas, mi reverendo... ¡Enormes!...

— ¡Santo Dios, me parece que las estoy viendo!... ¿Has puesto el vino en las vinajeras?

— Sí, reverendo padre, he puesto el vino en las vinajeras... Pero, ¡carambita! no vale nada en comparación del que beberá vuestra merced al salir de la misa del gallo. ¡Si viese vuestra paternidad en el

comedor del castillo todas esas garrafas que llamean colmadas de vinos de todos colores!... Pues ¿y la vajilla de plata, los centros cincelados, las flores, los candelabros!... ¡En la vida se volverá á ver una cena semejante! El señor marqués ha invitado á todos los señores de la comarca. Vuestras mercedes serán á la mesa lo menos cuarenta, sin contar con el bailío y con el cartulario... Mi reverendo padre, ¡ah, qué feliz es vuestra merced con estar entre los comensales!... Nada más que de haber oliscado esas hermosas pavas, á todas partes me sigue el olor á trufas... ¡Hum, qué rico!...

— Vamos, vamos, hijo mío. Guárdemonos del pecado de la gula, sobre todo la noche de la Natividad... Anda prontito á encender las velas

y dar el primer toque para la misa, porque se aproxima la media noche y no hay que hacer aguardar...

Celebrábase esta conversación una noche de Navidad del año de gracia de mil seiscientos y tantos, entre el reverendo padre *dom* Balaguère, antiguo prior de los Barnabitas, á la sazón capellán estipendiado por los señores de Trinquelague, y su acólito Garrigou, ó á lo menos el que tenía por tal acólito Garrigou. Pues conviene saber que aquella noche el diablo había tomado la cara rechoncha y las facciones indecisas del joven monaguillo, para mejor inducir á tentación al reverendo padre y hacerle cometer un espantoso pecado de gula. Así, pues, mientras que el sedicente Garrigou (¡hum! ¡hum!) badajeaba de lo lindo las campanas de la capilla se-

ñorial, su paternidad el reverendo revestíase su casulla en la pequeña sacristía del castillo, y con el espíritu trastornado ya por todas esas descripciones gastronómicas, repetía en su interior al revestirse:

—¡Pavas asadas con trufas... carpas doradas... truchas así de gordas!...

Por fuera soplaba el viento de la noche, desparramando á lo lejos la música de las campanas; y á compás de ella aparecían luces entre la oscuridad en las faldas del monte Ventoux, en la cima del cual asentábanse los viejos torreones de Trinquelague. Eran familias de colonos que venían al castillo á oír la misa de media noche. Trepaban por la ladera cantando villancicos, en grupos de cinco ó seis personas; el padre delante con la linterna en la mano,

detrás las mujeres envueltas en sus grandes mantelos pardos, con que se arropaban y abrigaban los niños. A pesar de la hora y del frío, todas aquellas buenas gentes del pueblo caminaban con alegría, sustentándose la idea de que al salir de misa habría mesa puesta para ellos como todos los años, en las cocinas de la planta baja. De vez en cuando, por la áspera subida, la carroza de un señor precedida por criados con antorchas, hacía refulgir como espejos sus cristales á la claridad de la luna; ó bien trotaba una mula agitando sus campanillas, y á la escasa luz de los faroles envueltos por la bruma, los colonos reconocían á su bailío y le saludaban al pasar:

— Buenas noches, maestro Arnton, buenas noches.

— Buenas noches, hijos míos, buenas noches.

La noche estaba clara, con las estrellas fulgurantes de frío; pinchaba el cierzo; y un fino granizo, deslizándose por la ropa sin mojarla, guardaba con fidelidad las tradiciones de las Nochebuenas blancas de nieve. En lo alto de la cuesta aparecía, como la meta, el castillo con su colosal masa de torres, de frontispicios puntiagudos, la espadaña de su capilla remontándose hacia un cielo azul oscuro; y una multitud de lucecitas, que oscilaban, iban y venían, agitábanse tras de todas las ventanas, semejando sobre el oscuro fondo del edificio las chispas que corren por las pavesas del papel quemado... Después de pasar el puente levadizo y la porterna, para dirigirse á la capilla

era menester cruzar por el patio de honor, lleno de carrozas, lacayos y literas, resplandecientes con la luz de las antorchas y la lumbre de las cocinas. Oíase el retintín de las ruedas de los asadores, el estrépito de las cacerolas, el choque de las vajillas de cristal y de plata, removidas en los aprestos para una refacción. Pero aún más que todo ello, un vaho tibio, de delicioso olor á carnes asadas y á las hierbas aromáticas de las salsas difíciles de preparar, es lo que hacía decir á los colonos, al capellán, al bailio, á todo el mundo:

—¡Qué magnífica cena vamos á tomar después de misa!

II

¡Tilín! ¡Tilín! ¡Tilín!... ¡Tin, tin!... ¡Tilín!...

Empieza la primera misa de media noche. Dentro de la capilla del castillo, una catedral en miniatura, con bóvedas por arista y tableros de roble casi tan altos como los muros, están colgados todos los tapices y encendidos todos los cirios. ¡Cuánta concurrencia! ¡Y qué galas en el vestir! En primer lugar, sentados en la esculpida sillería del coro, están el señor de Trinquelague, con traje de tafetán de color salmón, y junto á él todos los nobles señores invitados. Enfrente, sobre reclina-

torios forrados de terciopelo, ocupan su sitio la vieja marquesa viuda con su vestido color de fuego, y la joven señora de Trinquelague, con una monumental toca de encajes, encañonada según la última moda de la corte de Francia. Más abajo, vestidos de negro con grandes pelucones terminados en punta y afeitadas las caras, se ve al bailío Tomás Arnoton y al escribano cartulario, Sr. Ambroy, dos notas serias entre las sedas chillonas y los brocados de damasco. Luego vienen los orondos mayordomos, los pajes, los palafreneros, los intendentes, la dueña Bárbara, todos con sus llaves colgando á un lado, sujetas por un llavero de plata fina. Al fondo, en los bancos, está la baja servidumbre, las criadas, los colonos con sus familias, y, en fin, á lo último de

todo, junto á la puerta, que entreabren y vuelven á cerrar discretamente, se hallan los señores pinches de cocina, quienes, entre salsa y salsa, vienen á oír su miajita de misa y á traer un olor á cena dentro de la iglesia, engalanada de fiesta y tibia por tantos cirios ardiendo.

¿Será el ver esas gorritas blancas lo que hace padecer distracciones al celebrante? Quizá sea más bien la campanilla de Garrigou, esa endiablada campanillita que repiquetea al pié del altar con infernal precipitación, y parece estar diciendo todo el tiempo: «Abreviemos, deprisita... Quanto antes concluyamos, más presto estaremos á la mesa.» El hecho es que, cada vez que suena esa campanilla del demonio, el capellán se olvida de la misa y sólo piensa en la cena. Imagínase

el runrún de las cocinas, las hornillas donde arde un fuego de fragua, el husmillo que sale bajo las tapaderas entreabiertas, y dentro de este vaho dos magníficas pavas ahitadas, redondas y jaspeadas de trufas...

O bien ve pasar filas de pajecillos con platos brumosos de vapores que tientan, y penetra con ellos en el gran salón, dispuesto ya para el festín. ¡Oh delicia! Mirad la grandísima mesa, aderezada y flamigera, los pavos reales vestidos con su plumaje, los faisanes separando sus alas irisadas, los frascos de color de rubí, las pirámides de frutas destacándose lustrosas entre las verdes ramas, y esos maravillosos pescados de que hablaba Garrigou (¡sí, Garrigou!), tendidos en un lecho de hinojo, con sus escamas nacari-

nas, cual si acabasen de salir del agua, y con un ramito de olorosas hierbas en sus narices de monstruos. Es tan viva la visión de tales maravillas, que parecele á *dom* Balaguère como si todos esos manjares miríficos se hallasen servidos ante él sobre los bordados de la sabanilla del altar, y dos ó tres veces se sorprende á si mismo á punto de decir el *Benedicite* en vez de *Dominus vobiscum*. Aparte de estos leves yerros, el santo varón despacha su oficio divino con suma conciencia, sin pasarse una línea, sin omitir una genuflexión, y todo marcha bastante bien hasta el fin de la primera misa; porque ya sabéis que el día de Navidad un mismo oficiante debe celebrar tres misas consecutivas.

«¡Y va una!», dice para sus aden-

tros el capellán, con un suspiro de alivio. Luego, sin darse punto de reposo, hace señas á su acólito, ó á quien tiene en concepto del acólito, y...

¡Tilín, tin, tin, tilín!

Comienza la segunda misa, y con ella principia también el pecado de *dom* Balaguère. «Pronto, vivo, despachemos», le grita con su vocecita cascada la campanilla de Garrigou; y esta vez el infeliz oficiante, abandonándose por completo al demonio de la gula, se dispara hacia el misal y devora las páginas con la avidez de su apetito sobreexcitado. Frenéticamente se baja, se levanta, bosqueja las señales de la cruz y las genuflexiones, y achica todos sus ademanes para concluir más pronto. Apenas extiende sus brazos al *Evangelio*, cuando se da los golpes

de pecho del *Confiteor*. Entre el monacillo y él se las apuestan á quien diga todo más de taravilla. Precipítanse y se dan empellones los versículos y las respuestas. Las frases á medio pronunciar, sin abrir la boca (lo cual exigiría demasiado tiempo), concluyen por ser unos murmullos incomprensibles.

Oremus... biss... biss... biss... biss...

Mea culpa... pa... pa...

Como vendimiadores que de prisa y corriendo meten los racimos en la cuba espachurrándolos, de igual manera se zabullen ambos en el latín de la misa, enviando salpicaduras á todas partes.

Dom... iscum... dice Balaguère.

...Statuo... contesta Garrigou. Y á cada instante la condenada campanillita repiquetea en sus oídos,

como esos cascabeles que ponen á los caballos de posta para hacer que galopen con gran velocidad. Ya comprenderéis que á ese paso pronto se despacha una misa rezada.

«¡Y van dos!», dice el capellán sin aliento. Después, sin tomarse tiempo para respirar, encendido, sudando á chorros, baja á la carrera las gradas del altar, y...

¡Tilín, tin, tin, tilín!...

Principia la tercera misa. Ya quedan pocos pasos que dar para ir al comedor; pero, ¡ay!, á medida que se acerca la cena, el infortunado Balaguère siéntese presa de un frenesí de impaciencia y de gula. Su visión parece más palpable: allí están las carpas doradas, las pavas asadas. Las ve... las toca, se las... ¡Santo Dios!... Las viandas humean, los vinos embalsaman... Y

sacudiendo su condenado badajo, la campanillita le dice á gritos:

«¡Hala, hala, más aprisa!»

Pero, ¿puede correr más? Apenas se mueven sus labios. No pronuncia ya las palabras... ¡A menos de hacer toda clase de fullerías al misericordioso Dios y escamotearle su misa!... Y eso hace el desdichado... De tentación en tentación comienza por saltarse un versículo, después dos. Como la *Epístola* es demasiado larga, no la concluye; desflora el *Evangelio*, pasa por delante del *Credo* sin entrar en él, se come el *Pater noster*, saluda de lejos el *Prefacio*, y á saltos y brinco se precipita así en la condenación eterna, seguido siempre por el infame Garrigou (*vade retro, Sathanas*), quien le secunda con asombrosa inteligencia de cómplice, le le-

vanta la casulla, vuelve las hojas dos á dos, atropella los pupitres, derriba las vinajeras y repiquetea sin cesar la campanillita, cada vez más fuerte, cada vez más á escape.

¡Tenía que ver la cara atónita de todos los asistentes! Obligados á seguir por la mimica del sacerdote aquella misa de la cual no pescan ni una jota, levántanse unos mientras se arrodillan otros, siéntanse éstos cuando aquéllos continúan de pié; y todas las fases de esa extraña misa se confunden en los bancos, entre una multitud de actitudes diversas. La estrella de Belén, en camino por las sendas del cielo allá abajo hacia el humilde establo, palidece de espanto al ver tal confusión...

—El señor cura va muy de pri-

sa... No se le puede seguir—murmura la vieja marquesa viuda, agitando su cofia con extravío. El maestro Arnoton, con sus grandes gafas de acero montadas en la nariz, busca en su devocionario por dónde diantres andará. Pero, en el fondo, á todas aquellas buenas gentes, que también están pensando en cenar, no les incomoda el que la misa vaya por la posta. Y cuando *dom* Balaguère, con el rostro radiante, se vuelve hacia los fieles gritando con todas sus fuerzas: *Ite, missa est*, toda la capilla le contesta á una sola voz, un *Deo gratias* tan alegre y comunicativo, que parece como si estuviesen ya á la mesa, en el primer brindis de la cena.

III

Cinco minutos después tomaban asiento en el gran comedor todos aquellos señores, y el padre capellán ocupando una cabecera. El castillo, iluminado de arriba á abajo, retumbaba con los cánticos, los gritos, las risas, los ruidos de todas clases; y el venerable *dom* Balaguère clavaba su tenedor en un alón de abubilla, ahogando los remordimientos de su pecado entre olas de vino del Papa y sabrosos jugos de viandas. Tanto bebió y comió el pobre santo varón, que en la misma noche murió de un terrible cólico prieto, sin haber tenido tiempo ni

siquiera para arrepentirse. Aquella mañana llegó á las puertas del cielo, rumoroso todavía por las fiestas de la Noche-Buena, é imaginaos cómo fué recibido allí:

«Apártate de mi vista, mal cristiano, le dijo el Juez Supremo Nuestro Señor; tu falta es bastante grande para borrar una vida entera de virtudes... ¡Ah! ¿Con que me has robado una misa de noche?... Pues bien: tendrás que pagarme trescientas en lugar suyo... Y tú no entrarás en el paraíso sino cuando hayas celebrado en tu propia capilla esas trescientas misas de Navidad, en presencia de todos los que pecaron por tu falta y contigo...»

...Tal es la verdadera leyenda de *dom* Balaguère, según se refiere en el país de los olivos. En la actuali-

dad ya no existe el castillo de Trinquelague; pero aún existe la capilla en pié, en la cima del monte Ventoux, entre un ramillete de verdes robledales. El viento zarandeaba su desvencijada puerta, la hierba impide entrar; hay allí nidos en los ángulos del altar y en los alféizares de los altos ventanales, cuyas vidrieras de colores tiempo ha que desaparecieron. Sin embargo, parece ser que todos los años, por Noche-Buena vaga por entre esas ruinas una luz sobrenatural; y que al ir á misa y á cenar, los aldeanos ven ese espectro de capilla iluminada por cirios invisibles que arden al aire libre, hasta con nieves y vientos. Reíos, si queréis, pero un viñador de la comarca, llamado Garrigue (quizá un descendiente de Garrigou), me ha asegurado que

una noche de Navidad, hallándose un poco «mareado», perdióse en la montaña, hacia la parte de Trinquelague, y cádate que vió... Hasta las once, nada; todo en silencio, á oscuras, sin vida. De pronto, hacia la media noche, repicó un campaneo en lo alto de la espadaña, un campaneo cascado, decrepito, que parecía sonar á diez leguas. Bien pronto, en el camino que sube, vió Garrigue luces temblonas y sombras indecisas. Bajo el pórtico de la capilla andaban y cuchicheaban:

— « Buenas noches, maestro Arnoton. »

— « Buenas noches, hijos míos; buenas noches... »

Cuando hubo entrado todo el mundo, mi viñador, que era muy intrépido, se acercó muy quedo; y, mirando por la deshecha puerta,

atisbó un singular espectáculo. Todas aquellas gentes á quienes había visto pasar estaban en fila alrededor del coro, dentro de la ruinoso nave, cual si aún existiesen los antiguos asientos. Hermosas damas con trajes de brocado y cofias de encajes, señores galoneados de piés á cabeza, aldeanos con capisayos de florones como los gastaban nuestros abuelos: todos con aspecto de vejez, marchitos, polvorientos, fatigados. De vez en cuando, las aves nocturnas, habituales huéspedes de la capilla, despertándose con todas aquellas luces, revoloteaban en torno de los cirios, cuya llama subía recta y esfumada como si ardiese detrás de una gasa. Y lo que más divertía á Garrigue era cierto personaje con grandes anteojos de acero, quien á cada instante sacudía su

enorme peluca negra, sobre la cual estaba engolfado y tieso uno de tales pajarracos, batiendo silenciosamente las alas...

En el fondo, un viejecito de infantil estatura, arrodillado en medio del coro, agitaba con desesperación una campanilla sin badajo y sin voz; mientras que un clérigo, revestido con casulla de oro viejo, iba y venía delante del altar, recitando oraciones sin que se le entendiese ni una sola palabra de ellas... De seguro que era *dom* Balaguère, en vias de decir su tercera misa rezada.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MÉXICO

¡EL PAPA HA MUERTO!

(CUENTO)

He pasado mi infancia en una gran ciudad de provincia, cortada en dos por un río caudaloso y embravecido, donde tomé el gusto por los viajes y la pasión por la vida marítima. Hay allí sobre todo un puentecillo en el cual nunca pienso sin emocionarme. Aún me parece ver el cartelón clavado en un poste:

CORNET, BOTES DE ALQUILER;
la pequeña escalera que se sumerge
en el agua, resbaladiza y ennegreci-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MÉXICO

da por la humedad; la flotilla de barcas pintadas recientemente con colores vivos, alineándose bajo la escalera, balanceándose suavemente y como aligeradas por sus bonitos nombres escritos en letras blancas, el *Pájaro Mosca*, la *Golon-drina*.

Y luego, el tío Cornet, con su tarro de pintura, sus grandes pinceles, su cara curtida, arrugada y con mil pequeños hoyuelos, como el río en una tarde de viento fresco... ¡Oh, este tío Cornet! Ha sido el Satanás de mi infancia, mi pasión dolorosa, mi pecado, mi remordimiento. ¡Me ha hecho cometer tantos crímenes por sus barcas! No iba á la escuela; vendía mis libros. ¡Qué no hubiera vendido por remar todo un medio día!

Allá en el fondo de mi hote mis

cuadernos de clase, el sombrero echado atrás y sintiendo en las sienes el suave aleteo, como de abanico, de la brisa del río, remaba con firmeza, frunciendo las cejas para darme todo el aire de un viejo lobo marino. ¡Qué triunfo el mezclarme en este gran movimiento de barcas, de canoas, de trenes de madera, todos costeándose, evitándose y separados solamente por un ligero encaje de espuma.

De repente las ruedas de un vapor batían el agua cerca de mí, y una pesada sombra me envolvía.

¡Cuidado, granuja!—me gritaba una voz enronquecida;—y sudaba, me esforzaba, atolondrado en aquel vaivén de la vida del río, que la vida de la calle atravesaba incansablemente sobre sus puentecillos.

Algunas veces tenía la suerte de

encontrar la *cadena*. Pronto me agarraba y me unía al largo tren de botes remolcados, dejándome llevar por la corriente silenciosa que corría al río en largas cintas de espuma. Allá lejos, muy lejos, oía el ruido monótono de la hélice; luego, un perro que ladraba en una de las barcas, y un hilo azulado que salía de una chimenea, y todo esto me parecía la ilusión de un gran viaje y de la verdadera vida á bordo.

Muchas veces, cuando no encontraba la *cadena*, era necesario remar, y remar á las horas del sol. ¡Oh, los ardientes rayos cayendo á plomo sobre el río, aún parece que me queman! Todo era llamas, todo reverberaba en aquella atmósfera luminosa y sonora en que los movimientos vibran; y los remos y las cuerdas, chorreando, daban luces

vivisimas como de plata bruñida. Y remaba cerrando los ojos. Por momentos, al vigor de mis esfuerzos, al empuje del agua bajo la barca, me figuraba que iba con rapidez; pero, volviendo la vista atrás, veía siempre el mismo árbol y el mismo muro en la orilla.

En fin: toda aquella batahola cesaba. Los jardines de los *faubourgs*, las chimeneas de las fábricas se reflejaban de vez en cuando, y allá en el horizonte temblaban las verdes islas. Entonces, no pudiendo más, me retiraba á la orilla en medio de los rosales poblados de abejas; y allí, fatigado por el calor, aquel pesado calor que subía del agua, el viejo lobo marino se estaba, rascándose la nariz, horas enteras en muda contemplación. Nunca mis viajes tuvieron otro desenlace. Pero, ¿qué

queréis? Yo encontraba esto delicioso.

Lo terrible, sí, era la vuelta, la entrada á mi casa. Por más que hacía, siempre llegaba tarde, mucho después de pasadas las clases. ¡Y cómo aumentaba mi remordimiento la caída de la tarde melancólica, las lámparas de gas ya encendidas, el toque de retreta, la oración! ¡Y cómo me causaba envidia el ver á las gentes que pasaban, entrando á sus casas con aquella tranquilidad, después de haber cumplido con sus deberes! Y corría con la cabeza pesada, brumosa, llena de sol y de agua, con el zumbido del río aún en los oídos, y con el rubor de la mentira impreso ya en el rostro.

Porque era necesaria una cada vez para hacer frente á aquel terrible ¿de dónde vienes? con que me

recibían á la puerta. Este interrogatorio á la llegada era lo que más me atormentaba. Debía responder inmediatamente, sin cortarme y con firmeza; contar una historia pronto, alguna cosa asombrosa y extraña para que la sorpresa suspendiera todo recelo. Y para esto tenía necesidad de pensar y tomar aliento. Inventaba siniestros, revoluciones, cosas terribles; una parte de la ciudad en llamas; el puente del ferrocarril roto.

Pero nada encontré tan fuerte como ésto:

Un día llegué más tarde que de costumbre. Mi madre, que me esperaba desde hacía rato, estaba acechándome en la escalera con el terrible ¿de dónde vienes?

No tuve tiempo de prepararme; habia llegado demasiado pronto...

Esta vez, pensé, me pillaron. De repente se me pasó una idea loca. Sabía que mi madre era muy piadosa y católica, ¡y mucho! y le respondí con toda la pena de una gran emoción:

—¡Oh, mamá; si supieras!...

—¿Qué, pues, qué hay?

—¡El Papa ha muerto!

—¡El Papa ha muerto! —exclamó la pobre— y se apoyó contra la pared. Pasé inmediatamente á mi cuarto, un poco espantado de mi salida y de la enormidad de la mentira. Lo recuerdo, una noche silenciosa y fúnebre; el padre grave y la madre aterrada. Se hablaba quedito. Yo bajaba los ojos; nadie se acordaba ya de mi escapatoria, con la desolación de la noticia.

Cada uno citaba, á porfía, algún rasgo de la vida del pobre Papa

Pío IX; después, poco á poco, la conversación se extendió sobre la historia de los Papas. Tía Rosa habló de Pío VII, á quien recordaba haber visto pasar en el fondo de una silla de posta, entre gendarmes, allá, en el Mediodía. Y luego la famosa escena con el Emperador: ¡CÓMICO... TRÁJICO!...

Era la centésima vez que la oía, esa terrible escena, siempre con la misma entonación, los mismos gestos y aquel carácter estereotipado en las tradiciones de familia que se van legando como historias de convento. Y nunca me había parecido tan interesante.

Escuchaba con suspiros hipócritas, con un aire de interés, y á cada instante decía para mí:

—Mañana por la mañana, cuando sepan que el Papa no ha muerto,

será tanta su alegría, que ni me regañarán.

Y pensando en esto, mis ojos se cerraban á pesar mio, y tenía visiones de pequeñas barcas pintadas de azul, en un rinconcito del Saône, y los remos chorreando gotas diamantinas.

PAISAJES GASTRONÓMICOS

La marinada.

Bordeábamos al largo por las costas de Cerdeña, hacia la isla de la Magdalena, una mañana de paseo. Los remeros bogaban con lentitud, é inclinado sobre una borda veía el mar, claro como una fuente, atravesado hasta el fondo por el sol. Entre las hierbas marinas desperezábanse las medusas, las estrellas de mar. Gruesas langostas dormían inmóviles, agachando sus largos cuernos sobre

será tanta su alegría, que ni me regañarán.

Y pensando en esto, mis ojos se cerraban á pesar mio, y tenía visiones de pequeñas barcas pintadas de azul, en un rinconcito del Saône, y los remos chorreando gotas diamantinas.

PAISAJES GASTRONÓMICOS

La marinada.

Bordeábamos al largo por las costas de Cerdeña, hacia la isla de la Magdalena, una mañana de paseo. Los remeros bogaban con lentitud, é inclinado sobre una borda veía el mar, claro como una fuente, atravesado hasta el fondo por el sol. Entre las hierbas marinas desperezábanse las medusas, las estrellas de mar. Gruesas langostas dormían inmóviles, agachando sus largos cuernos sobre

la fina arena. Todo esto visto á diez y ocho ó veinte piés de profundidad, por no sé qué artificio como de acuario de cristales. En la proa de la barca, un pescador, de pié con una larga caña hendida en la mano, hacia señas á los remeros *piano... piano...*, y de repente sacaba suspensa entre los puntas de su horquilla una magnífica langosta, que alargaba sus patas con un espanto lleno todavía de sueño. Junto á mí, otro marinero dejaba caer su sedal con la carnada á flor de agua dentro de la estela, y atraía á sí pececillos maravillosos que al morir se coloreaban con mil matices vivos y tornasolados: una agonia á través de un prisma.

Acabada la pesca, abordamos entre las altas rocas grises. Encendióse pronto fuego, pálido entre la

espléndida luz del sol; anchas rebanadas de pan puestas sobre platitos de barro encarnado, y en seguida á rodear la marmita, alargando el plato y husmeando con las narices abiertas... ¿Sería efecto del paisaje, de la luz, de aquel horizonte de cielo y agua? Lo cierto es que jamás he comido nada tan sabroso como aquella «marinada de langosta». Y después, ¡qué hermosa siesta sobre la arena! Un sueño arrullado por el mecimiento del mar, en que las mil relucientes lentejuelas de las mansas olas mariposeaban aún ante los ojos cerrados.

El alioli.

Nos hubiéramos creído en la choza de un pescador de Teócrito, á

orillas del mar de Sicilia. Estábamos sencillamente en Provenza, en la isla de Camargue, en el cuchitril de un guardapesca. Una choza de cañas, redes colgando de los cañizos, remos, fusiles, algo así como las artes de un trampero, de un cazador terrestre y acuático. Ante la puerta, que parecía el marco de un gran paisaje de llanura ensanchado por el viento, la mujer del guarda destripaba unas hermosas anguilas, vivitas y coleando. Retorcíanse los peces al sol; y allá abajo, entre la blanca luz de las rachas del viento, doblegábanse unos míseros arbolillos con ademán de huir, mostrando el lado pálido de sus hojas. Entre las cañas relucían de sitio en sitio los marjales, como fragmentos de un espejo hecho trizas. En más remota lonta-

nanza, una extensa línea luminosa cerraba el horizonte: era el estanque de Vaccarès.

En el interior de la choza, donde brillaba una hoguera de sarmientos con muchos restallidos y llamitas, el guarda majaba con religioso afán los dientes de ajo en un mortero, dejando caer gota á gota dentro de él aceite de olivas. Comimos el alioli alrededor de nuestras anguilas, sentados en altos taburetes delante de la mesita de madera, en aquella estrecha cabaña donde ocupaba el mayor espacio la escala para subir al sobradillo. En torno de la pequeñísima estancia adivinábase un inmenso horizonte, barrido por las rachas de viento, cruzado por el presuroso vuelo de las aves de paso. Y la extensión del espacio circunvecino podía medirse

por las esquilas de las manadas de caballos y de bueyes, ya retumbantes y sonoras, ya aminoradas por la distancia y llegando á nosotros su sonido nada más que como notas sueltas arrastradas por una racha de *mistral*.

El alcuzcez.

Estábamos en Argelia, en los dominios de un agá de los llanos del Chélif. Desde la amplia tienda señorial instalada para nosotros frente á la casa del agá, veíamos venir una noche de medio luto, de un color violáceo oscuro, donde se apagaba la púrpura de una magnífica puesta de sol. Entre el frescor del anocheecer, en medio de la tienda entreabierta, un candelero kábila de

tronco de palmera alzaba en la punta de sus ramas una luz inmovil que atraía á los insectos nocturnos, con pavoroso roce de alas. De cuclillas en derredor de esteras de pleita, comíamos en silencio: nuestros manjares eran carneros chorreando manteca, traídos enteros en la punta de una pértiga, hojaldres con miel, confituras almizeladas, y, en fin, un gran cuenco de madera donde nadaban unas gallinas entre la dorada sémola del alcuzcez.

Mientras tanto, llegó la noche. Sobre los cerros circunvecinos alzábase la luna, una oriental semiluna abrazando á una estrella. Delante de la tienda ardía al aire libre una gran hoguera, rodeada de músicos y danzantes. Me acuerdo de un negro gigantesco, enteramente desnudo bajo un antiguo capote de

los batallones de ligeros, quien daba tales botes que hacía correr un sin fin de sombras por todo el lienzo... Aquella danza canibalesca, esos pequeños tamboriles árabes jadeantes con el rápido compás, los agudos aullidos de los chacales que se contestaban unos á otros desde todos los ámbitos de la llanada: todo producía la impresión de hallarse en pleno país salvaje. Sin embargo, en el interior de la tienda (ese abrigo de las tribus nómadas, que semeja una vela quieta en un mar inmóvil), el agá, envuelto en su albornoz de lana blanca, me parecía una aparición de los tiempos patriarcales; y mientras veíale comer gravemente su alcuzcuz, pensaba yo que el plato nacional árabe quizá fuese aquel maná milagroso de los hebreos, del que se habla en la Biblia.

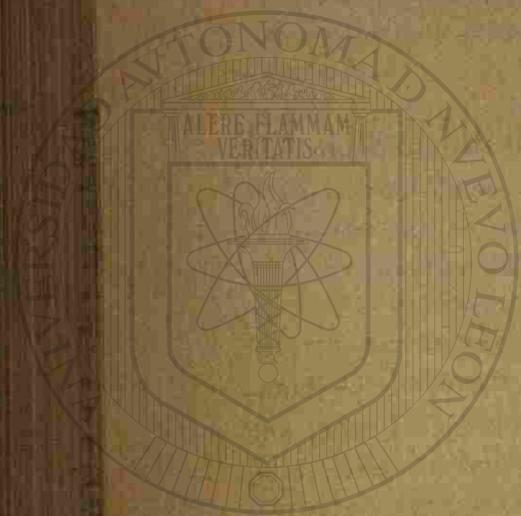
La polenta.

Costas de Córcega, una noche de Noviembre.—Con un fuerte chaparrón, abordamos en una comarca enteramente desierta. Unos carboneros luquenses nos hacen sitio en su hogar; después un pastor indígena, una especie de salvaje vestido con pieles de macho cabrío, nos invita á que vayamos á su cabaña á comer la *polenta*. Entramos agachados, encogidos, dentro de una choza donde no se cabe de pié. En medio arden, entre cuatro piedras ennegrecidas, unas briznas de leña verde. El humo que echan sube hacia el agujero hecho en la cabaña, y luego se esparce por todas partes, rechazado por la lluvia y el viento. Un candilejo (el *caleil* provenzal)

luz como una tímida mirada entre este aire asfixiante. Cuando de tiempo en tiempo se aclaraba el humo, aparecen una mujer y unos niños; y allá en el fondo gruñe un cerdo. Distingúense restos de un naufragio, un banco hecho con tablas de embarcaciones, un cajón de madera con rótulos de transporte, una cabeza de sirena de madera pintada, procedente de algún botellón de proa y descolorida por el agua del mar.

La *polenta* es horrible. Las castañas mal deshechas saben á mohó, como si hubiesen permanecido largo tiempo al pié de los árboles, bajo la lluvia. Después viene el *bruccio* nacional, con su sabor salvaje que induce á pensar en las cabras montaraces... Nos encontramos aquí en plena miseria italiana. No hay ca-

sas, sino abrigos. ¡Es tan hermoso el clima, tan fácil la existencia! No hace falta más que un hueco para los días de grandes lluvias. Y entonces, ¿qué importan el humo y la moribunda luz, siendo cosa convenida que el techo es una prisión y que sólo se vive bien al sol y al aire libre del campo raso?



LA MIES A ORILLAS DEL MAR

Desde el amanecer corriamos á través de la llanura en busca del mar, que huía siempre de nosotros entre esos promontorios, esos cabos y esas penínsulas que forman las costas de Bretaña.

De vez en cuando descubriase en el horizonte un rincón de color azul marino, como una lontananza de cielo más oscuro y movable; pero el azar de esos caminos tortuosos que hacen pensar en emboscadas y par-



LA MIES A ORILLAS DEL MAR

Desde el amanecer corriamos á través de la llanura en busca del mar, que huía siempre de nosotros entre esos promontorios, esos cabos y esas penínsulas que forman las costas de Bretaña.

De vez en cuando descubriase en el horizonte un rincón de color azul marino, como una lontananza de cielo más oscuro y movable; pero el azar de esos caminos tortuosos que hacen pensar en emboscadas y par-

tidas facciosas disipaba al pronto la entrevista aparición. Así llegamos á una aldehuela antigua y rústica, de calles oscuras y estrechas como los callejones argelinos, intransitables de estiércol, gansos, bueyes y cerdos. Las casas parecían chozas, con sus puertas bajas y ojivales, chafarrinadas de blanco, señaladas con cruces de cal, y sujetos sus postigos por esas largas barras transversales que sólo se ven en los países de mucho viento. Sin embargo, el pueblecito bretón tenía aspecto de bien resguardado, tibio y tranquilo. Hubiérase creído uno á veinte leguas tierra adentro. De repente, al desembocar en la plaza de la iglesia, nos encontramos rodeados de una luz deslumbradora, de un gigantesco empuje de aire, de un ruido de olas ilimitado. Era

el Océano, el Océano inmenso, infinito, con su olor fresco y salobre, y con ese gran abanicazo que la marea ascendente hace dar en su embestida á cada ola. El villorrio se adelanta y yergue al borde del muelle, continuando la calle por un malecón que la enlaza con una caleta, donde están amarradas algunas barcas pescadoras. La iglesia alza su espadaña como un vigía junto á las olas; y en torno de ella, último límite de ese rincón de tierra, hállase el cementerio, con sus cruces torcidas, sus hierbasjuguetonas, y su cerca baja y desportillada donde se recuestan poyos de piedra.

Verdaderamente no es posible encontrar nada más delicioso y retirado que esa aldeíta perdida entre las rocas, interesante por su doble aspecto marino y pastoril. Pesca-

dores ó labradores todos ellos, las gentes de aquí son de áspero acceso, poco atractivo. No os invitan á que os quedéis, antes al contrario. Pero poco á poco se humanizan, y asombra encontrarse con seres sencillos y buenos, bajo una corteza tan ruda. Aseméjase mucho á su país, á ese suelo peñascoso y resistente, tan mineral, que los caminos—hasta al sol—toman un tinte negro salpicado de lentejuelas chispeantes de cobre ó de estaño. La costa que deja al descubierto ese terreno pedregoso es austera, feroz, abrupta. Forma manla derrumbamientos, cantiles cortados á pico, grutas excavadas por el oleaje y donde se abisma el mar dando mugidos. Cuando baja la marea, hasta donde alcanza la vista descúbrense escollos que asoman sobre las aguas su dorso de

monstruos, relucientes y blancos de espuma como gigantes cachalotes encallados en la playa.

Por un singular contraste, campos de trigo, de viñedo ó de alfalfa, extiéndense á dos pasos no más de la costa, entrecortados y separados por pequeñas cercas como setos, y verdes por los espinos. La vista, fatigada por el vértigo de los altos escarpes, por esos abismos adonde se baja con cuerdas sujetas á las piedras, por las rompientes espumosas, encuentra un descanso en medio de la uniformidad de los llanos, de la naturaleza íntima y familiar. El menor detalle rústico se engrandece sobre el fondo azul verdoso del mar, presente siempre al revolver de los senderos, en el hueco entre dos techumbres, por las brechas de los paredones, al fondo

de una calleja. El canto de los gallos parece oírse con más claridad, rodeándolos mayor espacio. Pero lo verdaderamente hermoso es el hacinamiento de las mieses al borde del mar, las doradas gavillas que se destacan sobre las ondas azules, las eras donde se trilla á compás; y esos grupos de mujeres sobre las rocas cortadas á pico, buscando la dirección del viento y aechando el trigo entre sus manos, con actitudes de evocación. El grano cae como lluvia regular y espesa, mientras que la brisa marina arrastra la paja formando remolinos. Los biellos abalean el grano en la plaza de la iglesia, en el muelle, hasta en el arenoso pedregal del malecón, donde hay extendidas grandes redes de pescar para que se sequen sus mallas entremezcladas con plantas acuáticas.

Durante ese tiempo recoléctase también otra cosecha, pero á la parte baja de las rocas, en ese espacio neutral que la marea invade y descubre alternativamente: es la recolección de los fucos. Al desplegarse cada ola por la ribera, deja su huella marcada por una línea ondulante de vegetaciones marinas, ovas ó sargazos. Cuando sopla el viento, corren las algas, haciendo ruido á lo largo de la playa; y allí hasta donde alcanza el mar sobre los peñascos, se embuten y se ostentan esas largas cabelleras mojas. Recógense en pesadas gavillas y se apilan en la costa formando oscuras moles violáceas, con todos los matices de las olas, con esas extrañas irisaciones de peces que mueren ó de plantas que se marchitan. Cuando el montón está

seco, lo queman y extraen de él la sosa.

Esta singular cosecha se recolecta con las piernas desnudas, durante la baja mar, entre esos mil pequeños lagos tan límpidos que deja el mar en su sitio al retirarse. Hombres, mujeres y niños se meten entre las peñas resbaladizas, armados con inmensos rastrillos. A su paso huyen despavoridos los crancos, se emboscan, se aplanan, sacan sus pinzas; y los caballitos transparentes dejan de verse bien, confundíndose su color con el del agua turbia. Los sargazos que se recogen y amontonan cárganse en carretas con bueyes uncidos al yugo, que atraviesan pesadamente y con la cabeza baja el desigual terreno. Por cualquiera parte que se mire, se encuentran estas yuntas. A veces,

en lugares casi inaccesibles, á los cuales se llega por abruptos senderos, aparece un hombre conduciendo por la brida un caballo cargado de plantas colgantes y chorreando. También se ven niños que transportan sobre palos cruzados á modo de parihuelas, su rebusca de esta cosecha marina. Todo ello forma un cuadro melancólico y atractivo. Las gaviotas vuelan espantadas gritando en torno de sus huevos. Allí está la amenaza del mar; y lo que acaba de hacer solemne este espectáculo, es que, durante esta cosecha recogida en los surcos del mar, como durante la lograda de los surcos de la tierra, reina el silencio, un silencio activo, con el esfuerzo de un pueblo en frente de la naturaleza avara y rebelde. Una llamada á los bueyes, un chirrido agudo

que resuena dentro de las cuevas; he aquí todo lo que se oye. Parece que se cruza á través de una comunidad de trapenses, de uno de esos conventos donde se trabaja al aire libre con una regla de perpetuo silencio. Ni siquiera vuelven la cabeza los conductores para miraros pasar; sólo los bueyes fijan en vosotros sus ojazos abiertos é inmóviles. Sin embargo, ese pueblo no es triste, y cuando llega el domingo, sabe divertirse en grande y bailar las antiguas danzas bretonas. Hacia las ocho de la noche reúnen al borde del muelle, delante de la iglesia y del cementerio. La palabra «cementerio» tiene algo que asusta; pero si vieseis aquel sitio no os amedrentaría. Nada de bojés, cipreses ni mármoles; nada convencional ni solemne. Tan sólo cruces

enhiestas en donde se repiten muchas veces los mismos apellidos (como en todos los pueblos cuyos habitantes se enlazan entre sí), altas hierbas iguales en todas partes, y unos muros tan bajos que los niños los escalan jugando, y los días de entierro se ve desde fuera la concurrencia arrodillada dentro.

Al pié de esa baja cerca, los viejos van á sentarse al sol para hilar ó dormir entre el cercado inculto y silencioso y la movible eternidad de los mares...

Allí delante es donde la juventud baila los domingos por la noche. En tanto que aún sube de las olas un poco de luz á lo largo del malecón, se aproximan los grupos de mozas y de mozos. Se forman los corros, y una voz cascada empieza á cantar sola, con un ritmo

sencillo que está llamando al coro tras de ella:

Es en la corte del Plato-de-Estaño...

Y todas las voces repiten juntas:

Es en la corte del Plato-de-Estaño...

Animase la ronda, giran las cofias blancas entreabriéndose á los lados como alas de mariposa. Casi siempre el viento del mar se lleva la mitad de las palabras:

...perdí mi servidor...
...irá de mi calor...

La canción parecía así más can-dorosa y encantadora, oída en frag-mentos, con extraños elipsis tales como se estilan en los cantares de aldea, compuestos al bailar, más atentos al ritmo que al sentido de las frases. Sin otra luz que un va-

garoso rayo de luna, la danza pa-recía fantástica. Todo es gris, ne-gro ó blanco, con ese tinte neutro que acompaña á las cosas más bien soñadas que vistas. Poco á poco, á medida que sube la luna, las cruces del cementerio y la del gran calvario que está en la esquina se alargan, llegan al corro de bai-le y se mezclan con él... Dan las diez. Sepáranse. Cada cual vuelve á su casa por las callejuelas del vi-lorrio, que en esos instantes pre-senta un aspecto extraño. Los esca-lones descantillados de las grade-rías exteriores, los ángulos de las techumbres y los cobertizos abier-tos donde penetran las tinieblas de la noche oscuras y compactas, se inclinan, se redondean, se amon-tonan. Caminan las gentes á lo largo de vetustas tapias rozadas

por enormes higueras; y mientras que al andar aplastan la hueca paja del trigo trillado, mézclase el olor del mar con el cándido aroma de las mieses y de los dormidos establos.

La casa donde habitamos está en el campo, un poco apartada de la aldea. Al volver por el camino, vemos á la conclusión de los setos las luces de los faros refulgir desde todos los extremos de la Península, un faro brillante, una luz giratoria, una luz fija; y como no se ve el Océano, todos esos vigías de los negros escollos parecen perdidos en la apacible campiña.

EL ESPEJO

Al Norte, á las márgenes del Niemen, llega una tierna criolla de quince años, blanca y sonrosada como la flor del almendro. Viene del país de los colibríes, la conduce el viento del amor... Los de su isla decíanla: «No te vayas... Hace frío en el continente... El invierno te matará.» Pero la criollita era incrédula respecto á que existiese el invierno, y no co-

por enormes higueras; y mientras que al andar aplastan la hueca paja del trigo trillado, mézclase el olor del mar con el cándido aroma de las mieses y de los dormidos establos.

La casa donde habitamos está en el campo, un poco apartada de la aldea. Al volver por el camino, vemos á la conclusión de los setos las luces de los faros refulgir desde todos los extremos de la Península, un faro brillante, una luz giratoria, una luz fija; y como no se ve el Océano, todos esos vigías de los negros escollos parecen perdidos en la apacible campiña.

EL ESPEJO

Al Norte, á las márgenes del Niemen, llega una tierna criolla de quince años, blanca y sonrosada como la flor del almendro. Viene del país de los colibríes, la conduce el viento del amor... Los de su isla decíanla: «No te vayas... Hace frío en el continente... El invierno te matará.» Pero la criollita era incrédula respecto á que existiese el invierno, y no co-

nocía el frío sino por haber tomado sorbetes; además, estaba enamorada; no temía á la muerte... Hete aquí que desembarca ahora allá arriba, entre las nieblas del Niemen, con sus abanicos, su hamaca, sus mosquiteros y una jaula de doradas celosías llena de pájaros de su país.

Cuando el viejo Norte ha visto llegar aquella flor de las islas, enviada por el Mediodía en un rayo de sol, su corazón se ha conmovido de lástima, y pensando con acierto que el frío se tragaría de un bocado la doncellita y sus colibríes, ha encendido su ancho sol amarillo, y se ha vestido de verano para recibirlos... La criolla se engaña: ha creído que aquel calor brutal y pesado del Norte ha de ser un calor duradero, ha tomado aquel eterno ver-

dor oscuro por el verdor de la primavera, y colgando su hamaca en el fondo del parque, entre dos abetos, se pasa todo el día abanicándose y meciéndose.

«¡Pues hace mucho calor en el Norte!» exclama entre risas. Sin embargo, una cosa la inquieta. ¿Por qué las casas no tienen azoteas en este extraño país? ¿Para qué esos gruesos muros, esas alfombras, esas pesadas colgaduras? ¿De qué servirán esos grandes hornillos de loza, esas enormes pilas de leña que amontonan en los patios, esas pieles de zorro azul, esas mantellinas con forros dobles, esos abrigo de peletería que duermen en el fondo de los armarios?... ¡Pobre adolescente, pronto lo sabrá!

Una mañana, al despertarse, se siente presa de un gran escalofrío

la criollita. Ha desaparecido el sol, y del cielo oscuro y cubierto, que parece haberse acercado á la tierra entre tinieblas, caen en grumos unos copos de felpilla blanca y silenciosa, como debajo de los algodones. ¡El invierno; aquí está el invierno! El viento silba, zumban las estufas. Dentro de su jaulón de doradas celosías, ya no gorjean los colibríes. Permanecen inmóviles sus alitas azules, rosadas, de rubí, verdemar, y da pena verlos arrimarse unos á otros, letárgicos y embotados por el frío, con sus agudos piquitos y sus ojuelos como cabezas de alfiler. Allá abajo, en el fondo del parque, tiritá la hamaca llena de escarcha, y las ramas de los pinabetes son de cristal hilado... La criollita siente frío; ya no quiere salir más.

Hecha un ovillo delante del fuego como uno de sus pájaros, pasa el tiempo mirando la llama, y evoca al sol con sus recuerdos. Dentro de la gran chimenea luminosa y ardiente, vuelve á ver todo su país: los anchos muelles bañados por el sol, con la parda melaza que rezuma y fluye de las cañas de azúcar, y los granos de maíz flotantes entre un polvo dorado; luego, las siestas de mediodía, las claras cortinas, las esteras de paja; después las noches de estrellas, las brillantes luciérnagas, y millones de alitas que zumban entre las flores y en las mallas de tul de los mosquiteros.

Y mientras que sueña así ante la lumbre, sucédense los días de invierno, cada vez más cortos, cada vez más oscuros. Todas las mañanas hay que sacar un colibrí muer-

to dentro de la jaula; bien pronto ya no quedan más que dos, un par de vedijas de plumas verdes, que se erizan una junto á otra en un rincón...

Esa mañana no ha podido levantarse la criollita. El frío la agarrota, la paraliza como á una balandra mahonesa encerrada entre los helados tímpanos del Norte. El día está oscuro; la estancia triste. La escaracha ha extendido sobre las vidrieras una gruesa cortina de seda mate. La ciudad parece muerta, y por las silenciosas calles silba con lamentos el barrenieves de vapor... Dentro de su lecho la criolla hace relucir las lentejuelas de su abanico para distraerse, y pasa el tiempo mirándose en espejos de su tierra, guardados con grandes plumas indias. Sucédense los días de invierno,

cada vez más cortos, cada vez más oscuros. La criollita languidece desolada entre sus colgaduras de encajes. Lo que la entristece, sobre todo, es que desde su lecho no puede ver la lumbre. Parécele que ha dejado su patria por segunda vez... De rato en rato pregunta: «¿Hay fuego en la habitación?—Sí, pequeña, lo hay: la chimenea está echando llamas. ¿Oyes chisporrotear la leña y estallar las piñas?—¡Oh, veamos, veamos!» Pero por más que se inclina, la llama está demasiado lejos: no puede verla, y esto la desespera.

Pues bien. Una noche que está pensativa y pálida, con la cabeza al borde de la almohada y los ojos vueltos constantemente hacia esa hermosa llama invisible, aproximase á ella su amado y toma uno de los es-

pejos que están sobre la cama. «¿Quieres ver el fuego, monina?... ¡Bueno! Espera...» Y, arrodillándose delante de la chimenea, trata de enviarla con su espejito un reflejo de la mágica luz: «¿Lo ves?— ¡No! No veo nada.—¿Ahora?...— ¡No! Tampoco...» Luego, al recibir de pronto en pleno rostro un rayo de luz que lo rodea con un nimbo: «¡Oh! ¡Ya lo veo!», exclama gozosa la criolla. Y muere sonriéndose, con dos llamitas en el fondo de los ojos.

FIN

ÍNDICE

	Págs.
Un condecorado de 15 de Agosto.....	5
Mi kepis.....	25
El turco de la <i>Commune</i>	37
El concierto de la octava.....	49
La batalla del cementerio.....	61
Los tortolillos.....	73
Monólogo á bordo.....	89
Las hadas de Francia (cuento fantástico).....	101
Un tenedor de libros.....	113
Con trescientos mil francos que me ha prometido Girardin.....	127
Arthur.....	139
Las tres intimaciones.....	155
Una noche de estreno.—Impresiones del autor.....	169
La sopa de queso.....	179
El último libro (cuento).....	187

pejos que están sobre la cama. «¿Quieres ver el fuego, monina?... ¡Bueno! Espera...» Y, arrodillándose delante de la chimenea, trata de enviarla con su espejito un reflejo de la mágica luz: «¿Lo ves?— ¡No! No veo nada.—¿Ahora?...— ¡No! Tampoco...» Luego, al recibir de pronto en pleno rostro un rayo de luz que lo rodea con un nimbo: «¡Oh! ¡Ya lo veo!», exclama gozosa la criolla. Y muere sonriéndose, con dos llamitas en el fondo de los ojos.

FIN

ÍNDICE

	Págs.
Un condecorado de 15 de Agosto.....	5
Mi kepis.....	25
El turco de la <i>Commune</i>	37
El concierto de la octava.....	49
La batalla del cementerio.....	61
Los tortolillos.....	73
Monólogo á bordo.....	89
Las hadas de Francia (cuento fantástico).....	101
Un tenedor de libros.....	113
Con trescientos mil francos que me ha prometido Girardin.....	127
Arthur.....	139
Las tres intimaciones.....	155
Una noche de estreno.—Impresiones del autor.....	169
La sopa de queso.....	179
El último libro (cuento).....	187

	Págs.
Casa en venta.....	199
Cuentos de Navidad.—Una Noche-buena en el Marais.....	213
Las tres misas rezadas.....	227
El Papa ha muerto (cuento).....	253
Pasajes gastronómicos.....	265
La mies á orillas del mar.....	275
El espejo.....	289

LA ESPAÑA MODERNA

REVISTA IBERO-AMERICANA

AÑO IV

Cada número forma un grueso volumen de más de 200 páginas, gran tamaño, á dos columnas.

Se divide en dos secciones: española y extranjera. La española está escrita por **Arenal** (D.^a Concepción), **Barrantes**, **Campoamor**, **Cánovas**, **Castelar**, **Echegaray**, **Galdós**, **Menéndez y Pelayo**, **Pardo Bazán** (D.^a Emilia), **Palacio Valdés**, **Pi y Margall**, **Thebussem**, **Valera** y **Zorrilla**, con los que alternan, en concepto de colaboradores, los primeros publicistas españoles. La parte extranjera estará redactada por **Bourget**, **Cantú**, **Coppée**, **Cherbulleux**, **Daudet**, **Dostoyusky**, **Gladstone**, **Goncourt**, **Richepin**, **Tolstoy**, **Turgue-
nef** y **Zola**.

en nuestra España la afición al estudio de esta nueva fase de las ciencias sociales y jurídicas. Contamos con la cooperación valiosísima de los más ilustres tratadistas españoles, y la sección extranjera estará á cargo de personalidades tan eminentes como Lombroso, Ferri, Garofalo, D'Aguzzo, Fioretti, Marro, Lacassagne, Puglia, Benedik, Tarde, Ribot, Morselli, Frenek-Feré, Sergi y Morrison.

Condiciones de suscripción:

Cada mes verá la luz un cuaderno de 64 páginas grandes, á dos columnas. Sólo se admiten suscripciones por un año, á partir de Enero, aunque se haga el abono después del referido mes: en este caso se entregarán al suscriptor los números atrasados.

En España, un año..... **12** pesetas.
Fuera de España, lo mismo
en Europa que en América. **15** —

Se suscribe en la Administración de LA ESPAÑA MODERNA y de LA NUEVA CIENCIA JURÍDICA, Cuesta de Santo Domingo, 16, pral., Madrid, enviando el importe en letras de fácil cobro ó en sellos, pero en este caso certificando la carta,

LA NUEVA CIENCIA JURÍDICA

ANTROPOLOGÍA-SOCIOLOGÍA

Las ciencias jurídicas y sociales atraviesan un período de profunda y radical transformación. El clasicismo agoniza y el positivismo moderno gana terreno de día en día. El método experimental y de observación, que tiempo atrás produjo tan beneficiosos resultados en las ciencias físicas y naturales, se aplica hoy con innegables frutos al estudio de las morales y políticas. Al fundar una revista española que sirva de palenque á todas las ideas bajo el lema: «La nueva ciencia jurídica» — título de ancha base que permite tratar del mismo modo y bajo distintos aspectos, las cuestiones sociales y los problemas puestos sobre el tapete por los modernos criminalistas italianos — nos proponemos dar á conocer las producciones más notables, en orden á estos trabajos, de los escritores nacionales y extranjeros, y fomentar de una manera especialísima

Precios de suscripción, pagando por adelantado:

En España, seis meses, *diez y siete pesetas*; un año, *treinta pesetas*.—En las demás naciones europeas y americanas, y en las posesiones españolas, un año, *cuarenta francos*, enviando el importe a esta Administración en letras sobre Madrid, París ó Londres.

Las suscripciones, sea cualquiera la fecha en que se hagan, se sirven a partir del mes de Enero de cada año. A los que se suscriban después, se les entregarán los números atrasados.

Se remite un tomo de muestra gratis a quien lo pida por escrito al Administrador de LA ESPAÑA MODERNA, Cuesta de Santo Domingo, 16, principal.

Quedan algunas colecciones de los años 1889, 90 y 91, a **30** pesetas en rústica, y **10** en pasta.

NOVELAS Y CAPRICHOS

Precioso libro que contiene lo siguiente:

ARTICULOS

Sopas de ajo (cuento), por el **Doctor Tebussem**.—El collar de perlas (cuento árabe), por **Manuel del Palacio**.—Virtudes premiadas (novela), por **J. Octavio Picón**.—El poder de la ilusión (poema), por **Ramón de Campoamor**.—El mechón blanco (cuento) por **Emilia Pardo Bazán**.—Tisis poética (leyenda), por **Jose Zorrilla**.—Chucho (agua-fuerte), por **A. Palacio Valdés**.—La risa del payaso (cuento), por **Emilio Ferrari**.—El novenario de ánimas (cuento), por **Narciso Oller**.—Placidez (cuento), por **Eugenio Selles**.—La condesa de Palenzuela (cuento), por **Antonio de Valbuena**.

GRABADOS

Historias mudas.—Tomando el baño, Destreza de un hombrero, Se paró el carro, El tigre y la suegra, Serenata romántico-naturalista, Dicha breve, De la novia a la suegra, Culpa y castigo, El fotógrafo, El que mucho abarca, Cambio de sacos, El perrillo amaestrado, Sueño-interrumpido, El telescopio, En el circo, El pescador inglés, Desequilibrio, El viajero, Quien con perros se mete, El perrillo juguetero.

Autógrafos.—Del P. Luis Coloma, de Ayala, de Alarcón, de Núñez de Arce, de Hartzbusch, de Ventu-

ra Ruiz Aguilera, de Zapata, de Fernández y González,
de Selgas.

Retratos.—De Juan Eugenio Hartzenbusch, de Núñez de Arce, del P. Luis Coloma, de Ventura de la Vega, de Tula Avellaneda, de Wagner, de Fernán-Caballero, de Tolstoy.

Retratos históricos.—Napoleón I en Austerlitz y en Waterloo, Napoleón III, Federico el Grande, Ricardo Wagner, Liszt, Wagner y Bulow, Ricardo Wagner en El Anillo de los Nibelungos.

Sombras.—Bismarck, Crispi.

Grabados sueltos.—Transformación de una cafetera, Estudio de Fernán-Caballero, Un descanso, Un niño artista, Teatro de Bayreuth, Retrato de familia, Wagner llevando la batuta, El Mesías de los judíos, Caricatura.

Un volumen de más de 300 páginas, tres pesetas en las principales librerías.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

